



TRIZAS

Luis Marigómez



SAGA
EGDMONT

TRIZAS

Luis Marigómez

Luis Marigómez

Trizas

Saga

OceanofPDF.com

Trizas

Copyright © 2017, 2022 Luis Marigómez and SAGA Egmont

All rights reserved

ISBN: 9788728396131

1st ebook edition

Format: EPUB 3.0

No part of this publication may be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in any form or by any means without the prior written permission of the publisher, nor, be otherwise circulated in any form of binding or cover other than in which it is published and without a similar condition being imposed on the subsequent purchaser.

www.sagaegmont.com

Saga is a subsidiary of Egmont. Egmont is Denmark's largest media company and fully owned by the Egmont Foundation, which donates almost 13,4 million euros annually to children in difficult circumstances.

OceanofPDF.com

A mi madre

OceanofPDF.com

Nada más ajeno que nuestro cuerpo.

Sus placeres y sufrimientos nos resultan incomprensibles.

PAUL VALÈRY

OceanofPDF.com

SECRETOS

asomarse al abismo de lo reconocido

JOSÉ-MIGUEL ULLÁN

OceanofPDF.com

Gamusinos

MI HERMANO ME HACE RABIA, se ríe de mí. Consigue ponerme tan nervioso que a veces he hecho alguna barbaridad, una palabra que dice mucho mi abuela: “un día voy a hacer una barbaridad”, cuando está harta de nosotros, o de algo.

Juego al tango con Félix. Casi siempre me gana. Con la primera tanga, un disco de hierro, hay que dar al tango, el palo corto de madera que está, vertical, delante del que lanza, y tirarlo; la segunda tanga tiene que quedar entre el palo caído y los cromos, o el dinero, o lo que se juegue en la tirada. Nosotros no tenemos dinero y sólo jugamos cromos. También jugamos a la tanga, que es cosa de chicas, pero no está mal. En un dibujo hecho con tiza sobre el cemento, o marcado con un palo sobre tierra, de rectángulos juntos formando un dibujo que no sé explicar, se tira la tanga, que también puede ser un trozo de pizarra o un canto plano y hay que moverla por la figura sin salirse de ella hasta el último recuadro, por arriba.

Un día le tiré una tanga a la cabeza. No le di. Se reía porque me muerdo la lengua cuando las tiro, cuando jugamos, para concentrarme. Total, da lo mismo. Siempre pierdo. Estábamos junto a la tienda, y la galleta de hierro dio en el cristal del escaparate, ese que está doblado, como si fuera un trozo bien cortado de una tubería muy gorda, transparente. Puede que por eso no se rompiera. A lo mejor tampoco iba con mucha fuerza. Enseguida me asusté de lo que había hecho. Si llego a darle, le habría roto la cabeza. Hubiéramos tenido que ir al médico, llamar a una ambulancia, ir al hospital... Si se rompe el escaparate, no sé lo que habría pasado en casa. Mi padre me habría matado, o casi. Desde luego, más de una bofetada era segura, y una bronca monumental, con un castigo de los que hacen época, como dice mi tía cuando cree que ha pasado, o va a pasar, algo importante. La última vez que se lo oí, hablaba de la boda que estaba preparando una amiga suya, iba a ser espectacular.

Hay días que no nos peleamos tanto. Cuando jugamos al clavo, aunque también me gane, no armamos tanto jaleo. Él intenta quedarse con mi parte del rectángulo que hemos dibujado en el suelo y yo con la suya hasta que, como tiene el brazo más largo y más fuerza cuando tira el clavo y siempre lo hinca en la tierra y a mí a veces se me va, aunque me muerda la lengua cuando lo hago, pues eso, pierdo.

Cuando se junta con sus amigos es peor. Les gusta dejar en ridículo a los pequeños. Una tarde fuimos todos, chicos y grandes, a un pinar, más allá de la Cañada Grande y, no sé cómo, de repente desaparecieron los mayores. Quedamos Javi, Rafa, Salva y yo sin saber qué hacer ni por dónde dar la vuelta para llegar al pueblo. Después de un rato, encontramos el camino bueno. Ya era casi de noche. Ellos lo llaman despistar. Nos llevan a un sitio que no conocemos y nos “despistan”. Tenemos que volver por nuestra cuenta. Si un día nos perdiéramos de verdad y no apareciéramos en casa a la hora de la cena se iban a enterar de lo que vale un peine, como dice mi tío Isidro.

Luego viene el chantaje. Si se lo digo a mamá... Entonces amenaza con lo peor, contar lo de cuando le tiré la tanga, y otras cosas que nunca se le olvidan. Los dos tenemos secretos que están mejor guardados. Tampoco fue para tanto. Casi no tuvimos miedo antes de volver a ver las luces del pueblo desde el camino. Fue un poco como una aventura. Para convencerme de no decir nada, prometió que iba a enseñarme a cazar gamusinos.

No siempre me trata mal. Cuando estamos en la cama, por la noche, ya con la luz apagada, empiezan los ensayos de canciones de moda que oímos por la radio, “Con un sorbito de champán...” Dice que cuando seamos mayores vamos a formar un dúo y seremos famosos. Cantamos bajito, para que no nos oigan, aunque a veces, con la emoción, subimos la voz y más de una vez ha entrado mamá en el dormitorio a regañarnos. Sólo ensayamos en la cama, no sé si será suficiente.

Cuando es de día otra vez, todo vuelve a ser como siempre. Sigo siendo el tonto del que hay que reírse.

En el patio hay un gallinero. Las gallinas están cercadas por una tela metálica. A veces voy a por los huevos. Huele mal allí. En el patio parto las tablas de madera de las cajas de los pedidos que llegan a la tienda, para la

lumbre que hace mamá en la cocina. Félix siempre protesta cuando le mandan hacer leña. A mi me gusta sentir cómo se parte la madera con el peso del hacha.

Los gamusinos parecen conejos, pero un poco más pequeños, y sin orejas que llamen la atención. La abuela Luciana tiene conejos en casa, en el corral, por eso sé bien cómo son. También tiene palomas. Cuando vino mi tío Ángel de Chile fuimos todos a comer a su casa y puso pichones. Es lo mejor que he comido nunca. Tienen una carne que se deshace en la boca, como mantequilla, muy sabrosa. Los gamusinos son todos pardos, y asados están también riquísimos. Yo todavía no los he probado, pero Félix sí. Se cazan de noche, se les llama con una palabra secreta y vienen corriendo. Entonces se los mete en un saco y se los apalea para que no escapen. A veces no quieren salir de sus madrigueras, porque no se fían, o porque no oyen bien el encantamiento. Me lo ha dicho mi hermano.

Hay algunas cosas que no me gusta comer. El pescado apenas lo soporto y algunas veces mamá hace chicharro. Es asqueroso. No me entra. A mi padre tampoco le gusta y siempre deja la mitad en el plato cuando nos lo ponen. Él siempre se lo come todo, hasta la última miga, como dice mamá que hay que hacer; pero ese día no. A él no le riñen. Yo tuve chicharro para merendar y para cenar una vez, sin contar las veces que me dieron durante todo el día. A Félix tampoco le gusta, pero como es un cínico, se lo come sin decir nada, aguantándose el asco. A mí a veces también me gustaría ser un poco cínico.

En la trastienda hay chocolate, de hacer y de comer. Los ratones a veces abren una caja con los dientes y comen una pizca, esquinas, por abajo. Les ayudamos y, poco a poco, devoramos tabletas enteras, por arriba. Los días que hay pescado damos siempre una vuelta por ahí. Nunca nos han pillado. Ese secreto lo tenemos a medias. Nunca se lo hemos contado a nadie, y no sirve para los chantajes, porque los dos pecamos. Ya no recuerdo a quién se le ocurrió la idea la primera vez. Supongo que a él, que para eso es mayor.

Tengo bici. De segunda mano, verde, pesada. La compraron en la tienda, para hacer recados más deprisa. La puedo coger siempre que quiera. El tío nunca va en bici y muchos días sólo estamos él y yo. La ponemos en la acera de enfrente, cerca de la ballesta para los gorriones. La abre todas las

tardés, y pone una miga de pan con cuidado junto al muelle. Casi todos los días caen dos o tres pájaros. La abuela los pela y se los fríe para la cena. Félix usa la bici de mi padre, que tampoco la quiere para nada. Me gusta ir al río pedaleando, solo, y estar allí un rato, ver cómo corre el agua, como dice una canción que canta papá cuando conduce.

En bicicleta salimos este año al campo el día de la junta, el lunes de Pascua. Las tierras estaban muy mojadas, a veces con charcos entre los surcos. Con otros chicos, corría buscando un buen sitio para merendar. Metí el pie en el barro y sólo saqué el calcetín. El zapato quedó debajo. Con mucho esfuerzo, conseguí que saliera de la tierra. Estaba sucísimo. Tuve que pisar con el calcetín, que también se puso bueno. Luego intenté limpiar el zapato un poco con un palo. Me había quitado el calcetín, a ver si se secaba un poco. Vino Félix a ver qué pasaba y empezaron las risas. Yo tartamudeaba, como hago siempre que me pongo nervioso. Al final, se me cayó el bocadillo al barro. Era de jamón, lo que más me gusta. Mi hermano me ofreció un poco del suyo; ya no tenía hambre. Intentaba no llorar, pero se me saltó alguna lágrima. Sólo comí una naranja y un poco de rosquilla que no se había manchado de tierra. En casa me llevé una buena bronca. A Félix también le cayó algo, por no ayudarme. Esta vez mamá no tenía razón en reñirle. La verdad es que soy un poco patoso y un manazas, eso dicen todos. Me caigo a menudo y tengo siempre las piernas llenas de arañazos. Me gusta desmontar aparatos, para ver cómo van. A veces sobran piezas cuando los compongo. Si vuelven a funcionar, no pasa nada, y si no, le llamo al tío Isidro para que me ayude. Entonces, primero dice que soy un manazas y luego me explica dónde y cómo encaja lo que a mí no me entraba. Él es un hacha con las máquinas. Siempre lo arregla todo. A mí me gusta mirar cuando está en faena. Aprendo muchas cosas. Poco a poco, he desmontado, limpiado y vuelto a colocar todas las piezas de la bici. Uso las herramientas de la tienda. Mi tío no anda lejos, por si tiene que echarme una mano. Cuando abrí el piñón, se perdieron un par de bolitas de acero que tiene dentro. Creo que se llaman rodamientos. Lo engrasé y lo monté sin ellas. Se mueve un poco, pero funciona.

El domingo pasado fuimos a cazar gamusinos. Los mayores iban a enseñar a los pequeños. Llevábamos sacos y palos, uno para cada uno. Cuando llegamos al pinar, ya casi era de noche. Daba un poco de miedo. Nos dijeron la palabra secreta y nos dejaron solos. A los gamusinos no les gusta que haya mucha gente alrededor. Decíamos a voces la palabra y nos llamábamos. Enseguida dejamos de vernos y no sabíamos por dónde íbamos. Si hubiéramos llevado linternas los gamusinos se habrían escondido aún más. El viento hacía que se movieran las copas de los árboles, y veíamos sombras raras con la luz de la luna. A Javi le entró miedo y se fue corriendo al pueblo. Todavía se veían un poco sus luces al principio del pinar. Los demás seguimos un rato como pudimos. Nos tropezábamos cada dos por tres con las raíces de los pinos, o con lo que hubiera por ahí. Los gamusinos no salían. Ni siquiera se les oía. Era difícil ir con los sacos abiertos, y los palos preparados para cuando cayeran en la trampa. Salva cogió uno y fuimos todos a tientas donde estaba. Rafa le hizo un nudo al saco y todos dimos de palos al bicho, dentro del saco, a oscuras. Decidimos que para la primera vez ya estaba bien. Nos costó encontrar el camino al pueblo. Estuvimos más de media hora dando vueltas sin terminar de decidir por dónde volver. En un claro, apareció un camino, echamos a suertes el sentido que había que seguir y nos salió bien. Ya estábamos fuera del pinar cuando vimos a los mayores que venían a buscarnos, preocupados; Félix iba con ellos. Nosotros estábamos contentos, aunque sólo hubiéramos encontrado uno. Abrimos el saco en la era, antes de llegar al pueblo. Pensábamos que el gamusino estaría muerto. En cuanto se vio en el suelo, una ardilla echó a correr disparada. Por lo menos, no la habíamos matado. La próxima vez seguro que tenemos más suerte.

A lo mejor no tenía que quejarme tanto de mi hermano. Él dice que cuando se burla y me hace rabiar es para que me haga mayor. No sé.

Tormenta

ÍBAMOS A BUSCAR A LA ABUELA , la madre de mi padre, a un balneario. Está viuda. El abuelo murió hace un par de años, de un infarto, a mediados de julio, una mañana de calor, al oír las campanas que anunciaban fuego en un pinar, sin dar tiempo a llegar al médico. La abuela tiene artrosis, reuma, Parkinson y supongo que todavía le queda pena por lo de su marido. La acompañaba mi tía, a tomar unos baños que la aliviaran un poco. Las habíamos llevado también mi padre y yo quince días antes. El lugar parecía agradable y, además de los albornoces blancos y los muebles de mimbre, me gustaron unas piedras enormes y redondeadas en el exterior, y un arroyo delgado que culebreaba entre la hierba. En algunas partes olía a huevos podridos, por lo del agua especial de allí, y en otras a lejía, supongo que por la limpieza. En el viaje de ida, mi abuela nos preparó unos bocadillos con un cuarto de hogaza de pan y un filete empanado envueltos en una servilleta de paño de cuadros rojos y blancos que mi padre decidió olvidar cuando las dejamos instaladas en aquel caserón antiguo lleno de viejos. Comimos en un restaurante de carretera; mi padre, como de costumbre, preguntó si tenían riñones al jerez, pero se tuvo que conformar con carne guisada.

Mi padre compró el coche el invierno pasado, de segunda mano, a un carnicero de mi pueblo al que se le atragantaron las letras para pagarlo. Fue una ganga, o eso dijo él; sólo tenía treinta mil kilómetros cuando lo consiguió. Es de color amarillo pálido y es el primer coche que tenemos. Antes, los viajes los hacíamos siempre con el camión que usan en la tienda para llevar frigoríficos y lavadoras a instalar a casa de los clientes. Una vez fuimos a la comunión de un primo a Valladolid en ese monstruo de cabina roja que hace tanto ruido y al que le cuesta muchísimo alcanzar los noventa Km. por hora. A mi madre le daba vergüenza. Apenas cabíamos los cuatro. Cuando íbamos al río a bañarnos, mi padre nos llevaba a mi hermano y a mí en la moto que tiene desde siempre, y que ahora apenas usa, por aquellos

caminos de arena atravesados de raíces de pinos. Mi madre se quedaba en casa. Una vez nos caímos los tres y me quemé la pantorrilla con el motor. El coche coge con facilidad los cien Km. por hora y mi padre está pensando en instalarle un autorradio. Este verano hemos ido los cuatro al río un par de veces, en domingo. Mi madre preparó tortilla de patata y ensalada de lechuga. He aprendido a bucear bastante bien y ya casi sé nadar, estilo perro.

Mi hermano se quedó en la tienda con mi tío. Había ayudado a instalar una lavadora la tarde anterior y me había ganado el viaje. Casi siempre soy yo quien acompaña a mi padre en sus salidas, a vender y a lo que haga falta. Sube a casa y me dice: “ven”. Pregunto a dónde, pero él solo repite la orden y corro detrás. Cuando estamos en el camión, a menudo canta, sólo allí, canciones antiguas que no ponen en la radio. “Encima de ti me pongo por ver cómo corre el agua...” Me gusta oírle. En el coche no lo hace, mucho menos en casa. Es como si fuera un secreto entre los dos y el camión.

Ya había ido a Salamanca el invierno pasado, en una excursión del Colegio. Estuvimos en la Alberca y compramos guirlache a aquellas señoras que vestían con manteo y llevaban esos pendientes de plata tan grandes y complicados. Partían el guirlache con un martillo y lo servían en papel de estraza. Antes de llegar vimos unas tierras rojas, raras. También hay muchos árboles grandes en el campo, con la copa redonda, de color verde oscuro. Algunos troncos se retuercen sobre sí mismos al crecer, como si bailaran. El profesor de Ciencias nos dijo que son encinas y que en esas tierras se crían toros bravos. En la ciudad vimos la Plaza Mayor, toda de piedra y muy cuadrada, llena de arcos, columnas y medallones. El profesor de Historia dijo que es un lugar muy importante. Mi hermano no ha ido nunca a Salamanca y tampoco le gusta quedarse en la tienda; podía haber ido él a uno de los dos viajes, pero fui yo. Casi lo consigue la primera vez, pero a mi madre se le ocurrió poner chicharro para la comida del día anterior y él se empeñó en no probarlo. Con la cabezonada le castigaron a quedarse en casa. Le ocurre a veces. Yo como de todo, aunque no me guste, por si acaso.

Salimos del pueblo temprano. La idea era recogerlas a media mañana y llegar a casa a comer. Es una paliza, dijo mi madre, pero con la velocidad

que coge el coche se puede hacer, contestó mi padre. Al principio del viaje hacía sol, lo normal a finales de agosto, pero cuando llegábamos a Salamanca aparecieron unos nubarrones que pusieron el cielo negro. Poco después de atravesar la ciudad cayeron los primeros goterones sobre el parabrisas. Enseguida la lluvia fue tan fuerte que apenas se veía la carretera. Había también rayos que ponían todo de un blanco que nos deslumbraba un momento para quedar oscuro después. Alguno pareció que caía justo delante de nosotros. Un par de truenos me asustaron con su estruendo. Mi padre se reía de mí. El motor empezó a hacer ruidos raros y, al cabo de unos minutos, el coche se paró. Él nunca ha sabido de mecánica, quizá por eso le riñe a mi hermano por la costumbre que tiene de destripar los juguetes para ver cómo funcionan, hasta que los destroza. Es un manazas. Se quedó un momento pensando qué podía hacer. No tenía muchas posibilidades. Me dijo que no saliera del coche y que le esperara. Fue al otro lado de la carretera bajo la tromba de agua, sin chaqueta ni nada, porque la había olvidado en casa, y consiguió que parara un coche que venía en dirección contraria. Montó en él y desapareció.

La lluvia siguió todavía un buen rato. No sabría decir cuánto porque no llevo reloj. Me dio por pensar cosas raras. ¿Qué pasaría si mi padre no volviera? Mi abuela y mi tía tendrían que quedarse en el balneario algún día más y luego mi tío tendría que ir a buscarlas en el camión, con lo poco que le gusta conducir; y además habría que cerrar la tienda unas cuantas horas. O llamarían a un taxi que las llevara al pueblo. Esa opción sería la última, porque un taxi es muy caro y a mi abuela no le gusta tirar el dinero. Y luego, ¿qué sería de mi madre, de mi hermano y de mí? Yo, desde luego, dejaría el Colegio y me pondría a trabajar en la tienda con mi tío. Aunque todavía me falten unos cuantos años para poder hacerlo legalmente, no quedaría más remedio. Allí se necesitan por lo menos dos personas, y de algo hay que vivir. El curso pasado Rafa dejó de ir a clase porque su padre se puso malo y tuvo que hacerse cargo de las vacas. No ha vuelto. Mi hermano podría seguir en la escuela, todavía es pequeño y, además, siempre protesta cuando le mandan estar en la tienda, aunque luego lo pasa bien allí, rompiendo todo lo que pilla y comiendo chocolate a escondidas. Me convertiría en el cabeza de familia. No reñiría tanto con mi tío como hace

mi padre y le convencería de las cosas de otra manera, sin dar voces, que me ponen muy nervioso.

Empezaba a escampar cuando paró un camión delante del coche y se acercó un señor. Al principio me dio miedo y cerré las puertas con el seguro. Luego, al verle la cara, no me pareció un tipo peligroso. Bajé la ventanilla para oírle. Preguntó qué pasaba y si podía ayudar en algo. Se lo estaba explicando cuando llegó mi padre con una grúa de un taller y un mecánico. Abrieron el capó del coche y, al cabo de unos cuantos intentos, entre los tres, consiguieron que volviera a arrancar. No tardaron mucho. Había dejado de llover. Mi padre estaba empapado cuando entró en el coche para seguir el viaje. Le caían gotas del pelo por toda la cara. Se limpió las gafas con la camisa. Tenía un aspecto terrible, mucho peor que el mío algunas veces cuando vengo de jugar de la calle y por el que me regañan en casa. Me explicó que se había mojado la tapa del delco y que por eso se paró el coche. Le pregunté qué es el delco, pero no supo decírmelo.

Aunque se había hecho muy tarde, paramos en un bar a tomar un café y descansar un momento. Mi padre fue al váter y volvió peinado. Empezaba a secársele la ropa. Desde allí llamamos al balneario para que no se asustaran por el retraso. Las tierras rojas junto a la carretera se habían cubierto de charcos. Cuando llegamos, mi abuela y mi tía tenían cara de preocupación. Les explicamos lo ocurrido con más detalle y empezamos el viaje de vuelta.

Casi no habíamos cogido la carretera general cuando mi tía descubrió los bocadillos del viaje de ida, intactos, envueltos en la servilleta de cuadros rojos y blancos. El pan parecía piedra y los filetes se habían llenado de hormigas, que a mi tía le dan mucho asco. No sé cómo entrarían los bichos en el coche. Hubo que parar y tirarlos. Mi tía sacudió la servilleta y la metió en su bolso. La abuela riñó a mi padre, que tartamudeó una excusa que no le creyeron. ¡A saber qué habíamos comido, y dónde! Yo no abrí la boca, por si acaso.

El cielo estaba otra vez azul, y las tierras rojas brillaban. Me gustaba mirar a las encinas, que parecían más limpias, con los troncos oscuros y el verde de las copas como más claro. Vimos algún toro, negro, con unos cuernos tremendos, pastando. Teníamos que parar a comer en algún lado. Ellas, con los nervios, tampoco habían tomado nada. Mi tía vio el

restaurante de hacía quince días y le dijo a mi padre que parase allí. Él había hablado de otro sitio, más adelante, pero tuvo que hacer lo que le decían. En cuanto nos sentamos en una mesa, el camarero nos reconoció, y le dijo a mi padre que ese día sí tenían riñones al jerez. La abuela volvió a reñirle por tomar vísceras, con la de toxinas que tienen, en vez del filete estupendo que ella le había preparado. Mi padre pidió chicharro al horno, aunque no le gusta, porque mi abuela le dijo que lo hiciera, que el pescado azul es muy bueno para el colesterol, y él lo tiene alto. Ella tomó merluza a la plancha y mi tía y yo carne guisada, que a mi tía le pareció que estaba dura y salada. A mi me supo rica, como el otro día. La merluza era congelada y la sirvieron demasiado hecha, dijo mi abuela. Mi padre dejó la mitad del chicharro en el plato; esta vez, no tomó vino, ni siquiera cerveza; bebió agua, como los demás, del grifo. De postre, todos tomamos flan, de polvos, dijo mi abuela.

Cuando llegamos a casa mi madre nos riñó por llegar tan tarde y dejarla con la comida en la mesa. Con todo el lío, mi padre se había olvidado de llamarla y no la avisó hasta muy tarde, cuando íbamos a salir del restaurante, y ya hicimos el viaje de una tirada.

El año que viene, en vez de nosotros, puede que vayan mi tío y mi hermano a llevar a la abuela al balneario. No creo que mi padre quiera ir.

Campo

MIS TÍOS TIENEN UNA CASA en el monte y en los veranos venimos aquí unos días. Ellos no tienen hijos, pero admiten a la familia y a sus animales, empezando por la abuela, que va siempre la primera y vuelve la última, porque no le gusta estar sola y le viene bien tomar estos aires. Mis primas llevan sus gatos. Yo quería llevar a Eva, mi tortuga, pero mamá no me dejó.

El año pasado Fulgencio, el gato que encontró Anuka en el portal de su casa hace ya mucho tiempo, apareció un día con lo que al principio pensamos que era una gatita negra, de unos meses. El pobre se pasa la vida en un piso y aquí sólo entra en casa a comer. Lo han capado, para que no dé la lata cuando está en celo. Viene muy gordo y cuando se va ha adelgazado un poco. A veces caza mariposas, y se las come, casi nunca ratones. A mi tío le gustaría que hiciera algo con los topos que le destrozan lo que él llama el césped, un trozo pequeño del patio con algo de hierba, lleno de calvas de tierra. Mi tía se encaprichó con la gatita, que se dejaba acariciar cuando venía a comer. Al final del verano tía Teresa descubrió que era macho. Decidieron que era mejor dejar aquí a Blackie, porque en un piso se iba a aburrir mucho. A mí me hubiera gustado llevarlo a casa, pero mamá dice que ya tenemos bastante con Eva. En invierno hace mucho frío y a los gatos les gusta el calor. Me lo dijo Anuka, que tiene un libro que explica cómo cuidarlos.

Todos los días viene Gufi, una perra rubia, mayor, que no es de la familia, pero lo parece. Nunca ladra. Se pone a la puerta del patio, y, cuando alguien la ve, entra. Se deja acariciar por todos y come muy bien, casi de todo, hasta mondas de melocotón. Los restos de lechuga y de sandía se los llevamos en un cubo a los burros de Alfonso, un vecino. Una vez vino un señor a instalar un calentador de gas y no se atrevía a pasar. La Gufi se había puesto hecha una fiera hasta que le dijimos que se estuviera quieta. Se ve que a los que no conoce sí les ladra. Mi tía, que casi nunca cocina para

nosotros, es quien le prepara pan con grasa, a veces arroz, o lo que dejamos de chuletas de cordero que hace mi tío en la chimenea. Antes, en cuanto acababa, se ponía junto a la puerta del patio para ir después a casa de Sara, o de los rusos. Ahora, se queda echada a la sombra del manzano, y ronca. Alguna vez ha venido con el Gufito, un perro negro muy delgado que es su hijo. Las primeras veces les daban comida a los dos, por separado, y el Gufito se comía la suya y la de su madre en un momento. Ella no se quejaba. Ahora no le dejan entrar en el patio, por abusón. A veces le dan alguna sobra nuestra, pero siempre fuera de casa, cuando la Gufi ya ha terminado. La pobre se mueve muy despacio y no oye bien. A veces tiene garrapatas, que le quita mi tía con vinagre.

Esta primavera tía Teresa trajo a Lucas, un gato cachorro, que le daba mucha guerra en casa para que le hiciera compañía a Blackie. Sabíamos que había sobrevivido al invierno porque mi tía le dejaba comida seca en un como depósito de metal con una boca estrecha abajo por la que sale poco a poco y la iba gastando. No lo veían siempre, pero a veces aparecía en el porche a por la comida fresca que le habían traído, y se dejaba acariciar. Lucas hizo muy mal viaje. A los gatos no les gusta cambiar de sitio. Le dieron una pastilla, pero se mareó igual. Yo también me mareo un poco cuando voy en coche. Alguna vez vomito, cuando hay muchas curvas y papá tiene prisa. Tía Teresa pensaba que se iban a hacer amigos enseguida, pero en cuanto se encontraron empezaron a bufarse el uno al otro y a pelearse en serio. Hubo que llevarse de vuelta a casa a Lucas, que otra vez se puso malo en el viaje, pero dejó de dar tanta guerra. Debió de pensar que era mejor ser obediente. Es lo que a mí me dicen siempre. El caso es que Blackie se hizo más arisco. Sigue viniendo a comer, pero de noche, cuando nadie lo ve, casi como un ladrón.

Este verano han venido los dos gatos, Lucas y Fulgencio. Al principio teníamos miedo de que se llevaran mal, pero no. Están casi siempre juntos. El joven corre mucho y se sube a todas las partes; ayer quería meterse por la chimenea, desde el salón. Se puso bueno. Luego lo estuve limpiando con un cepillo. Cuando vino Anuka lo metió en la ducha. No le gustó nada, pero se aguantó. El otro día cazó un lagarto de cabeza azul, pequeño, que mi tía ha metido en un frasco de cristal, para que lo veamos. A mí me da un poco de

asco. Esta mañana le he quitado un pájaro de la boca. Todavía estaba vivo y ha salido volando. El otro está tan gordo, que sólo va donde Lucas si ve que el cuerpo le da de sí. Esta tarde, a la hora de la siesta, ha aparecido Blackie, como un forajido, ha comido un poco y enseguida desapareció sin dejarse casi ni mirar, el pobre.

Hay un nido de golondrinas en el porche. El año pasado hubo otros pájaros, unos carboneros, que se asustaban de la gente y nunca terminaron de criar. Era bonito verlos con sus colores amarillo y negro y su vuelo corto, decidiendo si se atrevían a entrar desde el manzano. Las golondrinas tienen menos problemas con la gente y entran y salen sin tanto miedo. Lo malo es que debajo del nido hay siempre cagadas. Mi tía las limpia todas las mañanas y no se enfada mucho porque dice que esos pájaros traen suerte.

Por la tarde vamos al río a bañarnos. En unas pozas se pueden coger renacuajos. El año pasado trajimos algunos aquí y vimos cómo crecían y se transformaban los que no morían antes. Ayer, a la vuelta, vimos al sapo, junto a la puerta del patio. El año pasado también apareció ahí. Es como una rana grande y fea. Da mucho miedo. Debe de haber salido del arroyo.

Esta mañana estaba el frutero lleno de hormigas. Mi tío ha estado investigando y ha descubierto que entran por una ventana. Tenían una autopista que bajaba por la pared, iba por el suelo y subía por la mesa. Les ha echado vinagre con un trapo; dice tía Teresa que es muy eficaz para acabar con ellas. Lo ha oído en la radio. El trapo se ha puesto negro con todas las hormigas aplastadas.

Gufi está malita. Dice mi tía que tiene almorranas y un agujero por allí abajo que se llama fístula. Apenas puede andar. Le salen gusanos blancos de la herida. La limpian con agua y jabón y han empezado a darle medicinas. Han llamado a una amiga de Anuka que estudia veterinaria y les ha explicado qué hay que hacer.

Anoche tía Teresa oyó discutir a las golondrinas. Esta mañana han aparecido en el porche, donde las cagadas de todos los días, dos crías, sin cabeza y sin terminar de salir del huevo. Los padres no han vuelto. Mamá dice que puede que se tuvieran que ir ya y no les había dado tiempo a enseñarles a volar. Pero estamos a primeros de agosto. No sé por qué tenían

tanta prisa. Tampoco entiendo lo de las cabezas, que deben de haberse quedado en el nido. Pobrecitas.

Antes de comer ha aparecido Lucas con un ratoncito en la boca, con las tripas fuera. Todavía estaba vivo. Mi tía se lo ha quitado de la boca de un manotazo. Se le han caído al pobre las tripas y el gato se las ha zampado. Luego yo no he podido tomar nada de las lentejas y me han castigado a no ir al río.

Esta tarde hemos montado en un burro de Alfonso Anuka y yo. Ella, como es mayor, iba delante y llevaba las riendas. El animal tenía la cabeza llena de moscas y no se las podía quitar. Algunas veces se tiran sobre la arena de un huerto aquí al lado y es como si se rascaran. Ha sido muy emocionante. Hemos dado la vuelta al pueblo y hasta hemos llegado a la era. Me han dejado ir un rato delante, pero las riendas las tenía siempre mi prima.

Hace unos días que no viene la Gufi por casa. Hemos ido a buscarla por todas partes y no la hemos visto. Alfonso dice que él tampoco sabe nada. Parecía que estaba un poco mejor. Comía otra vez con ganas y se movía con más facilidad. Mi tía tiene guardada un montón de comida para ella. Es la primera vez que falta. ¿Dónde habrá ido?

Esta mañana, al ir a coger el coche, mi tío ha visto un pájaro dentro porque había dejado el cristal de su puerta abierto. Era un chochín, que no es una palabra fea. Es muy pequeñito, con una cola larga que mueve hacia arriba. Los machos hacen tres o cuatro nidos en primavera para convencer a las hembras de que pongan allí los huevos. Cada macho tiene varias. Lo he leído en una guía que hay en casa. Los cucos son peores. Tiran el huevo que hay en el nido, a veces de chochín, y dejan el suyo para que lo empollen otros. En mayo y junio se les oye por aquí. Yo nunca he visto uno.

La abuela dice que antes en los pueblos había siempre alguien que se encargaba de los perros que se ponían malos. Como no había medicinas para ellos, ni dinero para pagarlas, los ahorcaban. Luego vendían la piel.

La Gufi sigue sin aparecer.

Mañana nos vamos. El año que viene volveré a intentar traer a Eva, mi tortuga. Al fin y al cabo, sería el animal más tranquilo aquí. A lo mejor se

hace amiga del sapo.

OceanofPDF.com

Carrera

ALGUNAS TARDES, AL SALIR DEL COLEGIO , voy a correr a unas pistas de atletismo, de grava y ceniza, al polideportivo del pueblo. Ahora hay luz hasta casi las siete. Voy con otros chicos que lo hacen a menudo desde hace tiempo. Martínez se quita el pantalón del chándal y empieza a dar vueltas como si no le costara. Hace unos cinco mil metros. Ya me gustaría a mí. Termino de calzarme las zapatillas y echo a correr, despacio. Al principio, trato de seguir la estela de mi compañero, que ya lleva un rato en la pista. A la segunda vuelta le dejo que siga a su paso y trato de ajustar el mío para conseguir llegar a los dos mil metros sin tener que ir a gatas al final. Cuando no me duelen las piernas, los pulmones no aguantan el ritmo. ¿Cómo voy a ir así a ninguna parte? Hay campeonatos escolares en marzo y me gustaría participar en los mil quinientos. No tengo la punta de velocidad imprescindible para las carreras cortas ni la resistencia que requieren las largas. También me falta nervio para acelerar al final. Con estas piernas, anchas, musculosas, si entreno fuerte, quizá logre algo, dice Martínez. Ya me han echado de todos los equipos posibles en los deportes que se juegan aquí.

En balonmano pensaba que podría aguantar como portero hasta que, en el primer partido serio, empezaron a entrar balones en la portería con una fuerza tremenda. Al principio ponía el cuerpo frente a los lanzamientos, y paraba algunos. Me dolían el pecho y los brazos, uno incluso me dio en la cabeza y casi me tiró al suelo. Me entró miedo. Una lástima, de portero no hay que correr, y con una portería tan pequeña, creía que no sería tan fácil que me colaran muchos tantos. Me equivoqué. Antes había jugado de defensa, por probar. Pero me cuesta coger la pelota con la mano, sujetarla, pasarla a un compañero con cierta precisión. Hay, además, que estar pendiente de lo que ocurre a cada momento. Atacar o defender. Ir de atrás para adelante y luego de vuelta, deprisa. Atento a todo. A veces me pasaban

la bola y, antes de que me hiciera con ella, ya me la había quitado un contrario. Demasiada tensión. De portero pensé que estaría mejor. Casi no hay movimiento, y apenas tienes que estar atento al juego cuando atacan. La pelota sólo llega cuando la lanza el enemigo. Con lo ancho que soy, basta con ponerse en medio para pararla. Ése era mi puesto. Hubiera seguido en él, a pesar de los moratones y de un rozón en el codo derecho que me hice en una caída contra el cemento, si no me hubieran echado del equipo de malas maneras tras la derrota. No tuvieron ni pizca de paciencia. En los entrenamientos paraba bastantes balones, pero nadie había tirado con tanta mala uva. No hubo nada que discutir.

Hice luego un cursillo de baloncesto, los viernes por la tarde y los sábados durante un trimestre. Aprendí algo. Me puse en forma con tanto ejercicio. Con 1,68 de altura no es fácil llegar lejos en ese terreno, pero hice lo que pude. Aprendí a botar un balón tan grande, con alguna velocidad, llevándolo de un lado a otro, para confundir al contrario. Nunca creí que fuera tan duro. Todo el tiempo nos dábamos golpes y empujones unos a otros. En la tele no parece que sea así. En los entrenamientos, a base de repetir una y otra vez, conseguí una marca aceptable de puntos cada vez que tiraba. Pero allí es fácil. Estás parado, sujetas el balón con las dos manos, calculas, lanzas y, con un poco de suerte, por lo menos llegas al aro metálico. A veces entra. En los partidos la cosa no funciona así. Siempre hay otro encima que no te lo deja coger bien, mucho menos mirar y en absoluto lanzarlo con cierta precisión. En los pocos que jugué, apenas hice alguna canasta; ni siquiera tirando personales, que es cuando parece más fácil. Un lugar que es siempre el mismo, desde el que se lanza una y otra vez en los entrenamientos, sin nadie que moleste. Nunca me hacían esas faltas. Es difícil llegar tan lejos en el campo contrario. Siempre me quitaban el balón antes. Una vez ocurrió, al final de un partido. Íbamos empatados a veinticinco. Ninguno de los dos equipos estaba lleno de estrellas. Me hicieron un tapón y el árbitro estaba al lado. Era mi oportunidad. Fallé los dos tiros. En el rebote los otros consiguieron el desempate, y ganar. Mis compañeros no me asesinaron allí mismo porque no esperaban mucho más de mí. El entrenador empezó a sacarme sólo cuando no tenía más remedio, cuando los demás estaban llenos de personales, o no acudían suficientes

chicos. Jugué ocho partidos oficiales, marqué tres veces. Nunca me echaron por acumulación de faltas, ni para eso era bueno. Todavía me gusta, de vez en cuando, tirar unas canastas, solo, o con otros dos o tres no mucho mejores que yo, por pasar el rato. Entonces, de vez en cuando, sí entra el balón por el aro, cuando no importa.

Paro a descansar en el campo de fútbol después de tres vueltas. Me tumbo, hecho polvo, respiro hondo para recuperarme un poco. En la pista siguen, a distintas velocidades, seis u ocho chavales. De aquí a un rato, cuando se me pase, puedo intentar correr otro rato. Por lo menos aquí nadie me riñe por lo que hago mal, por lo torpe que soy, por estar distraído.

En verano es mejor. Voy a la piscina que hay junto a las pistas y nado. Empecé cuando tenía cinco años y, poco a poco, solo, fijándome en los otros, mirando la tele cuando hay campeonatos, aprendí a nadar, en todos los estilos; bueno a mariposa casi no, hace falta mucho músculo para lanzar los brazos adelante con ese ímpetu, como un tiburón. Mi madre me daba el duro de la entrada para que no molestara en casa. No todas podían permitirse el gasto. Me hice amigo de algunos veraneantes, incluso chicas. En el agua me apaño bien, aprendí a hacer la bomba, a tirarme de cabeza, a bucear, a dar aguadillas y a recibirlas. A veces echo carreras, de cincuenta metros, dos largos, a *crawl*. Alfonso es el más rápido del pueblo, pero yo tampoco lo hago mal. El año pasado, en las fiestas, hubo competición. Vinieron chicos de la capital. Yo también participé. Quedé tercero, me dieron una medalla. Los que me ganaron eran forasteros. Mis amigos dijeron que se habían tirado antes de sonar el silbato. Yo no vi nada. Tampoco es un fracaso, para haber aprendido solo. Alfonso no participó, tenía resaca de la víspera. La medalla, de aluminio, con una cinta roja, está en casa, colgada de una pared en el cuarto de estar. Pero lo mejor de la piscina son las chicas. No es sólo que pueda verlas casi sin ropa, que cuando jugamos a darnos aguadillas les toque la piel sin que nadie se escandalice; lo que más me gusta es poder hablar con ellas mucho rato, todos los días y mirarlas de cerca, a veces a los ojos; me encantan sus risas cuando digo alguna tontería.

En verano también juego al tenis, con los veraneantes. Hace dos años, en navidades me compraron una raqueta. Ponemos una red sobre el campo de

baloncesto y hacemos partidos de dobles. Mi saque no es muy rápido y soy malo para recibir la primera bola. Me quedo adelante para cortar, cuando puedo. Soy peligroso cuando la pelota viene despacio y puedo devolverla con la raqueta a dos manos. Mis amigos del equipo contrario han decidido que eso no vale; a mi me parece que en la tele lo hacen, sobre todo las chicas, pero, si los otros dicen que no, tendrá que ser así. Por lo menos si quiero jugar con ellos. Lo peor es ir a recoger las bolas, que pueden estar en cualquier parte, en el campo de fútbol, en el de pelota, incluso en la calle. Discutimos todo el tiempo quién debe ir a por ellas. Es una gaita, pero hay que hacerlo; si no, no podemos seguir el juego. Me fastidian esas peleas, que pueden ser largas, a voces y diciéndonos barbaridades. Prefiero dejar de jugar. Si el Ayuntamiento hiciera una pista de verdad, de tierra batida en vez de cemento, con redes que impidieran a las pelotas irse a cualquier parte, sería mucho mejor, claro.

Viene Martínez y se sienta conmigo. Todo su cuerpo brilla de sudor. Se coloca las gafas en la nariz, sonrío mientras habla.

—¿Cuántos metros has hecho?

—No sé. Pocos. Me canso enseguida.

—Tienes que aprender a respirar. Es lo más importante. Las piernas van adelante si los pulmones aguantan.

—Yo no voy ni con una cosa ni con la otra.

—Venga, levanta. Sígueme, y respira cuando yo lo haga. Mete el aire bien dentro, y suéltalo poco a poco.

Volvemos a la pista los dos. Casi no hay luz. Somos los últimos que seguimos ahí. Dentro de un rato cerrarán. Martínez va despacio y no me cuesta mucho ir tras él. Tomamos aire a la vez y lo soltamos, lentamente. Empiezo a sudar. Me gusta el ritmo que llevamos.

Con la bici manejo mejor los tiempos, y aguanto bastante. No tengo punta de velocidad, como dicen en la tele, para los *sprints*, pero resisto muchos kilómetros, y soy capaz de tirar en los puertos. Los puertos son las cuestas que hay junto a los dos ríos que pasan cerca del pueblo. El verano pasado organizamos los amigos una competición y yo participé, con la bici de Fernando, que se creará muy inteligente, pero es un flojo y se retiró en la primera contrarreloj. Yo tengo una bici pesada y, aunque le he quitado los

guardabarros a las ruedas y a la cadena, no sirve para correr. Los demás tienen máquinas de carreras, ligeras, con cambios, varios piñones y dos platos. Ya he dicho en casa que quiero una bici así, pero, por como me miró mi padre cuando lo dije, con la cuchara llena, quieta, entre el plato y la boca, me parece que es difícil que la consiga. Eran cinco etapas, de veintitantos kilómetros cada una. Acabamos diez, yo quedé cuarto. Con una bici propia, que conociera bien, con la que pudiera entrenar en invierno, podría quedar segundo o tercero. A Carlos no le voy a ganar nunca.

Martínez aumenta poco el ritmo, para que pueda seguirle. Ya no respiramos a la par. Empieza a distanciarse.

El fútbol es lo peor. Todos los chicos lo juegan y hablan de equipos y de futbolistas cada vez que salta la liebre. Yo lo intento, pero ni me gusta ver por la tele a los equipos importantes, ni al equipo del pueblo las tardes de los domingos, aquí mismo, ni sé nombres de jugadores más allá de los muy famosos, ni recuerdo momentos memorables. A veces me dejan de defensa en alguno de los partidos que hay casi todos los días, cuando no aparecen suficientes chicos. He aprendido lo básico y, como no hay mucho donde elegir, me dejan estar, a la izquierda del portero. Cuando viene un contrario, voy a por él y me pongo en medio, doy patadas, lo que sea con tal de que no avance. A menudo hago falta; sólo alguna vez el árbitro lo ve, cuando hay árbitro. Si, por casualidad, me hago con la pelota, la suelto enseguida. Sé de sobra que debería pasársela a un compañero, ya me gustaría, pero la patada que doy es como es y va a cualquier parte, a menudo fuera del campo, o a los pies de otro enemigo. Una tarde marqué un gol. Fue una casualidad, mi momento de gloria. Estaba adelante porque me dio pereza correr a mi sitio tras un ataque. En un despiste, como no soy peligroso, me dejaron solo frente al portero. Me llegó un balón y le di como siempre, de cualquier modo. No iba con mucha fuerza, ni con una trayectoria rara. El portero se confió y cuando quiso recogerlo ya estaba dentro. Nadie se lo creía. No volví a tocar bola en lo que quedaba de partido. Al día siguiente me pusieron de delantero. Fue un desastre. No conseguía quedarme con el balón ni un momento; mucho menos regatear, pasarlo a otro compañero o tirar a la portería contraria. Desde entonces, volví a donde siempre.

Al fútbol juego todas las semanas alguna vez. Todos saben que soy un paquete. En realidad, me aburre la pelea por meter la pelota en el fondo de la portería contraria. Pero es peor estar parado, mirando. La natación es otra cosa. Además del agua, tan distinta del aire, uno está solo, y se mueve. Los demás pueden ir más deprisa o despacio, pero están en otras calles, ni siquiera los ves hasta que acaba la prueba. Con la bici es parecido. Todo depende de uno mismo y de sus fuerzas, no hay muchas estrategias de equipo según vamos nosotros. Correr es un asunto personal. Uno se enfrenta a sí mismo, a su aguante. Luego se mide y se compara, *a posteriori*, como dice el profesor de latín. Es una lástima que el cuerpo no me aguante mucho tampoco aquí.

Nos avisa el encargado de que van a cerrar cuando Martínez me dobla. El cielo ya está oscuro. Recogemos. Mi amigo repite a la salida, mientras atravesamos las acacias, recién podadas, “Ya sabes que lo importante es encontrar tu ritmo, aprender a respirar”. ¡Cómo si fuera tan fácil!

OceanofPDF.com

Sirena

DE CASA A LA PISCINA hay unos tres mil doscientos pasos. No los he contado uno por uno. Dividí el recorrido en doce tramos más o menos iguales y luego saqué el número de uno de ellos; en realidad, de tres. Hubo una diferencia de cinco pasos entre el mayor y el menor. Salgo de casa a las once y media, después de desayunar, hacer la cama y algunos recados que me manda mi madre. Ella a esa hora hace la limpieza. Cuando llego, todavía no hay mucha gente. Dejo la toalla bajo una acacia, donde siempre, y me tiro al agua. Al principio, parece que está fría; al tercer largo ya estás cómodo nadando. Hago treinta largos de una tacada, setecientos cincuenta metros. No es mucho. Debería llegar a los cuarenta. Algún día lo hago. Cuando consigo estar allí un poco antes. A partir del veinte, empieza a haber demasiada gente en la piscina, sobre todo niños; y tengo que sortearlos. Además, me canso. Salgo, me seco un poco y hablo con los amigos que ya han llegado. Antes de ir a casa a comer, otra vez al agua, pero entonces ya no se trata de nadar. Jugamos, nos hacemos aguadillas o nos lanzamos una pelota unos a otros. Somos siete amigos: Pili, Sonsoles, Esperanza, Carlos, Fernando y el otro Carlos, además de mí. No siempre estamos todos. El año pasado las chicas hacían grupo aparte y sólo venían con nosotros algunas veces. Fernando insistió en que estamos mejor todos juntos y que así es más divertido. Carlos decía que las chicas son un rollo. El otro Carlos dijo que se estaban poniendo muy buenas y preguntó si éramos tontos. Hubo una votación. Desde entonces, las chicas vienen casi siempre con nosotros. Me parece que a Carlos le gusta Pili, a Fernando le gusta Sonsoles y al otro Carlos le gusta Esperanza. A mi me gustan las tres, pero ninguna de ellas me hace caso. A Pili le gusta Fernando, a Sonsoles le gusta Carlos y a Esperanza le gusta el otro Carlos. Ellas no lo dicen así, claro, pero se nota. Nosotros tampoco hablamos mucho cuando estamos sólo los chicos de estas cosas, pero una tarde salió el tema y todos tuvimos

que decir por quién estábamos. Me riñeron porque decían que me tenía que gustar una en concreto, que decir las tres era como decir ninguna y eso no podía ser. No dije nada distinto, a pesar de la bronca. De Pili me gustan los ojos, grandes, redondos, de color castaño, con su brillo particular; de Sonsoles, los dientes, tan blancos, y el pelo, negro, liso y largo; de Esperanza, la sonrisa, tan abierta, y las manos, delgadas, largas, y suaves. Una vez, en un juego, se las cogí y fue estupendo. No me gusta cuando las tres empiezan a hablar a escondidas, nos miran, y se ríen, seguro que de las maldades que se les ocurren sobre nosotros.

Ha llegado una chica nueva a la piscina, más o menos de nuestra edad. Nadie la conoce. Es muy guapa. Pone la toalla bajo un olmo, no lejos de donde nosotros estamos siempre. Lleva bañador, negro, muy elegante, no como mis amigas, que siempre están en bikini. Antes de nadar lee un rato un libro. La he mirado dos o tres veces y cuando me ha visto, ha sonreído. Si viniera con nosotros, seríamos un número par, y habría una chica para cada chico, y viceversa, claro. Yo podría decir que me gusta ella, pero seguro que ella preferiría a Carlos, que es más alto, y rubio, o a Fernando, que tiene los ojos verdes y es muy simpático, o al otro Carlos, que dicen que es muy guapo. Yo soy regordete, con el pelo castaño oscuro, a flequillo. Me gustaría llevarlo largo, con la raya en el medio, para ir a la moda, pero mi madre no me deja.

Por las tardes jugamos al tenis o hacemos carreras ciclistas. Sólo los chicos. El tenis es un poco rollo porque la pista (un campo de baloncesto) no tiene red y hay que ir a buscar las pelotas bastante lejos, cuando se acaban. Siempre discutimos quién tiene que hacerlo y terminamos enfadándonos entre todos. Las bicis son más divertidas, vamos a los pueblos de al lado, Nieva, Santiuste, Moraleja... y volvemos. Cuando hay repechos, alrededor de los ríos, me pongo primero, subiendo y bajando, Luego, en el llano, me alcanzan y casi nunca gano. Una vez lo calculé bien y conseguí la ventaja suficiente para llegar antes que los demás, por unos metros. Tampoco soy bueno en el *sprint*.

La chica del bañador negro se llama Aurora, es de Madrid y está aquí en casa de su abuela. Nos lo ha contado Pili. Le dijimos que podría hablar con

ella y que venga con nosotros. Ella sola se aburrirá mucho. Contestó que por qué no se lo decimos los chicos, así le parecerá más emocionante. Entre unos y otros, nadie se le ha acercado. Cada día me parece más guapa. Viene pronto a la piscina. Esta mañana, cuando he puesto la toalla antes de empezar con mis largos, ya estaba allí. La he saludado. Al fin y al cabo, ya es la tercera vez que nos vemos. Ella también, retirando un momento la mirada del libro, ha dicho “¡hola!” He ido al agua sin ser capaz de empezar una conversación. ¡Seré idiota! He nadado cuarenta largos, los mil metros que debería hacer todos los días, de pura rabia.

Lo echamos a suertes y le tocó a Carlos ir a decirle a Aurora que si quería estar con nosotros en la piscina. Enseguida cogió su toalla y la puso con las nuestras. Al cabo de un rato hablábamos como si nos conociéramos de toda la vida. Nos contó lo que ya sabíamos, que es de Madrid y que hace compañía a su abuela antes de que lleguen sus padres. No había venido nunca en verano a pasar unos días. Su abuelo murió este invierno. Todavía no sabe si le gusta estar aquí. Hasta ahora se aburría un poco.

Se tiró al agua y nadó como una sirena. Mucho mejor que yo, aunque puede que no tan deprisa.

Por las noches, después de merendar, estamos otra vez con las chicas. Hablamos o jugamos a las prendas. No de quitarse ropa, que es una bobada, sino de tener que hacer algo que cuesta un sacrificio. También salimos al campo alguna vez, a robar melones o a contar estrellas fugaces. El primero que llega a diez gana. Ayer también estuvo Aurora con nosotros. No quiso que entráramos en ningún melonar, pero le pareció divertido lo de mirar al cielo. No había luna y fue fácil ver puntitos que se movían. Otra vez ganó Fernando, como casi siempre. No estoy seguro, pero creo que hace trampa. Algunas estrellas sólo las ve él. Podía mandar una prenda a quien quisiera. Se le ocurrió la estupidez de que yo le diera un beso a Aurora. Como estaba oscuro, nadie vio que me puse como un tomate. Ella no dijo nada y yo no me atreví a protestar, por si se ofendía. Los demás se reían y me animaban. Propuse que le preguntáramos a ella qué le parecía la idea, pero no quisieron. Un juego es un juego y eso le podría haber pasado a cualquiera,

dijo Sonsoles. Además, si quiere venir con nosotros, tendrá que hacer lo que los demás, comentó el otro Carlos. Ella dijo que no le parecía mal, pero que nos preparáramos para cuando ganara ella. Acerqué mis labios a los suyos y los rocé un milisegundo mientras hubo división de opiniones de si había habido beso o no. Ella dijo que sí y se acabó la discusión entre aplausos.

Luego, en casa, dormí mal. Tuve pesadillas. Aurora me mordía la cara y me arrancaba la piel y la carne, dejando sólo el hueso, entre risotadas de mis amigos.

Esta mañana, cuando he llegado a la piscina, ella ya estaba allí, leyendo su libro. Me ha preguntado por qué hacía todos esos largos y no he sabido qué decirle. Me ha retado a una carrera. Dos largos, antes de que empezara mi sesión. No había casi nadie en el agua y nos hemos tirado de cabeza los dos más o menos al tiempo. Las primeras brazadas yo iba más deprisa, pero Aurora me alcanzó al acabar el primer largo. Ha dado la vuelta como hacen en la tele, con una voltereta, yo he tocado el borde y me he dado impulso con los pies, como hago siempre. Al ver que ella iba por delante, me he puesto nervioso y he perdido el ritmo. Me ha ganado con claridad. Nada muy bien; mejor de lo que me había parecido el otro día. Luego me ha contado que ella va a una piscina cubierta en Madrid tres veces por semana y que de niña se entrenó para nadadora. Ahora lo ha dejado, porque le quitaba mucho tiempo. Dijo que me va a enseñar algunos trucos para ir más deprisa. Luego ha salido del agua y yo he seguido con mis largos. Hoy sólo he hecho veinte.

Cuando me he reunido con mis amigos, estaban hablando del libro que lee Aurora, *La isla del tesoro*. Todos hemos visto la película. Ella dice que no es lo mismo. Fernando, que es un enterado, comentó que él ha leído otra novela de ese autor, *Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Ella no la conocía, los demás, menos. Es sobre un médico que inventa una pócima y se vuelve malvado. Dice que es muy interesante. Aurora le escuchaba con mucha atención, y me ha dado rabia. A Pili tampoco le ha gustado cómo le miraba.

Por la noche, les ha hecho besarse a Pili y Sonsoles, con lengua. Han protestado y la han llamado perversa. Dijo que ya nos lo había advertido cuando le tocó a ella, y nos ha llamado pazguatos. Fernando la ha

defendido. No es más que un juego, sin consecuencias. Al final, han juntado los labios como contra un cristal y cuando Sonsoles ha sacado la lengua, se han echado a reír. Pili decía que le hacía cosquillas. Ha sido todo un poco raro.

Hoy Aurora me ha enseñado algunos trucos para nadar mejor, y más deprisa. Cómo colocar los brazos al meterlos en el agua, cómo sacar la cabeza para respirar... Otro día damos la lección de la pingoleta al acabar un largo. Me gustó cómo me cogía las manos y la cara en las explicaciones. Luego, mientras ella se ha ido un momento al lavabo, Pili nos ha convocado a una reunión secreta por la tarde, a las cinco, en la Fuente Nueva. Sin ella. Fernando le ha contestado que no dijera bobadas, pero, al final, hemos ido todos. Quiere echarla de la pandilla. Hemos votado. Las chicas todas a favor de que se fuera, los chicos, en contra. Hemos ganado. Se han ido enfadadas. Por la noche sólo ha estado Aurora con nosotros. No le hemos dicho nada, pero ella se ha oído algo raro.

No me sale bien la pingoleta en la piscina. Se mete agua en las narices y me duelen los huesos. Ella lo hace sin esfuerzo, como una sirena, como si llevara toda la vida en el agua. Aurora dice que tengo que practicar. Al final, he hecho los largos como siempre, treinta, a dieciséis brazadas por largo, cuatrocientas ochenta. Tengo que conseguir nadar los veinticinco metros en quince brazadas, sesenta a los cien. Es lo mínimo para un nadador de verdad. Se lo he comentado a Aurora y dice que no sabe. Ella nunca cuenta las brazadas. Yo lo he visto en la tele, en las Olimpiadas. Ellos lo hacen en doce o trece. Todavía me falta un poco por crecer; cuando termine, en uno o dos años, será todo más fácil.

Las chicas, al llegar a la piscina, se han puesto aparte. Aurora ha ido a hablar con ellas y han venido todas juntas con las toallas. Parecía que todo estaba resuelto. Se va mañana. Han venido sus padres y marcha toda la familia a la playa.

Carta

HA ESCRITO AURORA . Es su primera carta. Yo le he enviado seis. Casi me había dado por vencido. No es la primera chica que me escribe. Pili, Sonsoles y Esperanza lo han hecho alguna vez, para felicitarme las navidades y cosas así. Esta vez es un poco distinto. Para empezar, no es fin de año, ni mi cumpleaños. Es lógico, sin embargo, que después de haber recibido noticias mías seis veces, tenga la amabilidad de contestar. No es que diga mucho en su carta, apenas una cuartilla de letras grandes y redondas, pero es importante que se haya decidido a escribirla y, lo que es trascendental, a echarla al correo. Yo le he escrito muchas más de seis cartas, no se cuántas. Sólo les he puesto sello a éstas. Habrá quien piense que son demasiadas. Es fácil, entonces, que ella haya escrito más cuartillas antes de decidirse a enviar la que he recibido; aunque también puede ser que no haya escrito más que eso, de una tirada, sin darle importancia. Si lo hablara con Carlos o con Fernando, o con el otro Carlos, seguro que dirían que ha contestado con la única intención de que la deje en paz, de que no vuelva a escribirle jamás. Yo no lo veo así. Desde luego, no lo dice con esas palabras. Tampoco es que se muestre encantada de la atención que le he dedicado, lo que no quiere decir que no esté contenta de recibir correspondencia de un amigo. Es una carta amable. Empieza diciendo Estimado..., que es casi como querido, y acaba con un abrazo. Las chicas, en general, son muy poco expresivas en cuanto a sus sentimientos, supongo que para no dar pie a situaciones equívocas que les den más problemas que alegrías. En las seis cartas mías habrá decenas de besos, y entre sus muchas líneas se tiene que haber dado cuenta de que me importa bastante, más incluso de lo que me gustaría. No puedo evitarlo.

Este verano ha sido muy distinto del anterior. Ha estado mucho más tiempo en el pueblo. Las chicas ya la han aceptado, aunque los primeros días

volvieron a hacer bobadas, reuniones secretas, plantones... como el año pasado. Al tercer día, las convenció de que no es ningún monstruo invitándolas a merendar a casa de su abuela, una reunión sólo para mujeres a la que la curiosidad no les dejó resistirse. Me ha enseñado a dar la vuelta en la piscina como los nadadores profesionales, y así he ganado un segundo en cada largo. Pero eso es lo de menos. Siguió viniendo pronto por las mañanas a nadar, antes que los demás, y hemos hablado mucho. Sobre todo ella. Preguntaba cosas que nunca antes nadie se había atrevido a preguntar. Me ponía nervioso tener que explicar asuntos que jamás había contado, relacionados, sobre todo, con emociones y secretos, pero también me gustaba. Era como si se estableciera una intimidad entre nosotros que no tiene nada que ver con la que tengo con el resto de mis amigos. Lo peor era cuando empezaba a hablar de Luis, un imbécil de ojos claros que le tiene sorbido el seso. Sin dejar mi compañía, estaba todo el tiempo pendiente de él, si andaba por los alrededores. Había más abejas al tanto de la flor y Aurora no quería destacarse. Él tampoco brilló nunca mucho por su inteligencia y apenas le hacía caso, aturdido como estaba por las chicas que no le dejaban en paz. Se limitaba a dejarse acompañar por la más decidida y supongo que aprovecharía su suerte de la manera que mejor le conviniera. No creo que ninguna de ellas le interesara de veras. Es verdad que es más alto y más fuerte que yo, que nada más deprisa y ha ido a Londres dos veranos. Por lo demás, a mí siempre me pareció idiota, incluso antes de que Aurora no dejara de incordiar con él. Le conté todo lo que sé del muchacho porque ella no dejaba de dar la lata. Incluso supe inventar alguna maldad por la noche, en la cama, para luego explotarla al día siguiente, en la piscina. Dio lo mismo. En cuanto la criatura aparecía, Aurora no dejaba de decir sandeces sobre sus atractivos. Un día me enfadé y le dije que se fuera con él antes de preguntarle qué hacía con un mocosito como yo. Por toda respuesta, ella me acarició la mejilla izquierda y besó la derecha. Estuve enfurruñado hasta que me tiré al agua.

Luego, cuando llegaban los demás, la relación era como las otras. Acaso alguna vez me miraba con un gesto especial cuando alguien hacía un comentario sobre algo de lo que habíamos hablado nosotros antes. Estuve tentado más de una vez de intervenir en alguna conversación acordándome

de ello. Con algún gesto, ella siempre me hizo callar. Lo que nos contábamos en esas conversaciones era sólo para los dos.

Dejé de nadar largos y largos. Me concentré en mejorar mi marca en los cien metros libres. Cuatro segundos menos al final del verano que al principio. Tampoco seguimos con los juegos de las estrellas fugaces y los besos ridículos delante de todos como prenda. Supongo que nos vamos haciendo mayores. Al final del invierno empecé a afeitarme y todas las semanas lo hago un par de veces. Todavía no sé si me gusta pasar la cuchilla por la cara. De un lado, me siento como más limpio, pero también me hago heridas casi siempre, cortes pequeños en la barbilla, o cerca de la nariz, de las que manan gotas de sangre que hay que atajar con agua oxigenada empapando algodón o una pizca de papel higiénico. A mi padre no le pasa. Supongo que todavía soy un poco torpe en esa operación. Para mi próximo cumpleaños me van a regalar en casa una maquinilla eléctrica.

Este verano fuimos mucho a la discoteca, aunque todavía no tenemos ninguno la edad legal para hacerlo. Bueno, Aurora sí. Los demás deberíamos esperar un año. Nadie nos dijo nunca nada a la entrada. Bailábamos las piezas sueltas en corro, haciendo bobadas, y las agarradas algunas veces también, por parejas. Con Sonsoles, Esperanza y Pili me movía como un palo. Ellas tampoco lo hacían mucho mejor. En general, nos manteníamos a bastante distancia. Ellas sujetaban los brazos como si fueran de acero. Las pisaba de vez en cuando y entonces me reñían. El resto del tiempo estábamos callados. Con Aurora era muy distinto. Ella me enseñó a dar los cuatro pasos que aprendí para poder salir del apuro y a final de agosto ya no pisaba a nadie si no quería. Me dejaba estar más cerca de su cuerpo, y podía olerla, incluso sentir el roce de sus pechos de vez en cuando. Pero, sobre todo, cuando bailábamos juntos, no tenía esa sensación de palo de escoba que detesto.

Pili, Esperanza y Sonsoles me hacían bromas sobre Aurora y lo aguantaba mal. Ellas se reían cada vez más de mí. No fui capaz de decirles que yo también me daba cuenta de cómo les gustan Carlos, Fernando y el otro Carlos y cómo a ellos les da lo mismo y, si acaso, sólo lo aprovechan para arrimarse a ellas un poco más de lo que a mí me dejan cuando bailamos. A ellos lo que de verdad les importa es el fútbol. Se pasan el día

hablando de fichajes, entrenadores, jugadas, equipos, goles, lesiones y dinero. A mí me aburre. Iba a decir que nadar también, pero no. Lo que me da igual ahora es verlo en la tele. Me gusta estar en la piscina. Está bien el trato con el agua. Te mueves tú solo y aprendes cómo hacerlo del modo más ligero. Lo del fútbol es un lío con tanta gente por medio y tantas patadas, codazos y malos modos. Un partido es peor que sobrevivir en la jungla frente a todo tipo de alimañas. De la piscina, en verano, lo mejor era cuando llegaba Aurora y estábamos solos. Si no salía Luis en la conversación, podía llegar a ser el paraíso. Luego llegaban los demás y, sin pasarlo mal, no era lo mismo.

Una noche sucedió lo mejor de mi vida. Estábamos en la pista de baile, unos cuantos, haciendo el ganso. Pasó por allí el imbécil de Luis ¡con Esperanza de la mano! Cuando empezaron a tocar las piezas lentas, Aurora y yo reiniciamos nuestras lecciones de baile. Ella lo llamaba así cuando nos abrazábamos al compás de la música. Luis también apretaba a Esperanza como si fuera a estrujarla. Aurora me acariciaba la nuca. Yo me atreví a acercarme más, más que nunca. Noté sus pechos como fresas que se deshicieran al frotarse conmigo. Acerqué la boca a su oreja y lamí su lóbulo izquierdo. Nunca me había atrevido a tanto. Ella se retiró un poco y nos dimos un beso que no quería que terminara nunca. Se acabó la música y tuvimos que separarnos. Volvieron las canciones sueltas y marchamos a casa. Quise acompañarla, pero ella prefirió ir con las chicas.

Aquella noche apenas dormí. Pensé que ya éramos novios, algo con lo que no me había atrevido a soñar. A la mañana siguiente, en la piscina, Aurora no quiso hablar de nada. Estaba leyendo un libro muy interesante, dijo; *El lobo estepario*, me parece. Nadé un montón de metros mientras hacía conjeturas sobre lo que pasaba por su cabeza. Nunca hablamos del beso. Nunca tuve ocasión de decirle cuánto me importa. Empezó a rehuirme. Dejó de venir antes que los demás a la piscina. No volvimos a hablar de cosas íntimas.

A los pocos días se fue. Me acerqué a despedirla a la estación, sin que ella lo supiera. No puso cara de alegría cuando me vio, pero dejó que la ayudara a meter las maletas en el tren. Me dio un beso en la mejilla después de abrazar a su abuela. Le dije entonces que la escribiría.

Me atreví a hablar del beso en las cartas, una y otra vez, a preguntarle por su significado, con la intención de que dijera que no puede vivir sin mí, o algo parecido. En su contestación no menciona el asunto. Cuenta que algunos sábados queda con Luis y van juntos por ahí, de paseo, o al cine. No sé si voy a volver a escribirle.

OceanofPDF.com

Domingo

CASI SIEMPRE UNA VEZ AL MES vamos al pueblo a comer con mi madre. Vive con mi hermano pequeño desde que murió mi padre, hace casi diez años, en su casa de toda la vida.

Este año el campo está apagado, para ser mediados de marzo. Al salir, vemos un almendro en flor, en frente de un almacén, esplendoroso, pero luego, el verde de los sembrados aparece oscuro y la tierra seca.

Hago el trayecto sin esfuerzo, al cabo de tantas veces, tantos años, conozco cada curva, casi cada árbol, y me gusta ver los cambios en el paisaje a lo largo de las estaciones, que sigan ahí sus distintos elementos con sus pequeñas variaciones. La vaguada cerca del último cruce, que a menudo está cubierta por una lámina de agua en la que a veces nada algún pato, hoy está seca.

Las primeras veces que hice el camino, de niño, con mi padre, en el camión, íbamos del pueblo a la ciudad, a recoger mercancía. La carretera del desvío desde la general estaba todavía sin asfaltar. Ahora tiene incluso raya central y un pequeño arcén. Parábamos a mitad de camino, en El gallo rojo, a tomar algo.

Mi madre está hoy sola en casa. Mi hermano ha ido a comer con unos amigos. Acaban de estar mi hermana y las niñas, pero no hemos llegado a tiempo de cruzarnos con ellas. Nos enseña la terraza, todavía con pocas plantas después de los fríos, y la habitación que hace de invernadero, llena de tiestos macilentos. Comemos pronto los tres, en el cuarto de estar. Ella se levanta y trae las viandas de la cocina: cóctel de gambas, filete empanado, fresas con yogur y café. Nos levantamos todos a recoger y ella se viste para salir a la calle.

Después de las heladas de los últimos días, el aire hoy es templado y suave. Vamos a ver la obra casi acabada de la casa de mi hermana. Admiramos los espacios, todavía sin pintar y sin muebles, pero ya con

puertas y con los baños terminados. En el porche, orientado al sur, protegidos por el tejado, hace como para quedarse un rato de charla, pero no hay mesa ni sillas. Los suelos están cubiertos de serrín y de restos de cables de la instalación eléctrica.

Caminamos a un barrio en el que están construyendo mucho y comentamos lo que nos parece cada edificio. Antes, cuando era niño y hasta hace pocos años, aquello era sólo un arenal. Hay casas enormes. Algunas están hechas con buen gusto, en otras prima el deseo de llamar la atención de los propietarios. También hay viviendas modestas.

Entramos en la cafetería del Hotel a tomar algo. Cuando ya nos hemos sentado, vemos al tío Miguel jugando la partida, como todas las tardes desde hace muchísimos años. El otro día al volver a casa no estaba su mujer, la hermana de mi madre, que apenas sale, y se puso muy nervioso buscándola por todos lados. Había ido con mi madre y otras amigas a celebrar la fiesta de algún santo. Mi madre lo cuenta riéndose. Mi tío nos ve y se levanta a saludar. Tiene la piel tostada, como si siguiera trabajando en el campo, aunque lleva un montón de años sin ocuparse directamente de siembras ni cosechas.

Entra un hombre delgado, no muy alto, mayor pero todavía ágil; se queda mirando las mesas de los que juegan a cartas. Trabajaba en una herrería, ya se ha jubilado. Lo recuerdo bien de cuando iba a la tienda, enfundado en un mono azul y siempre gastando bromas. Mi madre nos recuerda su desgracia. Hace dos años uno de sus dos hijos, un médico que acababa de terminar sus estudios de especialidad y que había conseguido plaza en un hospital en Madrid, murió cuando esperaba a que el semáforo se pusiera verde, arrollado por un camión. Desde entonces ni su mujer ni él han podido superarlo. Ella no deja de llorar y apenas sale de casa. Él parece que se anima un poco ahora, después de tanto tiempo. Se acerca a saludarnos. Mi madre le pregunta qué tal están.

—Ya ves ¿Cómo quieres que estemos? Yo salgo un rato por las tardes, vengo por aquí y me doy una vuelta. Ella sigue sin querer ver a nadie. Damos paseos por el campo. Paramos en el cementerio y allí parece que se serena. Pero cuando llega a casa enseguida empiezan los llantos otra vez. Mi hijo dice que vayamos unos días a Madrid con él, pero ella no quiere.

Estuvimos en Canarias y se pasó todo el tiempo agarrada a la cama y sin dejar de llorar. Yo no sé qué hacer.

Al acabar la frase se le saltan las lágrimas. Mi madre trata de consolarlo.

—Hay que salir adelante como sea. Yo perdí a mi marido y lo pasé muy mal. Mis hijos están pendientes de mí y no tengo ninguna queja, todo lo contrario. Pero por la noche en la cama estoy sola y eso no lo puede arreglar nadie. Todavía me acuerdo de la tarde en que, al salir de misa, con mis amigas, pasábamos por aquí, ellas entraban y yo marchaba para casa y me obligaron a quedarme. Ya hacía cuatro años que había muerto. Poco a poco hay que salir adelante. Anímalas a que venga contigo, que hable con la gente.

Se acercan una pareja de jóvenes, son el hijo de un primo y su mujer. El hombre se despide. Se casaron el año pasado. Apenas los recuerdo. Supongo que los vería en el entierro de su madre, que murió de repente, de un infarto, sin cumplir los sesenta. Irradian una luz llena de una alegría reposada. Les preguntamos por la familia. No quieren sentarse. Tienen prisa. Se van a Madrid ahora.

Volvemos a casa. Al poco rato aparecen mi hermana y las niñas. Comentamos cómo nos gusta su casa y hay una queja unánime en lo que están tardando en terminarla. Las niñas nos cuentan los colores que han elegido para la pintura de sus habitaciones. Llevamos a la mayor y a su novio a la ciudad.

Cuando montamos en el coche el sol ha caído mucho y lo tenemos de frente al principio del viaje. Mi sobrina nos habla de sus planes de futuro, contradictorios, atentos a los estudios y a la primera salida que aparezca. Al llegar, ya ha oscurecido.

BAILE

Llora el amante y busca el ser primero besando y abrazando aquel madero

GARCILASO DE LA VEGA

OceanofPDF.com

Revuelto

HA LLAMADO AURORA . Hacía bastante tiempo que apenas sabía de ella. Este verano casi no nos vimos en el pueblo. Ella debió de ir unos días que yo estuve de viaje en la costa. Mis amigos de verano apenas van y ni siquiera coincidimos, excepto en las fiestas. Entonces todo vuelve a ser casi como antes. No recuerdo haberle dado el teléfono de la casa de mi hermana, pero ella sabía que hace ya unos meses que paso la mayor parte del tiempo aquí, por mis estudios. Se lo habrá dado Pili, o Sonsoles; no creo que se lo haya pedido a Esperanza. Dice que trabaja en Telefónica y le sale gratis llamar. Quizá no tenía nada que hacer cuando se le ha ocurrido marcar el número. Por supuesto, no hemos podido hablar de nada. Allí estaban, expectantes, mi cuñado, mi hermana y el niño. Han preguntado si es mi novia. Siempre andan metiéndose en lo que no les importa. Acostumbro a responder con evasivas, pero hoy les he dicho la verdad: es una amiga del pueblo a quien hace mucho que no veo. “Una novia”, ha dicho mi cuñado, con una sonrisa estúpida. “Una amiga” he contestado yo, con rabia.

En las últimas fiestas nos encontramos un instante. Nos dimos el obligado beso en la mejilla y apenas nos contestamos a la pregunta “¿cómo estás?”. Ella iba con unas amigas de Madrid a las que estaría enseñando el pueblo. Yo estaba con los amigos de siempre, Carlos, el otro Carlos, Fernando, Pili, Sonsoles y Esperanza, encantado de coincidir con ellos un par de días, aunque cada vez tengamos menos que decirnos. Cuando nos despedimos, noté un brillo particular en sus ojos, como si estuviera emocionada. Entonces no le di más importancia. Tenía bastante que hacer siguiendo los cantos de las charangas y bromeando con quien salía al paso.

No había vuelto a pensar en ella hasta hoy, después de la conferencia. Apenas recuerdo sus enseñanzas sentimentales: algún beso mientras bailábamos; sus silencios por correo; los celos el verano que fue novia de Luis, cuando actué de consultor sentimental mientras no hacía más que

sufrir; la reconciliación; la vuelta a las confidencias y a una cierta intimidad que nunca nos comprometió; las caricias que siempre terminaron en nada... ¿Por qué habrá llamado?

Después de cinco conversaciones telefónicas en las que todo lo decía ella, que han dado ocasión a mi hermana para someterme a un interrogatorio de tercer grado sobre Aurora, del que he salido como un bobo lleno de secretos ridículos, mi novia, como la llaman aquí, dice que va a venir a verme. ¿Para qué?

Hace unos años, hubiera vendido mi alma para que lo que está ocurriendo sucediera. Entonces la señorita estaba ensimismada con el imbécil de Luis y yo sólo servía, si acaso, como pañuelo que recogía las lágrimas de la princesa cada vez más triste y más encaprichada del galán. ¡Cuántas horas habré pasado escuchando todos y cada uno de los detalles que ella quería contar de sus encuentros! Aurora trataba de descifrar el significado de sus miradas, de sus gestos, de sus posturas, de sus palabras y de sus silencios. Era agotador. Lo soportaba por estar con ella, pero todo tiene un límite y, según empezaba a mostrar mi aburrimiento y mi rabia de sesión en sesión, parece que el príncipe se iba distanciando de su enamorada. No había nadie en particular que lo arrastrara lejos de ella. Unos días era Esperanza, que nunca le dio mucho juego; otros, cualquiera de las muchachas que rondaban a su alrededor. En el punto álgido de la tragedia, llegó septiembre. Marcharon los veraneantes a Madrid y sólo tuve referencia de sus peripecias por escrito. Ese invierno Aurora escribió varias veces. Yo contesté a todas y cada una de sus cartas, con algo más de empuje que cuando nos veíamos en verano. El tiempo que empleaba en contestar, midiendo al detalle cada una de mis palabras, era el origen de esa fuerza, que desaparece por completo en cuanto estoy con ella cara a cara. Poco antes de las vacaciones, parecía que empezaba a tratarme con un cariño distinto en sus misivas, menos fraternal. Imaginaba que quizá ella también empezaba a sentir algo por mí.

Aquel verano sus padres la mandaron a Dublín y apenas nos vimos. No me enteré hasta poco antes de que ocurriera. Ese viaje destrozó todos mis planes. El invierno siguiente apenas hubo cartas y yo tomé la determinación

de librarme de alguien que sólo me ofrecía ansiedad y frustración. Lo conseguí a medias.

Empezó a estudiar veterinaria. No ha vuelto a pasar temporadas largas en el pueblo. Acaso estaba una semana con la abuela en el verano, entre viaje y viaje. Yo seguía con el bachillerato. Cuando aparecía procurábamos estar juntos, solos, algún rato. Había dejado de hacerme ilusiones y lo que conseguía me parecía casi bien. Empecé a salir con algunas chicas sin que nunca cuajara nada. A ella se le pasó la manía por el imbécil de Luis, que también ha dejado de frecuentar el pueblo, y no me hablaba tanto de sus novios. Yo vine a estudiar aquí con el propósito firme de encontrar una chica con la que vencer las angustias que a veces me entran. Ya ha habido bastantes candidatas; o mejor, ya lo he intentado con muchas, pero ninguna ha terminado de ceder, porque cuando uno va a dar el salto que cree definitivo, ellas, una a una, en distintos momentos, todos y cada uno muy particulares, deciden que el paleta que se les propone es demasiado tonto, aburrido, tímido, lanzado, listo, espabilado, feo, bajo, alto, o alguna otra condición inasumible.

Por ejemplo, Maite, de la Escuela. Nos conocíamos de vista, coincidimos en algunas clases. De pronto, durante algunos días, nos encontramos por la calle varias veces. En un alarde de valor, la invité un día a un café y charlamos un rato. También es de pueblo, del norte, y no tiene novio. Seguimos encontrándonos por casualidad. Una tarde tomamos unas cervezas y la acompañé a casa. Me invitó a subir a su piso de estudiantes. Bebimos más. Empezamos a acariciarnos. Nos besamos. Me mordió la lengua y luego se rió y preguntó si me parecía guapa. Llegué a desabrocharle el sostén y a disfrutar del tacto de sus pezones. Entonces dijo que tenía que irme. Nos despedimos con otro beso en los labios, corto, sin lengua. Volvió a reírse mientras cerraba la puerta. Después, en la Escuela, dejó de hacerme caso. Parecía que le molestara verme. Cuando, al cabo de unos días, logré hablar con ella un momento, dijo que no pensaría que porque me hubiera dejado meterle mano un poco ya éramos novios. Y soltó otra risotada. Desde entonces no hemos vuelto a encontrarnos como antes, por azar, en la calle. Nos vemos en las clases, nos saludamos a distancia y no parece que quiera volver a estar un rato conmigo a solas. Supongo que

hay algo que hice mal el otro día, o que no hice. Quizá la pillé en un momento de debilidad del que se recuperó según cerraba la puerta de casa. No es muy guapa, pero sí bastante alegre, y me había hecho ilusiones.

Vino Aurora. Me acerqué a la Estación de autobuses a recibirla. Llegó con su amiga, que tenía que visitar a una tía suya enferma. Dejamos las maletas y a su amiga en casa de la señora y fuimos a buscar a Julio y Mónica a un bar. Le enseñamos las curiosidades de la ciudad, los singulares licores que ofrecen en algunos establecimientos: El penicilino, un vino quinado con ginebra o algo parecido; se toma con una pasta bañada en clara de huevo que llaman zapatilla; El carriazo, un aguardiente dulce que se bebe directamente de la botella, en una taberna con el suelo de tierra, llena de borrachos ilustrados; en El socialista se bebe vino de un porrón y se comen cacahuetes. Mónica enseguida perdió la compostura; los demás aguantábamos, más o menos. La novia de mi amigo no sólo hacía muchas bobadas, sino que le dio por vomitarle a un camarero en la chaqueta cuando íbamos a tomar unos cafés que nos despejaran en El ideal nacional. Me quedé sin dinero. Fuimos a casa de Julio. Su cuarto está a la entrada y ni siquiera entra a saludar a la familia. Siempre es así. Allí, mientras oíamos música, nos besamos. Enseguida vinieron las caricias. Se me estaba haciendo tarde para llegar a casa. Mónica roncaba y Julio había empezado a tocar la guitarra como para él, sin hacernos caso. Aurora no parecía tener ninguna prisa. Le pregunté si quería que nos fuésemos. Ella contestó preguntando si no podíamos quedarnos. Miré a mi amigo, que no había oído nada y al que parecía darle todo igual. No íbamos a pasar la noche allí los cuatro, en esa cama de ochenta centímetros de ancho, con toda su familia alrededor. Cogí nuestros abrigos y le dije que nos marchábamos.

En la calle, dijo que me invitaba a un café. Mientras me espabilaba un poco, contó que ya no vive con sus padres. Con el dinero que consigue trabajando, se ha hecho con una habitación en un piso de estudiantes. Ya no tiene que discutir con su madre cada vez que sale por la hora de llegada. Preguntó si tenía novia. Contó alguna anécdota de cuando estaba con Luis, riéndose de la impericia del muchacho. Ya era muy tarde. ¿No tenía que volver a casa de la tía de su amiga? Se desentendió del asunto. Yo sí tenía

que estar donde mi hermana. Nunca he pasado una noche fuera desde que estoy aquí, y menos sin avisar. ¿Qué íbamos a hacer? Preguntó si no tengo amigos que vivan por su cuenta. Algunos hay, dije. ¿Y no podrían alojarnos por una noche? Salimos a buscar a alguien conocido que quisiera hacer el favor. Encontramos a Maite, de juerga con unos cuantos. Celebraban un cumpleaños. Me moría de vergüenza cuando le pedí un hueco en su casa. Miró a Aurora con picardía y dijo que tendríamos que acompañarles hasta que les diera por retirarse. La madrileña enseguida empezó a reírse como el que más con las bromas de la panda. Tampoco perdía comba con la bebida. Cuando nos tocó pagar la ronda, ella se hizo cargo. Yo a veces me olvidaba de que debería estar en casa desde hacía mucho rato. Maite nos observaba, imaginando no sé qué.

A las cuatro de la mañana estábamos en el portal de Maite. Los tres abrazados como único modo de estar sujetos y de pie. Por fin conseguimos entrar en el piso, entre tropezones y carcajadas. Las chicas se encerraron en el baño. Cuando me quedé solo, empecé a imaginar cómo íbamos a dormir los tres, ¿juntos en una cama?, tuve un ataque de pánico y empezaron a darme arcadas. Salí de allí como si me persiguiera el diablo. Eché la pota sin darme tiempo a llegar a la calle. Cuando me acostaba, eran casi las cinco. No toqué la cena, que estaba, como siempre que llego tarde, en el horno. Al día siguiente tendría bronca. La más contundente, hasta hoy.

Maite sonrío cada vez que me ve en la Escuela. Procuero evitarla. El otro día, en clase, se sentó a mi lado y contó lo maja que le pareció Aurora, mucho más que yo, y sobre todo, más simpática y menos cagueta que mucha gente. Yo no tenía ganas de hablar. Pidió sus señas y su teléfono, para invitarla a que venga a su casa cuando quiera. Dije que no los tenía ahí, pero que se los llevaría un día de estos.

Aurora no ha vuelto a llamar.

Eva

NO SÉ POR QUÉ ME ACOSTÉ CON ÉL . No es que me parezca tan guapo, ni siquiera es muy simpático, todo lo contrario, tiene tendencia a una seriedad un poco ridícula, como si se tomara a sí mismo como una tarea. Se parece a Juan, eso es lo primero que me hizo gracia de él. Es menos alto y a veces tartamudea al hablar, pero hay un punto en su mirada que es igual. Nunca se me había ocurrido que algo así pudiera pasar. Quizá por eso me fijé en el mozo desde el momento en que lo conocí. La verdad es que tiene su encanto, una mezcla de torpeza y osadía que resulta muy atractiva, o eso me pareció entonces.

Empezamos a coincidir en bares, con otros amigos. Casi siempre estaba Juan conmigo, pero no importaba. Le preguntaba cosas sobre su vida, cada vez más personales, y a él le divertía contestarlas, seguro que dijo un buen montón de mentiras a cuenta de mis impertinencias. Una noche entré en un café buscando a Juan y en un primer momento lo confundí con él. Enseguida me di cuenta, pero me divirtió el error, y se lo dije. Se rió. Cuando apareció mi novio también lo comenté. Él no dijo nada. No pudo evitar un gesto leve de fastidio que también me hizo gracia.

Un día le pillé haciendo un dibujo en una servilleta del bar mientras esperaba a otra chica y se lo quité. No era muy allá, pero tenía interés. Empecé a adularle como artista. Él estudia para ingeniero y le interesan mucho más las rectas que las curvas, me dijo, pero es difícil que alguien se resista a los elogios de una chica guapa, y yo no estoy mal. Por lo menos, sé de más de uno a quien le gustaría un revolcón conmigo.

El punto clave de nuestro trato fue cuando nos encontramos en un concierto en el que tocaban unos amigos de unos amigos. Juan se había quedado en casa, al día siguiente tenía un examen y no le interesaba mucho el ruido que pudiera hacer el grupo. Eso dijo. Él me vio primero y se acercó. Había mucha gente. Lo pasamos bien saltando, gritando, bailando.

Nos achuchamos un poco, sin segundas intenciones, por culpa de la multitud enfervorecida con la banda, que tenía mucha marcha. En algún momento nos cogimos las manos. Las tiene suaves, como quien no ha dado nunca un palo al agua.

Me acompañó a casa. Hacía frío y vinimos abrazados. Le invité a subir y a tomar algo caliente. Ya había bebido demasiadas cervezas. Las chicas estaban todas dormidas. Le preparé un té de jazmín. Quiso poner música. Tuve que ir al salón corriendo desde la cocina para desconectar el amplificador. Entonces fue cuando, en un arrebato, me cogió las manos, me acercó a su cuerpo y me besó. Yo, al principio, con la sorpresa, me resistí un poco. Luego me gustó cómo sabía su boca y le dejé hacer. El agua hervía en el fogón. Me ayudó a preparar las tazas y volvimos al sofá. Empezó a acariciarme donde no se debe. El ingeniero no sabía cómo desabrocharme el sujetador. Al cabo de un rato, ya se había enfriado el té, le dije que por qué no íbamos a mi cuarto. Nos desnudamos cada uno por su cuenta y enseguida estuvimos bajo las mantas. Hacía frío. El muchachote era tan impulsivo como torpe. Tuve que ayudarle a encontrar el camino de entrada. Tiene un buen mango. Empujaba sin atender a quien estaba debajo. Fue divertido, pero no memorable. Es un chico fuerte, poco habilidoso. El resultado del encuentro fue cuatro a cero. Él se sentiría muy ufano de su gesta. Yo, al final, me aburría; él iba a lo suyo, bombeaba todo lo que podía, pero no terminaba de atenderme. Cuando ya no pudo más, se levantó, se vistió y se largó.

No sabía qué iba a pasar. Podía ser una aventura de una noche o ir el asunto a más. El destino decidió enseguida la carta. El chaval, con las prisas, al vestirse, se dejó el calzoncillo tirado por ahí. Yo no me di cuenta, pero Juan lo vio en cuanto entró en el dormitorio al día siguiente. Era blanco, de algodón, de los de toda la vida. Él nunca los usa de ese tipo, prefiere los estampados, de fantasía. No hubo mucha bronca. Me lo tiró a la cara y se marchó antes de darme tiempo a hilar una explicación que tuviera algún sentido.

El muchachote llamó al cabo de un par de días. Nos vimos en un café y no tardamos mucho en venir a casa. Esta vez fue menos fogoso, pero tuvo algo más de consideración conmigo y casi lo consigue, aunque estoy segura

de que le importaba mucho más aliviarse que hacerme llegar a ninguna parte. Se quedó a cenar y lo presenté a las chicas como un nuevo habitual de nuestro hogar.

Seguí alabando sus dibujos y él empezó a traerlos por aquí. Los colgamos con chinchetas por todas partes, el salón, el dormitorio, pegados con celo en el váter... Un día, después de hacerlo, me preguntó por qué me había acostado con él. En ese momento no supe qué decir. Le respondí con un beso. Al cabo de una semana o así le contesté que me parecía un chico muy gracioso. No se me pasaron por la cabeza tonterías como que estaba muy enamorada de él ni nada de eso. No lo entendía mucho. Él no se gustaba tanto. Dijo que, de estar en mi piel, seguramente no lo habría hecho. También le expliqué cómo me encantaban sus dibujos. Comentó que seguramente me había acostado ya con Durero y con Ingres. Es muy gracioso.

Venía casi todos los días. Poco a poco, perdió parte de su torpeza. A menudo se quedaba a cenar, pero nunca pasó una noche entera en casa. De pronto le daba como un ataque y se iba corriendo. No volvió a dejarse los calzoncillos. Empecé a acostumbrarme a él. Me gustaba verle aparecer tras la puerta de la calle cuando venía sin avisar, con esa sonrisa un poco floja que le caracteriza. A veces íbamos al cine. Me costó lo mío convencerle de que el mejor sitio es la primera fila. Ahí sí que se sienten todas las emociones. Las primeras veces nos sentábamos separados. Al final cedió, y era estupendo que me metiera mano en medio de una escena de amor. La primera película que vimos juntos fue *Muerte en Venecia*, “¡Tadzio, Tadzio!” ¡Qué bonita! También salíamos a tomar cervezas con sus amigos, que hablan todo el tiempo de política. Una vez les propuse ir a lo práctico y fundar un partido anarquista y me miraron como si fuera tonta. Debe de ser que no entiendo mucho, pero digo yo que si nos organizáramos un poco podríamos hacer llegar mejor nuestro mensaje a la sociedad. ¿Y qué mejor para ello que un partido político, con un periódico, una emisora de radio y una cadena de televisión que expusieran sus análisis y sus propuestas? No me dejaron explicarme tanto y siguieron a lo suyo, calentándose las cabezas con teorías imposibles de entender.

Al cabo de un tiempo, y tras mis enseñanzas, rigurosas y llenas de sutileza y paciencia, el muchachote empezó a conseguir lo que Juan logró siempre sin dificultad. Hacíamos una buena pareja. Nunca repitió la hazaña de la primera noche. Le dio por venir a casa a mediodía. Mientras preparábamos la comida. Me llevaba al dormitorio y hacía una faena rápida, a veces no llegaba a quitarme el sujetador. La verdad, prefiero un poco más de sosiego para esos ratos. Alguna vez se quedó a comer. A las chicas les hacían gracia sus modales un poco chuscos. Miraba a Raquel de una manera que no me gustaba nada, pero ella estaba encantada con sus atenciones, le pasaba la sal, le ponía azúcar en el café... Sólo a ella. Ni siquiera a mí. No quise decirle nada para no parecer celosa. Los celos son insoportables. Casi todos mis noviazgos acabaron por culpa de ellos. Los galanes dijeron que por culpa mía. Empezaba a apetecerme ver a Juan, a ver qué tal le iba. Le llamé una tarde y al día siguiente pasé por su piso un rato. Nos acostamos y fue mucho mejor que lo acostumbrado con él, sin comparación con las torpezas apresuradas del muchachote. Pero Juan me dijo que no me hiciera ilusiones. Tenía a otra detrás de él, una pollita que comía de su mano, pollita es la palabra que usó, y ya sabía de sobra lo que daba de sí lo nuestro.

Hablé con Raquel a solas y le dejé las cosas bien claras si se le ocurría alguna veleidad con el galán. Es buena chica y sabe que cuando saco las uñas va en serio. Cuando mi novio aparecía por casa ella siempre se comportaba de la manera más recatada posible. A veces ni salía de su cuarto.

Tuvimos la primera crisis al cabo de unos días en que, si acaso, el chico venía a tomar su aperitivo de carne y se marchaba antes de poner la mesa. Alguna vez conseguía ponerme contenta ese rato, pero duraba tan poco... Al fin y al cabo, en la vida hay algo más que el sexo, ¿no? Él fue muy explícito. Yo no le interesaba gran cosa. Si estaba conmigo era sólo por mi complacencia, que agradecía mucho. Si no me parecía bien, se marchaba y no volvía a verle el pelo. Nunca me había jurado amor eterno. Es verdad. Lo que no obsta para que me pareciera un mal bicho, un descarado, un hijo de puta.

Su declaración, en vez de enfriar mis ansias por el muchachote, me dejó descolocada. Sabía de sobra lo que tenía que hacer: mandarle a la mierda. En vez de ello, cada vez que venía por casa le mimaba más. Casi nunca salíamos juntos, ni siquiera al cine. Estaba muy ocupado preparando exámenes parciales, dijo. Yo empezaba a aburrirme, pero era incapaz de salir a buscar a alguien que lo sustituyera.

Un día que no vino a tomar su aperitivo, Raquel contó en la comida que había visto al mozo con una mosquita muerta en un café, por ahí, muy cariñosos los dos. Comenté que no me importaba lo más mínimo y ella dijo que mucho mejor así, porque si no me iba a llevar un disgusto gordo cualquier día.

Una tarde vino por casa y me sacó al cine y a tomar algo por ahí. En casa cumplió como yo le había enseñado y parecía que todo volvía a la normalidad. Mientras echábamos un cigarro, con cuidado de no quemar las sábanas, le comenté lo que dijo Raquel, por ver qué pasaba. Dijo que se había enamorado de una chavala de su curso. No pude evitar quemarle el brazo con el pitillo, que salió por los aires al tiempo que yo recibía una bofetada. Debería haberle quemado la polla. ¿Se había enamorado?! Yo pensaba que los anarquistas no creían en esas cosas. Nunca se había acostado con ella. Se llama Margarita. Era virgen, o eso le dijo la mosquita muerta. Al parecer sólo se besaban apasionadamente y él le metía mano por donde la mocosa se dejaba, con mucho recato. Por eso seguía viniendo por casa, claro, para desfogarse. Le pegué lo más fuerte que pude, que no es mucho. Entre risas, mientras decía que estoy loca, se fue vistiendo. Poco a poco, al ver que los golpes iban en serio, se enfadó y salió dando un portazo. He quitado todos sus dibujos de mierda de las paredes. Se dejó otra vez los calzoncillos. No ha vuelto a por ellos.

Margarita

EMPECÉ PIDIÉNDOLE APUNTES de unos días que no pude ir a clase porque tenía anginas. Apenas le conocía. Me lo había presentado Azucena un día en los pasillos de la Escuela. Son del mismo pueblo. Me divirtió su pinta de leñador, con la camisa de franela a cuadros y los pantalones vaqueros demasiado nuevos. Cuando nos quedamos solas me dijo que es bastante inteligente y algo engreído, bueno, como todos los tíos. Empezamos a saludarnos cuando nos cruzábamos por ahí. Un par de días se puso a mi lado en clase de Matemáticas y vi que escribía muy claras las fórmulas y las ecuaciones. Yo, cuando llego a casa, a veces no entiendo lo que puse en el papel. Cuando se lo comenté dijo que somos el mundo al revés. Él, varón que se educó en un instituto, debería escribir de cualquier modo y yo, que fui a un colegio de monjas, hacer una letra grande, redonda y, sobre todo, fácil de leer. Lo había visto en una estadística. Las monjas se pasaron un montón de años intentando que mejorara mi caligrafía. Se dieron por vencidas cuando, ya en el bachillerato, vieron que sabía de qué iba cada asignatura, aunque les costara entender lo que ponía en los exámenes. También soy incapaz de dar una puntada, le dije. No sé coser ni el dobladillo de un pantalón. Tus padres tiraron el dinero llevándote a un colegio para señoritas, contestó. Le pregunté qué soy si no parezco una señorita y dijo con descaro que una chica guapísima.

Le pedí los apuntes, los fotocopí, se los devolví y en ese momento podía haber acabado todo, pero no. Pidió su recompensa por el favor. Le ofrecí un café y lo cambió por una cerveza en la cafetería de la Escuela. Mientras la tomaba, comentó que no le importaba dejarme los apuntes de todo el curso, por partes. No pensaba que se pudiera estudiar con los borratajos que yo hago. No vas a aprobar ni un parcial, vaticinó.

Azucena comentó enseguida lo bien que me llevaba con el chico de su pueblo y yo, en vez de devolvérsela hablándole de cómo mira al moreno

alto de pelo corto que se sienta siempre en la primera fila, me puse como un tomate mientras ella no paraba de reír.

Un día lo vimos en el cine con una tiarrona rubia de bote que lo agarraba como si fuera a comérselo allí mismo. Se sentaron en la primera fila. No sabía que fuera corto de vista. Mi amiga hizo otro comentario inconveniente sobre lo difícil que lo tenía con el muchacho.

A mí quien de verdad me gusta es su hermano, que está acabando Económicas. Lo veo cuando vamos a su casa. Viven los dos solos en un piso que compraron sus padres. Tiene la cara muy redonda y unos rizos castaño claro que me vuelven loca. No se lo he dicho nunca a nadie, ni siquiera a Azucena. Tiene novia formal desde hace dos años y me mira como si fuera una variante de su hermana, alguien molesto a quien hay que aguantar por ser de la familia. La novia estudia Filología francesa, es una señoritinga de pelo lacio, siempre muy arreglada y que nunca se queda a dormir. Su padre tiene una joyería y lleva pulseras de oro y mucha parafernalia. Azucena la odia, y yo no la quiero mucho, la verdad.

Empezamos a sentarnos juntos en clase. Siguió ofreciéndome sus apuntes y, cada vez con menos apuro, empecé a fotocopiarlos todos. Son muy buenos. De vez en cuando, hablábamos. Él me contaba cosas de su pueblo, cómo son las fiestas, algunas costumbres curiosas, como tirar a los novios forasteros de las chicas del pueblo a la fuente, cosas así. Yo ya sabía bastante por Azucena, pero siempre me hacía de nuevas. Mi amiga estuvo interna en el mismo colegio al que yo fui. Allí no nos conocíamos mucho. Las internas eran como de otro grupo, pero al encontrarnos en la Escuela, enseguida nos hicimos compañía, y ahora somos inseparables. Ella también estudia con los apuntes de él. El chico que se sienta en la primera fila seguía sin hacerle caso, el muy idiota. Algunas veces nos sentábamos los tres en la cafetería de la Escuela. Entonces no hablábamos mucho. Había como una tensión difícil de cortar. Cuando estaba con cualquiera de ellos, por separado, no parábamos de rajar. Fuera de la Escuela, mi compañero y yo casi no nos veíamos.

Un día, en casa de Azucena, entré en el váter y estaba su hermano saliendo de la ducha. Tendría que haber llamado. Él, ni había cerrado la puerta ni dijo nada. Yo la cerré enseguida, por fuera, claro, asustada. Luego,

recordando el momento, llegué a la conclusión de que el chico está muy bien. Ya me lo pareció desde el principio, pero después de verlo al completo, me reafirmé en lo que creía. Durante un tiempo, por la noche, en la cama, antes de dormir, se me venía a la cabeza su figura, su cuerpo.

Llegaron los parciales, los atracones a estudiar, y luego las notas. A mí no me fue mal, pero a mi campeón le suspendieron todas menos el Dibujo técnico. Parece que se puso nervioso en los exámenes. Lo más divertido es que los dos nos habíamos preparado con sus apuntes. Después llegó lo de su operación de apendicitis. Estuvo tres semanas sin aparecer por la Escuela y tuve que volver a coger apuntes como antes de conocerle, fatal. Cuando volvió, quiso ponerse al día. Le dejé lo que tenía y dijo que no lograba entender nada. Se le ocurrió una idea luminosa. Yo le dictaba lo que había copiado, y él lo pasaba a una letra legible, incluso podía hacer esquemas. Eso nos obligó a pasar unas cuantas tardes juntos. Podría haber sido peor. Me parecía bien, majo y todo eso, pero no estaba colada. Empezó a mirarme de un modo que me daba como miedo, cada día más. Ya estaríamos en marzo cuando la cosa pasó a mayores.

Quedamos en un parque. Estábamos al día en el negocio de los apuntes, pero me pidió que trajera unos de Física de la semana anterior. Yo sabía de sobra que aquello era una excusa barata. Podría haberme llamado para dar un paseo y no me habría parecido mal, seguramente también habría ido. O puede que no. Cuando estábamos confrontando las notas le sudaban las manos. Al acabar dijo que me quería. ¿No estaba saliendo con la tiarrona aquella rubia de bote? La había dejado por mí. No le contesté, pero cuando puso su mano sobre la mía, no fui capaz de retirarla. Luego caminamos un rato entre los árboles, como si fuéramos novios. Al despedirnos me dio un beso en la boca, sin lengua. Apreté los labios cuando acercó los suyos. Nunca había salido con nadie antes. Sí me había achuchado un poco con alguno en la discoteca, pero sin que el tema hubiera tenido continuidad. Al día siguiente se lo conté a Azucena y me dijo que había que celebrarlo. Yo no estaba tan segura. A ella seguía sin atenderla mucho el moreno de la primera fila. Pero se ponían juntos en alguna clase y de vez en cuando hablaban.

Seguimos viéndonos todas las mañanas en la Escuela, y muchas tardes por ahí. Dejé de cerrar los labios en los besos y cada vez protestaba menos en los toqueteos.

Nunca había salido con un chico, ya lo he dicho. Por un lado, era una vergüenza, por otro, como dice mi madre, se está mejor sola que mal acompañada. Azucena preguntaba por los avances del campeón. Yo no le contaba mucho, pero sí lo importante. Unas veces lo pasaba mejor que otras. Él también se ponía pesado. Uno de los primeros días de estar juntos le pregunté hasta dónde había llegado con la rubia de bote. Dijo que a todas partes, muchas veces, pero que era distinto conmigo, porque a mí me quería. Por un lado, eso me halagaba, por otro, era una carga. Tampoco teníamos muchas ocasiones. Ni yo iba a su casa, a la de su hermana, ni él venía a la mía, a la de mis padres. Estaba la de Azucena, pero me daba apuro pedirle permiso para usarla y no quería ni oír hablar de ir a la de alguno de sus amigos. Y lo más importante, yo no sentía la necesidad de hacerlo. Los besos y las caricias no me parecían mal. Algunos días incluso me apetecían, pero con eso tenía bastante. Él quería más, me tenía atosigada, siempre pensando en lo mismo.

A mi amiga empezó a irle mejor con el moreno, Toño. Estudiaban juntos en la biblioteca de la Escuela y luego se iban a tomar cervezas por ahí. Cuando se animaba, le cogía la mano y, al despedirse, por la noche, después de acompañarla al portal de su casa, empezó a besarla. Pero por la mañana, al día siguiente, era como si apenas se conocieran. El campeón nunca me acompañaba a casa. Fue un trato que hicimos desde el principio. Nos despedíamos a mitad de camino, con un beso corto, apenas un roce en los labios. Más que suficiente.

Algunas tardes, mientras estábamos sentados en algún parque, o tomando algo por ahí, tocaba sermón. Mi amigo trataba de convencerme de que estaba reprimida, que la educación de colegio de monjas me tenía bloqueada y por eso no disfrutaba del cuerpo. Cuando llegara la revolución, todo el mundo podría hacer el amor con quien quisiera, sin ataduras. Sería el paraíso. Le hacía el mismo caso que a las monjas cuando nos hablaban de los peligros del mundo, de la maldad intrínseca del macho, siempre dispuesto a acabar con la virtud de las doncellas.

En casa se enteraron de que “tenía novio”. No me gustaba esa palabra, novio. Mi madre decía que entonces quién era ese chico que llamaba por teléfono todos los días. Mi padre me advirtió: “cuidadito con lo que hacéis”. Yo callaba todo lo posible.

Un día, donde Azucena, cuando creíamos que estábamos solas, les pillamos a su hermano y la joyera haciéndolo. Estaban en su cuarto y no salieron a saludar cuando llegamos. Seguramente ni nos oyeron. Ella gritaba como si la desollaran, supongo que de placer. De todos modos, no parecía muy apetecible. El campeón consiguió que un amigo le dejara las llaves de su buhardilla para cuando quisiese. Una mañana nos piramos las últimas clases y fuimos allí. Había que salir al pasillo para ir al váter. No le dejé que terminara de desnudarme. Él llegó a ponerse un condón, para nada. No me quedaron muchas ganas de volver.

Una vez, en el cine, nos encontramos con su antigua novia. Nos presentó la una a la otra. Ella parecía que tenía ganas de volver a verle. De cerca, es aún más tetuda de lo que creía. Como yo casi no tengo, me dio un poco de envidia. Con la mitad de lo suyo, a mí me sobra. También mide unos veinte centímetros más que yo. Menos mal que también pesa quizá veinte kilos extra. Supongo que, a su manera, es una muchacha deseable. Puede que yo esté lejos de serlo, excepto para mi novio, claro. Ella se fue a la primera fila, sola, y nosotros nos quedamos en una de las últimas. Cuando él empezó a sobarme, yo, por primera vez, busqué su cosa por encima del pantalón y me entretuve viendo como crecía. El campeón se puso tan contento. La película era *La caída de los dioses*.

Azucena iba como una loca con Toño. No quería dejarle escapar. Empezaron a acostarse, a la hora de la siesta. Al principio, ella lo hacía por darle gusto al muchacho; luego, empezó también a disfrutar. Tenían cuidado; siempre usaban preservativo. Parece que su hermano no, y la joyera dejó de tener la regla un mes. Se lo dijo a mi amiga, entre lágrimas, por si sabía de alguien que le pudiera quitar el susto de encima. Preguntamos por todas partes, y conseguimos una dirección y un teléfono de Burdeos.

Un día le dije al campeón que lo haríamos. Me había depilado las ingles y me puse la ropa interior más bonita que tengo. Incluso le pedí a Azucena

un condón, por si acaso el chico se despistaba. Le dejé que me desnudara del todo y se puso la capucha. Tenía una cosa grande y rígida, fea, que daba miedo mirar. En el momento crítico me retiré y le dije que no, que ese día tampoco. Era un asco superior a mis fuerzas.

Hubo que buscar dinero para el aborto de la joyera. Hicimos una colecta entre todos los amigos y conocidos. Se fueron a Francia el puente del uno de mayo. Ella les dijo a sus padres que se iba a la costa con unas amigas. Les llevó en su coche de segunda mano el amigo del campeón que nos dejaba la buhardilla.

Nosotros seguíamos yendo allí dos o tres veces por semana. Le dejaba a mi novio llegar cada vez más lejos, pero nunca a donde él creía que estaba la meta. ¿Por qué había que hacer aquello, como una obligación? El pobre lo pasaba mal. Luego hablábamos y trataba de convencerme. Tuvo mucha paciencia. Ahora, recordándolo, creo que estuve insoportable, pero no podía actuar de otro modo. Fue como si hubiera perdido el control sobre lo que hacía, sobre lo que no podía hacer.

A los que fueron a Francia les fue bien. Vinieron cansados, sobre todo ella, claro, pero no tuvieron complicaciones. Parece que el asunto se resolvió en un momento. El hermano de Azucena y la joyera decidieron celebrar una fiesta a la que convocaron a todos los que les habíamos ayudado.

Como siempre, hubo más bebida que comida. El hermano de Azucena estaba eufórico. Nunca lo había visto tan simpático. Bromeaba con todo el mundo. Por fin conocí a Gustavo, el dueño de la buhardilla, quien llevó a la pareja a desembarazarse. Trabaja en un banco, además de hacer la revolución con los amigos de mi novio. Tiene el pelo rizado, barba y voz de barítono. Bailamos más de una pieza agarrada juntos.

Al cabo de unas horas, el salón estaba hecho un desastre. La música no dejaba de sonar, pero ya nadie se movía a su son. La gente había empezado a irse. El hermano de Azucena se fue a acompañar a la joyera a su casa. Mi amiga y Toño se metieron en su habitación y ella gritaba como cuando se mata a un cerdo, supongo que por razones muy distintas. El campeón dormía en un sillón de la manera más ruidosa posible. Gustavo y yo hablábamos en el sofá de tonterías. Callamos cuando empezaron los

chillidos de Azucena, y nos sonreímos. Empezó a acariciarme las tetas antes de empezar con los besos. Le dejaba hacer sin saber bien qué estaba pasando. Me cogió de la mano y fuimos al dormitorio del hermano de mi amiga. Allí me desnudó, entre caricias y lameteos por todo el cuerpo. Cuando vi su cosa en posición de ataque, sin goma, fui capaz de decirle que no, pero contestó que no fuera tonta y no volví a hablar. No me hizo mucho daño, apenas sangré un poco, pero manchamos la colcha. De repente espabilé y la pusimos del revés antes de que volviera el dueño del cuarto. Él no se iba a dar cuenta. Salíamos de allí cuando abría la puerta del piso. Ya no se oía nada en el otro dormitorio.

Despertamos al campeón y nos fuimos los tres juntos.

Ahora no sé qué hacer. Si se lo cuento a mi novio, se va a enfadar. Si no lo hago, me voy a sentir como una traidora mentirosa. Tendré que dejarle llegar hasta el final un día de estos, y puede que poco a poco, como mi amiga, me entere de algo. También podría mandarle a freír espárragos y salir con Gustavo. Estoy casi segura de que llamará a casa un día de estos. Me quedaría sin sus apuntes, ahora que estamos a punto de empezar los exámenes finales. O podría probar un poco a los dos antes de tomar una decisión. El campeón ha hablado tantas veces de las maravillas del amor libre... No sé si le va a gustar.

Limpieza

ESTOY HARTA. NO SÉ QUÉ HACER . No sé siquiera si puedo tomar una decisión. Es desesperante, como estar dentro de un pozo, sin soga para subir, viendo el círculo del cielo mientras te hundes en un agua oscura. Nunca imaginé que podía llegar a este punto sin hacer nada a propósito. Bastó con dejarse llevar por las circunstancias.

Hace unos meses todo iba estupendamente. Manejaba a dos hombres sin problemas y lo pasábamos los tres bien. Unos sabíamos más que otros lo que ocurría, es verdad. Pero no hacía daño a nadie, o es lo que yo creía. Me cansé. ¡Idiota!

Cuando el campeón empezó a ponerse de verdad pesado con lo de acostarse conmigo del todo, lo consiguió; no por méritos propios, aunque eso él no lo supo nunca. Fue una primavera bonita. Estudiábamos, salimos al campo un par de veces, en el coche de Gustavo, con él de conductor, claro. Empecé a disfrutar un poco más de mi cuerpo y del de otros. Los exámenes no fueron mal del todo. Mi novio, más tranquilo, aprobó también algunas asignaturas. El banquero me dio una llave de su buhardilla y, de vez en cuando, quedábamos allí. Su técnica es muy superior a la del campeón, tiene más paciencia, maneja con pericia desde el principio todo el proceso, sabe cómo dar el ímpetu final... Nunca le dijimos nada a nadie. Una vez estuvimos a punto de tener una conversación los tres, a propuesta mía, pero Gustavo me convenció de que no merecía la pena. Era mucho más lo que se podía romper que lo que íbamos a arreglar. Era casi el mundo perfecto.

En el verano todo se dislocó un poco. El campeón marchó a su pueblo. Azucena y yo fuimos un mes a Londres, a trabajar en un hotel, para practicar un poco el idioma sin que nos costara dinero. Encontramos sin mucha dificultad un par de nativos que nos explicaron la variedad de cervezas y otras delicias locales y a quienes entendíamos más por señas que por lo que decían. Jugábamos con ellos al burro y la zanahoria. Siempre

querían más de lo que estábamos dispuestas a darles. Vino Gustavo una semana. Ni siquiera mi amiga lo sabía. Se asustó un poco cuando me fui a dormir al hotel del visitante. Se lo expliqué mientras hacíamos camas, la mañana siguiente. No hizo ningún comentario, lo que quería decir que le parecía mal, pero, cuando lo hablamos, no sabía bien por qué. Por las tardes íbamos los tres por ahí, disfrutando el lugar entre tiendas y cervezas. Estuvimos en un concierto de Led Zeppelin, en Holland Park. Fue estupendo. Luego, nos emborrachamos. Nos llevamos al galán a nuestro cuarto de criadas de hotel. Con muchas risas y algún vómito, nos acostamos los tres juntos. Fue divertido, aunque él no brilló a la altura acostumbrada; supongo que era demasiada tarea. Por la mañana estábamos las dos avergonzadas, y él encantado. A Azucena le asustaba lo que podría contar el banquero. A los hombres les gusta presumir de esas cosas, dijo, y él no iba a poder resistirse a contar su hazaña. No quería que Toño se enterara. La noche siguiente el héroe durmió en su hotel, solo. Los demás días apenas le vimos, los pasó visitando museos. Fui yo sola a la Estación Victoria a despedirle. El pobre estaba un poco confuso. Le di un beso en la mejilla cuando subió al tren.

A la vuelta, podría haber seguido tan contenta con el campeón. Habría sido magnífico, un chico guapo y sin complicaciones que estaba colado por mí. Con sus padres, en el pueblo, no hacía más que estudiar y acordarse de mí, decía en sus cartas.

Me quedaba algunas noches delante de los apuntes en casa de Azucena. Dormíamos juntas. A su hermano le faltan sólo dos asignaturas para convertirse en economista y también trasnochaba mirando folios. Una mañana, mi amiga se levantó pronto para hacer la compra y, mientras yo me duchaba, apareció César en el cuarto de baño, dormido, sin darse cuenta. Cuando me vio tras la cortina, cerró la puerta, por dentro. Le dije que se fuera, pero no me hizo caso, se desnudó y entró también en la bañera. Me resistí un poco, al principio. Luego, fue maravilloso.

Cuando Azucena llegó del mercado, yo ya estaba vestida, a punto de irme a casa. Sola, imaginaba a César conmigo todo el tiempo. Ahora me doy cuenta de que él siempre creyó lo mismo: había echado un buen polvo sin esperárselo y, con un poco de suerte, podía repetir.

No tenía muchas ganas de ver a Gustavo. No sabía qué hacer con él, además de lo que ya había ocurrido unas cuantas veces. Llamó, y nos vimos, en una terraza. Aunque se lo propuse, Azucena no quiso acompañarme. Le dije que creía que era mejor que dejáramos nuestros encuentros clandestinos por un tiempo. El campeón empezaba a sospechar algo. No se lo creyó. Mi novio, dijo, es partidario del amor libre y no de estrecheces pequeño-burguesas represoras y caducas. Eso no me lo creí yo. Le pedí que no contara a nadie lo nuestro y menos lo de Londres. Por nosotros, por nuestra intimidad, por Azucena. Fue un error fatal. Nos despedimos sin darnos siquiera la mano. Se fue como una bestia herida.

Volvió el campeón de su pueblo para los exámenes de septiembre. Al principio estaba encantado. No volvimos por la buhardilla. Le pedí a Azucena unos ratos en su cama. Me dejó unas sábanas para usar nosotros. Con la distancia, había olvidado la impericia de mi novio, que enseguida volvió a hacerse notar. Ese chico empezaba a ser un plomo, pero no acababa de tener a otro.

Le conté a mi amiga lo de su hermano, con la idea de que me ayudase a librarle de la joyera. A ella no le pareció mal. Repetimos la secuencia de movimientos por la mañana. Ella salía de casa temprano, yo me levantaba más tarde y andaba por ahí, con poca ropa, o en el baño, esperando que mi amor se levantara y aprovechara la circunstancia. Se hacía el tonto, o yo no le gustaba lo suficiente. Cayó un par de veces en la trampa, pero no se le notaba suficiente pasión. Es como si lo hiciera por distraerse. Yo procuraba estar lo más expresiva posible, pero él, muy atento conmigo en ese rato, iba a lo suyo y, en cuanto acababa, dejaba de hacerme caso. Algún día me quedé a comer, incluso preparé el postre, leche frita, mi especialidad, lo único que sé cocinar. Aunque devoró tres o cuatro trozos, ni siquiera dijo que le gustaba.

El imbécil de Gustavo fue por ahí presumiendo de su hazaña londinense y el campeón se enteró, claro. Quiso saber con detalle lo ocurrido. Al principio negué todo. Casi dije que ni siquiera habíamos visto al banquero allí. Pero había fotos de los dos frente al Big Ben, hechas por Azucena; podía haberlas visto. Se me ocurrió que quizá no fuera mala idea confesar el pecado para enfriar su ánimo. Atenué la culpa con la cantidad de cerveza

que llevábamos aquella noche en el cuerpo. Quité importancia a la aventura. Del secreto de la buhardilla no sabía nada. Estaba dispuesto a perdonarme y yo casi le cuento todo para ver si conseguía librarme de él. Volvimos a estar como siempre.

Azucena tuvo peor suerte. Toño se enfadó muchísimo y casi le dio una bofetada, además de llamarla de todo. Llegó a casa llorando. Mi madre se asustó. Tuvimos que irnos por ahí las dos de borrachera, solas. ¡Vaya panda de revolucionarios que son nuestros amigos! Ligamos con dos macarrillas que nos invitaron a whisky, pero la cosa no llegó a más. Creí que el novio de mi amiga recapacitaría un poco en frío y todo volvería a lo de antes. Incluso hablé con el campeón para que le dijera que dejase de hacer el tonto. El pobre nunca fue muy persuasivo. Gustavo podría haberlo hecho estupendamente. Le habría llenado la cabeza de teorías y, por lo menos, le dejaría confundido. Pero no iba a pedirle el favor.

Una mañana llegó mi oportunidad. Desplegué mis mejores artimañas femeninas para acostarme con César, que estuvo un poco reacio en un primer momento. Tuve que dejar caer la toalla al suelo en la cocina, mientras él mordía una tostada, para que empezara a ponerse a tono. Le convencí de que fuéramos a su cama. La de su hermana tenía las sábanas sucias, le había venido la regla. Estábamos en plena faena cuando, avisada por Azucena de un recado urgente que tenía que darle su novio, llegó la joyera. Gritó como si se le hubiera caído el cielo encima. Luego dio dos portazos, en el dormitorio y al salir del piso. Nunca volvió. Yo puse cara de susto y también me vestí y marché a casa.

Estuve muy modosita los días siguientes. Ni siquiera me quedaba a comer. A César se le veía confundido. La joyera no quería ni ponerse al teléfono. No se atrevía a echarme la culpa de su desgracia en voz alta, delante de su hermana, que él creía ignorante de nuestras travesuras, pero, de vez en cuando, me miraba de un modo que daba pavor. Yo confiaba en el tiempo, que lo cura todo, y en el instinto de reproducción de la especie. Le prohibí al campeón que volviera por casa de mi amiga, porque teníamos mucho que estudiar.

Toño no daba muestras de entrar en razón. Bebía mucho y, a quien se dejaba, le contaba su desgracia como si ya hubiera ocurrido el Apocalipsis.

Nadie le hacía demasiado caso, tampoco intentaban animarle. Por fin encontró consuelo: Eva, la tiarrona, la rubia de bote que había enseñado a mi novio lo poquísimos que sabe. Azucena estaba desolada. Si Toño tenía alternativa, ya no había nada que hacer. Volvimos a pasar varias noches de borrachera. Así, no íbamos a aprobar ni una. Su hermano sufría solo. Compra la bebida en el supermercado. Es más barato.

Por fin, llegó el postre. Gustavo le dijo al campeón todo lo que no necesitaba saber sobre nosotros. Fue lo bastante explícito como para que no quedara sombra de duda sobre la veracidad de lo que confesaba. Estaba borracho mi novio cuando hablamos. No sabe si será capaz de perdonarme. Dice que se lo debería haber contado yo, y él lo habría entendido. Siempre ha sido muy comprensivo, hasta ahora. Es un chico muy abierto. Al parecer, lo peor es que haya secretos entre los dos. No ha vuelto a llamar. No sé si lo echo de menos. Son unos revolucionarios de mierda. Ni saben guardar un secreto, ni vivir de acuerdo con lo que predicán. Ahí quizá el único coherente es Gustavo. Deberían disolver la célula esa que iba a acabar con el sistema. Toño, por lo menos, nunca dijo que quisiera transformar el mundo. Sufre cuando le ponen los cuernos como ha ocurrido siempre y no le da más vueltas a las cosas.

César no me soporta. No puede ni verme. Se le ha ocurrido la tontería de que si la joyera le ha dejado es por mi culpa. No hay nada que hacer con él. Apenas voy por su casa. Azucena dice que para qué va a estudiar, si su futuro se ha hundido. El campeón ha empezado a salir por ahí con Toño, Eva, y una compañera de su piso, Raquel creo que se llama. Menos mal que no le ha dado por quitarse las penas con la joyera. Estoy casi todo el tiempo en casa de mis padres. No consigo concentrarme en los apuntes. Este septiembre es un desastre.

Derrota

DESPUÉS DE LA TORMENTA que fue mi trato con Margarita, desde el principio hasta el final, siempre creciendo, con trucos a cada paso, yo embobado, tras ella, como un idiota, y ella divirtiéndose —son inolvidables las trampas que aparecían como por arte de magia— quedé sin fuerzas, sin ganas para hacer nada. Empecé a hablar con Azucena. Ella tampoco lo estaba pasando bien. Después del viaje a Londres y sus orgías con Gustavo, Toño la había dejado. Sólo queríamos hablar de quienes habían sido nuestras parejas, de un modo morboso, enfermizo, como si intentáramos librarnos de su hechizo por saturación. También nos preguntábamos el uno al otro por lo que pudiéramos saber de nuestros amigos. Queríamos los dos entender algo de lo que nos había ocurrido para poder acabar con el maleficio que todavía nos afectaba.

El trato era desigual, pero Azucena no lo sabía y yo no iba a decírselo. Los chicos siempre sabemos poco unos de otros. Además, nunca había sido íntimo de Toño. Nos conocemos sólo por ir a la misma clase en la Escuela y por jugar juntos al fútbol los domingos por la mañana. Casi siempre perdemos. Ella, en cambio, conoce muy bien a Margarita. Prácticamente viven juntas. Claro que yo sé algo de Eva, la chica con la que va ahora Toño. Llegué a salir algunas noches con ellos dos y otra chica de su piso, Raquel. Iba demasiado deprisa y yo todavía no podía quitarme de encima a Margarita, su olor, sus gestos, su manera de hablar, el tacto de sus manos... Así que no volví a llamarla.

Me costó dejar a mi primer gran amor. Suena ridículo decirlo así. Nunca antes había estado tan absorbido por alguien, ni siquiera Aurora en sus mejores tiempos consiguió ese dominio. Entonces ocurrió casi todo en mi cabeza. Ella era poco más que una excusa. Desde el pueblo, en invierno, la imaginaba a mi antojo y diseñé un personaje extraordinario. Cuando a ella, la auténtica, le dio por acercarse al paleta que le escribía cartas ridículas, no

supe qué hacer. Era muy distinta de quien yo había inventado. No sudaba con el esfuerzo, enrojecía toda ella, y olía de un modo que no había previsto. Usaba expresiones vulgares, decía tonterías, le gustaban cantantes imposibles... Con Margarita todo ocurrió a un ritmo más adecuado. Supongo que también la adorné de virtudes que no le corresponden, pero la cercanía continua hizo que el encantamiento durase más, le dio otra consistencia. Todavía no sé si estoy completamente libre de él. Azucena me ha dicho que ella nunca sintió gran cosa por mí. Accedió a mis pretensiones por curiosidad, porque ya estaba madura para tener relaciones con alguien y yo fui el primero que se lo propuso. Parece que me falta el aire de misterio imprescindible para llamar la atención de las chicas. Se me ve venir de lejos, y eso hizo que ella pudiera prever las jugadas con antelación, siempre segura de lo que iba a suceder después. No tengo picardía, y me falta la pizca indispensable de maldad, dice Azucena. Toño no le daba tregua al principio, quizá nunca. Un día la miraba con interés y al siguiente como con desprecio. Cuando empezaron a conocerse, lo mismo escuchaba con muchísima atención lo que contaba que ni siquiera la oía. Eso la ponía frenética.

Ella me decía qué hice mal con Margarita para que yo le explicase por qué la dejó Toño. Supongo que no fueron celos. La aventura de Londres sólo fue eso. ¿Entonces? Quizá tampoco la quiso nunca lo suficiente. ¿Y cómo hay que ser para que te quieran? ¿Se puede responder a eso? Quizá pensó que era una chica demasiado fácil. A él no le costó conseguirla. Ella se ofreció desde el principio. No se me ocurría nada más. Nunca he pensado en esas cosas. ¿Y por qué le gusta Eva? ¿Folla mejor que ella? Me faltaban referencias para contestar. Casi se ríe con la respuesta. Iban a seguir faltándome, dijo. Le conté que su contrincante no es nada tímida y parece que tiene más experiencia con los tíos. No llegué a confesar que fue la primera chica que consintió en acostarse conmigo pero sí le dije que nunca tuve la sensación de que me costara mucho conseguirlo. Quizá me ocurrió con ella lo mismo que a Toño con Azucena.

Los últimos días con Margarita fueron espantosos. Por un lado, me entraron unos celos estúpidos, que no podía controlar, de Gustavo. Nunca he creído que el amor tenga que ver con la posesión, ni siquiera con la

fidelidad. Pero una cosa son las creencias y otra lo que ocurre cuando uno no está seguro de nada. Le preguntaba por cada detalle de lo que había ocurrido con él. Ella contaba lo mínimo posible o me decía que le preguntara a mi amigo, si tan interesado estaba. Yo no quería verle. Me había hablado del asunto una noche de borrachera, después de una reunión política, como algo de lo que presumir, sin mucha importancia. Primero lo de Londres, de lo que se sentía más orgulloso, y después, otro día, tras yo insistir mucho, lo que había ocurrido en la buhardilla, el origen de su viaje. Estábamos siendo auténticos anarquistas al compartir a una mujer, dejando a un lado los prejuicios pequeño-burgueses. Estuve a punto de vomitarle encima. Cuando le conté a Margarita que lo sabía todo, en vez de justificarse, me mandó a la mierda. Estaba harta. Y me fui. Esperé varios días a que llamara. No lo hizo. Cuando telefoneé yo, al reconocer mi voz, su madre dijo que no estaba en casa. Al parecer, dejó de vivir allí. Fui donde Azucena. Allí estaban los dos hermanos como si se les hubiera caído el mundo encima. A César también le había dejado Beatriz en la estacada. No quisieron contar por qué, y yo no pregunté mucho. Esa tarde nos emborrachamos los tres; y empezamos Azucena y yo nuestras confesiones.

Ella es mujer de un solo hombre. No es que le parezca mal lo que hizo Margarita, pero no lo entiende. Sería incapaz de guardar el secreto, y tampoco cree que a los chicos nos guste compartir esas experiencias. Ella, desde luego, no conoce a nadie. Cuando quiere a alguien se entrega del todo. No debería contar eso por ahí, dice, y menos a alguien del bando contrario. Los tíos somos distintos. En cuanto tenemos la menor ocasión, la aprovechamos. Yo nunca traicioné a Margarita. Eso habría que verlo. No puedes presumir de lo mismo con Eva, dijo. Si ha ocurrido lo mismo con su amiga, nadie se ha enterado hasta ahora, es verdad. Además, soy demasiado soso; y puede que un poco simple. Me llenó de elogios ese día. Preguntaba por Eva, cada vez cosas más íntimas. Yo, como un idiota, contestaba a todo. Sacó la conclusión de que necesito lecciones de arte amatoria, usó esa expresión. Ella no iba a dármelas. No se las había pedido. Le pregunté detalles de lo de Londres. Dijo que el trío sólo había ocurrido una noche y que ella estaba tan borracha que casi no se enteró. ¿Debía creerla?

Podíamos idear un plan común para recuperar a nuestras parejas, ella, César y yo. Hablamos con César. Me ofrecí a tratar con Beatriz, a decirle algo en su favor. Como es lógico, antes debería saber lo ocurrido. Le pareció una tontería la propuesta. No quiso hablar del motivo de la ruptura. En todo caso, aceptaba que me enterase si ella andaba por ahí con alguien. Pero no debía dirigirle la palabra en ningún caso, ni siquiera para saludarla. Era raro. Azucena pensó que podía intentar darle celos a Toño, conmigo. Se trataba de buscar al galán, solo o acompañado, por ahí y, cuando le viéramos y sabíamos que él nos veía, comportarnos como si fuéramos una pareja recién estrenada. No era mala idea. Azucena, aunque es pequeña, tiene su atractivo. Con Margarita, que había desaparecido, intentaría hablar ella poniéndome en valor de alguna manera. Todavía no sabía cómo. Es difícil, dijo.

Salimos los dos juntos a recorrer los garitos donde creíamos que podíamos encontrar a alguien conocido. No fue difícil dar con Toño y Eva, en un café de moda. No les saludamos. Nos sentamos frente a ellos, y Azucena me cogió la mano y empezó con besuqueos que me pusieron nervioso. Toño hizo al principio ademán de venir a nuestra mesa; cuando vio lo que había se quedó donde estaba. Marcharon enseguida, como si no nos conocieran. En cuanto cruzaron la puerta le dije a Azucena que parase la actuación. Me rió por haber estado tan tenso. Tendremos que ensayar en privado, le dije. Contestó una grosería. La verdad es que nunca creí que su antiguo novio volviera con ella, aunque le molestara verla conmigo. Cuando la acompañaba a casa, se echó a llorar. La abracé para consolarla. Nos despedimos en el portal con un beso en la mejilla. Tenía la cara todavía húmeda.

Al día siguiente pasé un rato frente a la tienda del padre de Beatriz a la hora de cerrar, por si ella se acercaba. Supongo que se puede decir que tuve suerte. Salió el último un señor mayor que cándó una reja. Le seguí hasta un edificio muy elegante. Allí, en el buzón del 3º izquierda figuraba su apellido. Según volvía a casa, muy ufano por el descubrimiento, me crucé con ella. Quiero decir que chocamos, se cayeron sus gafas y las recogí. Estaba riéndome por no mirar por donde iba cuando me reconoció. Me invitó a un café sin que yo tuviera que hacer nada más que pedir disculpas

por mi torpeza. Hablamos, sobre todo ella. Echó pestes sobre Margarita. Contó lo que se había encontrado aquella mañana de la que yo no sabía nada. El comportamiento de mi novia era incalificable. Le comenté que ya no estábamos juntos. También le hablé de lo mal que lo estaba pasando César y que no había nada entre Margarita y él. Lo que ella vio sería un arrebató. Dio permiso para que la llamara; hablar no hace daño a nadie, dijo.

Volvía a casa más confundido que nunca cuando encontré a mi antigua novia, de la que ya no quería saber nada, agarrada del brazo de Gustavo, que caminaba como si fuera solo, sin atenderla. Doblé una esquina para que no me vieran y allí no pude evitar que se me saltaran las lágrimas mientras observaba cómo ella trataba de seguir el paso de mi amigo, el revolucionario. Decidí ir a casa de Azucena. Ya habían cenado. Le conté a César mi gestión y lo que había descubierto. Pidió disculpas durante horas. Había sido algo incontrolable. Ella le estaba buscando y él no pudo resistirse. Volví a llorar. Bebí un coñac que tienen allí para las ocasiones. Azucena volvió a cogerme la mano. Terminé la botella y cuando quise levantarme de la silla todo me daba vueltas. César ya se había acostado. Azucena me llevó al sofá y me quitó los zapatos. Le dije que era muy buena y le di un beso de agradecimiento. Ella me lo devolvió. Poco a poco, empezamos a acariciarnos. Se echó conmigo, pero casi no cabíamos allí. Fuimos a su cama. Ella dirigió toda la operación. Yo había bebido demasiado para estar a tono. No le importaba. Me iba a enseñar cómo se hacen las cosas, poco a poco. Le sobra paciencia, dijo.

Arena

PENSÉ QUE NO VOLVERÍA A VERLE . Había cambiado un poco desde los tiempos en que venía por casa a meterse en la cama de Eva. No sé qué vería en ella. Me gustaba ese aire de no saber nunca bien dónde estaba ni qué había que hacer. Cuando se aburrió de mi amiga no desapareció del todo y podía haber hecho algún intento por acercarme al mozo. Hubo un momento en que casi se me arregla el asunto, pero el muchacho estaba demasiado triste. La verdad es que a pesar de ese aire de mosquita muerta en un corparrón de leñador siempre estaba acompañado por alguna, y nunca me ha gustado enredar más de la cuenta, además de que yo también he tenido mis novios y no se puede hacer todo a la vez. Ya no viste igual, claro. Se acabaron las camisetas, los vaqueros y los jerséis. Ahora es una persona con responsabilidades, un hombre de provecho. Tampoco es que apareciera de traje y corbata, llevaba un polo de color tostado y unos pantalones de lino crudo que le sentaban muy bien. Tuve que acercarme a saludarle antes de que volviera a escapárseme. Ha venido a ver a la familia. Su hermana acaba de tener otro niño y él va a ser el padrino cuando lo bauticen el domingo. Alguien le comentó que era la noche de San Juan y decidió ir a la playa por si veía a alguien de sus tiempos de estudiante. Hace sólo unos meses que ha terminado y ya nos mira por encima del hombro. No todos tenemos su inteligencia privilegiada. Yo no acabaré hasta el año que viene, si Dios quiere. Me invitó a una cerveza mientras preguntaba por la vida de unos y otros, como un policía. Casi todos estamos igual, más o menos donde siempre, sabiendo que se nos acaba este tipo de vida. Nos acercamos a ver cómo prendían la hoguera mientras me contaba su trabajo en una presa al norte de Cáceres. Un coñazo. Tenía miedo de que apareciera Eva y por aquello de recordar viejos tiempos se fuera con ella. Vimos a Antonio, otro ex de Eva que fue compañero suyo de clase. A mí también me tiró los tejos cuando venía por casa, a escondidas. Le faltan dos asignaturas y el proyecto

para acabar. Hablaron un rato de sus cosas. A mí casi no me dirigió la palabra el gilipollas. ¡Con lo que tuve que aguantarle! Al cabo de un rato se fue porque estaban esperándole. Alguna pelandusca.

Ya estábamos cargaditos cuando apareció Margarita. La última persona, además de Eva, que tenía ganas de ver esa noche. Estaba sola, dijo, y se enganchó con nosotros. A él al principio tampoco le hizo mucha gracia. No me extraña, con lo que le hizo pasar la criatura. Pero ella estaba tan contenta, como si nada, y a él se le fue pasando el enfado. Al cabo de un rato los dos parecían encantados y a mí me entraron ganas de huir. Echamos unos bailes, unos sueltos y otros agarrados. Alguno los tres juntos. Fui un momento a por bebida y a la vuelta estaba besándola sin dejar de seguir el compás del vals. La verdad es que hay pocos tíos que sepan bailar un poco; con lo bonito que es. Esperé a que acabara la pieza para darles sus vasos. Decidí sumarme a la fiesta. No iba a estar toda la noche de morros. Ya veríamos quién se llevaba el gato al agua al final. Margarita no aguanta bien la bebida y empezaba a notársele. Con un poco de suerte, al cabo de un rato se iba a casa mareada después de echar la pota en cualquier parte. Vi a Gustavo y propuse que fuéramos a saludarle. Mi amiga se puso pálida y dijo que para qué. A nuestro hombre tampoco le apetecía mucho la sugerencia. Les dio lo mismo. Él ya nos había visto y se acercó. Le acompañaba una preciosidad rubita que nos presentó como Carmen. Le han ascendido en el banco, y se ha comprado un coche nuevo; el ingeniero también está motorizado. Empezaron a hablar de prestaciones, velocidades punta, consumo de gasolina... y me entraron ganas de vomitar. Recordaron sus tiempos de revolucionarios y se reían como si aquello no hubieran sido más que gamberradas de adolescentes. Debería haberme ido entonces. Margarita no se atrevía ni a mirar a los chicos. Yo creo que todavía le gusta el banquero. Él hacía como si no existiera. Tuvieron un noviazgo de película de terror. Al verles otra vez juntos me vinieron a la cabeza los llantos desconsolados de la chica cuando a su novio le daba por coquetear con cualquier otra en algún café, algo que ocurría a menudo. Una noche aciaga se me pegó y me contó con pelos y señales las muchas maldades de Gustavo. ¿Por qué seguía con él? El galán se cansó de tanta lágrima y se libró de ella al cabo de unas semanas. Volví a estar al tanto de primera mano

de sus perversiones. Le propuse olvidarlo seduciendo a alguien más modoso. Ella le quería a él, como el niño al que se le escapa un globo quiere sólo ése, el que es imposible recuperar. Empecé a evitarla cuando la veía por ahí. A pesar de todo, participé en el sufrimiento de su lentísima recuperación. Ha tenido tiempo de disfrutar de otro par de novios desde entonces, pero Gustavo la ha dejado marcada; no había más que verla. Cuando se cansaron de decir memeces, se despidieron los dos triunfadores. Carmen abrió la boca tanto como un florero. Ahora le deben de gustar así al muchacho. Propuse ir a buscar más bebida y a mis compañeros de noche les pareció bien. Pagaba siempre el ingeniero, nosotras somos estudiantes. Nos sentamos un rato en la arena. La hoguera ya empezaba a ser un charco de brasas y los más valientes empezaban a saltar por encima de ese rojo vivo. Parecía que Margarita se estaba adormilando cuando nuestro chico empezaba a poner la mano donde no se debe aprovechando la oscuridad sin que yo hiciera nada para impedirlo. Estábamos acercándonos un poco cuando algo debió de despertarla. No la hacíamos mucho caso. De pronto, se levantó y dijo que iba a saltar la hoguera. Tenía que joderlo todo. No me quedó más remedio que darle una voz al leñador para que se lo impidiera. Con la trompa que llevaba iba a servir de asado para unos cuantos. Nuestro héroe tampoco estaba en su mejor momento, pero se levantó como pudo y salió a ver si podía sujetarla. Después fui yo tras ellos. Pude verlo todo perfectamente, con la luz rara y roja que dan las brasas. Margarita empezó a chillar a mitad de su recorrido, descalza. El galán tropezó antes de poder llegar a ella y metió la mano en el fuego. Al cabo de un momento tuve que hacerme cargo de dos borrachos con quemaduras. Alguien nos aconsejó ir a urgencias al hospital. Tuvimos que coger un taxi porque a la princesa le dolía mucho caminar. Allí nos encontramos con una tropa de inútiles con distintas partes del cuerpo chamuscadas. A ella le vendaron los pies. Uno no iba a poder apoyarlo en una buena temporada. Quemaduras de segundo grado, para empezar, reposo absoluto durante quince días. Al día siguiente debía ir a la consulta del especialista. Él salió con la mano izquierda envuelta en gasas. La ropa también la tenía buena. La borrachera se había convertido en resaca. Ninguno de los dos quería ir a casa así. Tuve que alojarlos en nuestro piso. A él lo puse en el sofá del comedor. Le di un saco

de dormir para que se apañara. A Margarita tuve que desnudarla porque ella sola no podía. La metí ¡en mi cama! No dormimos mucho. Además del dolor y la rabia hubo las habituales risas y los portazos de rigor de las noches de fiesta del resto de los habitantes del lugar y sus invitados.

Desayunamos juntos. El leñador se había dado una ducha y, a pesar de la ropa, sucia, con varios agujeritos de bordes negros en los pantalones, como cráteres, parecía casi civilizado. No sabía si tendría que pedir una baja por su mano. Iría en autobús al trabajo. Así no podía conducir. Le arreglé un poco la venda. Margarita caminaba, a la pata coja, con un bastón que le encontré por ahí. Pidieron un taxi para irse juntos. Mientras se despedían, apareció Eva en camiseta y bragas. Se alegró mucho de ver al ingeniero. No se fijó al entrar, si no, le habría hecho un sitio en su cuarto.

OceanofPDF.com

Tren

LLEGO CON TIEMPO. Según avanzo hasta mi vagón, veo que hay algunas ventanas con el vidrio resquebrajado en mil pedazos, pero parece que están enteras. Tendrán doble capa, como los parabrisas de los coches. Hay mucha gente dentro, es domingo por la tarde. Miro la reserva y busco mi asiento, junto a la ventana. En el de al lado está una mujer joven, alta, morena, delgada. Lleva un jersey a rayas gruesas, grises y rosa pálido, y un pantalón de pana gris claro. Apenas puedo dejar los bultos en el maletero encima del asiento. Está casi lleno. Poco después de llegar yo, se sienta un hombre joven al otro lado del pasillo. La chica le saluda, con frialdad. No deja de jugar con el teléfono móvil. Hace una llamada y cuenta que están los dos en el tren, que han llegado a tiempo. Salimos puntuales. Supongo que quizá son hermanos, y están enfadados por algo.

Hojeo el librito sobre Durero que compré en la exposición. Cuenta que es el primer pintor que firma buena parte de su obra, el primero que hace autorretratos, cuando ni siquiera hay espejos fiables, el primero que pinta plantas con detalle, (unos lirios que vi esta mañana, una lámina que miro ahora de unas hierbas, acuarelas...) En todo lo que dibuja, en lo que pinta, hay orden y precisión. Los detalles son sorprendentes, de una exquisitez y cuidado inverosímiles por puro afán realista. Y aun así, hay una zona oscura entre tanta claridad. Jesús dice que le molesta una obra tan contenida, que reprime sus apetitos homosexuales hasta ahogarlos. En Nüremberg, donde todavía está su casa en pie, entonces condenaban a muerte a quienes no lo hacían.

La mujer no deja de jugar con el teléfono móvil durante el viaje. Veo que maneja el teclado con soltura y supongo que está enviando mensajes de texto. El hombre, grande como un oso, vestido con un jersey negro, hecho a mano, que le queda pequeño, escucha música en otro aparatito. No se hablan ni se dirigen la mirada durante un buen rato.

No me fijo en el resto de los viajeros del vagón, supongo que somos los típicos de domingo por la tarde que han ido el fin de semana a Madrid a ver a la familia o a desahogar ansias afectivas o de otro tipo. Jubilados, estudiantes universitarios, algunas personas de mediana edad. Carecemos del menor interés con nuestras caras previsibles y nuestro aspecto vulgar, cansino.

Según para en las estaciones correspondientes, el tren se va llenando aún más, de viajeros, gente joven que vuelve a sus quehaceres. Algunos ya no encuentran asiento y quedan de pie junto a las puertas del vagón. La chica habla un momento con el chico y los dos se levantan y van a ese espacio incómodo. Tras un cristal veo que ella habla con gestos muy expresivos, mueve las manos, tiene los ojos muy abiertos y la boca pareciera que da voces, pero no se oye nada. Él está mucho más calmado y responde con gestos tranquilos.

Vuelvo a Durero y a su cuidado de orfebre en lo que hace. El libro dice que es el primer artista al norte de Italia que se atreve a pintar desnudos del natural. Adán y Eva en grabados y en los cuadros de El Prado, tan hermosos los dos, casi castos, inocentes en una belleza de proporciones tan estudiadas. También hay un dibujo en el que él se expone, casi como un sátiro, cuando ha dejado de ser joven, con trazos casi expresionistas, con un sexo rotundo. ¿Precursor de Schiele? ¿Cómo es que esta perfección emociona cuando lo más fácil es que dejara frío al espectador?

Alzo la vista y la pareja se abraza. A ella se le deslizan lágrimas por el rostro. Están así un tiempo largo, minutos quizá. Se cogen las manos y siguen hablando; ella ha perdido la tensión en su cara, acaricia el pelo a su hombretón.

En la siguiente parada hay gran trasiego de viajeros; cuando el tren arranca, pasan los dos a mi lado. Un joven pregunta por el asiento vacío junto al mío. Le digo que está ocupado. Una señora, delante de nosotros, dice que está libre, la pareja se ha sentado junta, al fondo del vagón. Miro un momento atrás para comprobarlo y me disculpo.

Falta poco para el final de mi viaje. Cuando me levanto para recoger el equipaje, ellos también lo hacen. Nos quedamos de pie mientras el tren

frena despacio. Están muy juntos, como novios. En nuestro vagón también hay una ventana con el vidrio hecho añicos y, sorprendentemente, entero.

OceanofPDF.com

TRAMPAS

¿Este cuándo? ¿Este qué?

¿El pasar de la hoja? ¿El acabóse?

FRANCISCO PINO

OceanofPDF.com

Café

ES LA TERCERA VEZ . Al salir de la oficina, a mediodía, la veo en la calle peatonal, pidiendo. Lleva una falda oscura, hasta los pies, una blusa blanca, un chaleco de hombre y le cubre la cabeza un pañuelo. Es pequeña y delgada. De su cara salen dos ojos azules enormes, como mariposas. Me ha visto ella y se ha acercado, llamándome guapo. Le he dado una moneda grande. Nadie me llama guapo nunca. Bajito, regordete, con poco pelo castaño, lacio, los ojos también castaños. Con suerte, en el trabajo, después de algún comentario que me ha costado toda la mañana discurrir, Eva o Pili dicen, “¡qué gracioso!”. Preferiría ser atractivo, o, por lo menos que alguien lo proclamara en voz alta de vez en cuando. Es verdad que llevaba la gabardina nueva, y todo el mundo dice que me sienta muy bien.

Hoy corría detrás de mí antes de que yo la viera. Me di la vuelta al oír su voz extranjera, diciendo su piropo. Entre el halago y sus ojos volví a quedar desarmado y le di otra moneda. Pidió, como con mimos, un billete. Mi estupidez no llegó tan lejos. Tiene la piel morena, tersa, puede que no llegue a los veinte años. Los labios son gruesos y rojos. No estoy seguro de que los lleve pintados. La miré mientras se iba de espaldas, en busca de otro incauto.

Supongo que formará parte de una red, y que tendrá que repartir buena parte de su botín al acabar la jornada. Si la coge la policía, la devolverán a su país. Por otro lado, no es más que otra muchacha que tiene que pedir.

En casa, no me la podía quitar de la cabeza. Intenté pensar en alguna forma de poder ayudarla, pero no se me ocurría nada. Lo más sensato es, si acaso, hablar con el cura de la parroquia. Él a lo mejor sabe de recursos para emigrantes. Si vuelve a abordarme, podría invitarla a un café y, si sabe suficiente castellano, quizá quiera contarme su situación. No sé por qué me preocupo por ella.

Desapareció algunos días y creí que la podían haber cambiado de ciudad, o por lo menos de barrio. También podría haber caído en alguna redada contra emigrantes, pero el periódico no dio noticias de ninguna. La encontré de sopetón, en otra calle, esta tarde. No llevaba la gabardina, iba con una chaqueta y un paraguas. Ella vestía como siempre. Volvió a regalarme los oídos. Le di un billete pequeño sin que lo pidiera. No me atreví a proponerle el café. Tampoco tuve casi tiempo, cuando me vino la idea a la cabeza, estaba despidiéndose, con esa lengua de trapo tan simpática. Supongo que trabajará en esa zona unos cuantos días, incluso semanas. No será difícil volver a verla.

Hoy me he quedado un buen rato en una esquina de la calle, como mirando un escaparate, esperando verla en su salsa, trabajando. Al cabo de pocos minutos estaba allí, en medio de la multitud. Acababa de dejar a un cliente y estaba al acecho del siguiente. Siempre aborda a hombres o a mujeres mayores, nunca la vi acercarse a una jovencita. Los hombres pueden ser de distintas maneras, abuelos que caminan despacio o jóvenes apuestos que parecen dominar el mundo. Se le da bien el oficio. Casi siempre le dan algo. Me fui sin llegar a entrar en su terreno, sin que me viera.

Esta vez iba preparado. Tuve que recorrer la calle tres veces, de arriba abajo, antes de que se fijara en el idiota que no se la puede quitar de la cabeza. Saqué el billete casi antes de que lo pidiera y, mientras se lo daba, le pregunté si quería tomar un café, o algo. Primero dijo que no con la cabeza, luego dijo que no la dejaban; enseguida, antes de dar media vuelta y marchar, miró un instante la recaudación de día y me hizo señas de que la siguiera. Torció a una calle lateral, estrecha, y entró en un bar pequeño en el que nunca me había fijado y pidió aguardiente. No quiso comer nada. Nos sentamos en la única mesa del local. Le dije que me hablara de ella. “¿Tú crees que por billete pequeño tienes derecho a saber mi vida?” “Quieres ir a cama conmigo, ¿verdad?” “Eso no puede ser. Cuesta muchos billetes.” Le dije que se equivocaba. Sólo quería ayudarla. “Entonces dame dinero.” No había previsto así la conversación. Me levanté para pagar. “¿Me invitas a otro?” Iba a marcharme. “Siéntate.” Es rumana. Lleva un par de meses en la

ciudad. No tardará mucho en irse. Aquí ya la conocen mucho. Siempre ha ido de un lado a otro. “¿Quieres que te lea la mano? Dame otro billete.” Me gustó el tacto de las suyas mientras pronosticaba parabienes, mujeres y un montón de hijos. Gano una miseria y nunca he tenido novia. Sus ojos brillaban en la penumbra del bar. Intimidaban un poco. Se me quedó el café frío, casi sin probarlo. Miró la hora en mi reloj. “Ahora vete. Vienen a buscarme.” Según salía, entraron dos hombres, trajeados, con sombrero; uno todavía joven, el otro con tripa, entrado en años; los dos con la piel oscura, hablaban una lengua rara.

Según volví a casa, miraba hacia atrás por si me seguían. No parece que ella me haya mencionado ni que ellos se hayan dado cuenta de nada. Mientras cenaba y veía la tele, analicé paso a paso todo lo que había ocurrido cuando estuvimos juntos, en realidad, nada. Me sorprendió su observación, “Quieres ir a cama conmigo, ¿verdad?”, tan brusca, tan brutal. En realidad, puede que tenga razón y ése sea el centro de mi interés. Por otro lado, me aterra la posibilidad de que suceda. No la traería aquí, claro. ¿Qué iba a decir mi madre? Tendríamos que ir a un hotel discreto. ¿Qué pasaría después? Quizá sus compinches me robaran todo lo que llevase encima, o me dieran una paliza; pero eso no es lo importante. ¿Qué ocurriría entre nosotros? Es evidente que yo no sería más que una obligación, un modo de conseguir más dinero en muy poco tiempo. Sólo eso. Incluso si se diera la posibilidad remota de que yo de verdad le guste. Puede que para mí el asunto fuera mucho peor. ¿Querría traerla a casa, a que viviera con nosotros? ¿Me gustaría que nos casáramos al cabo de un tiempo? ¿Tendría que raptarla con grave peligro para nuestras vidas? Lo mejor, sin duda, es que me olvide de ella o, si acaso, todo lo más, que recuerde su voz, la luz de sus ojos y el tacto de sus manos.

Dormí mal durante varias noches. Aparecía en sueños, quitándose esas ropas que ocultan su cuerpo, revelando unas formas irresistibles, delicadas, demoníacas. Ayer me levanté decidido a aceptar su oferta. No creo que para ella mucho dinero sea más de lo que cobro al mes. Tengo algunos ahorros y puedo permitírmelo. Hice un pacto conmigo mismo. Ahí acabaría todo. No intentaría redimirla de su vida vagabunda, ni trataría de apartarla de los

suyos. Puede que esté casada. Quizá el tipo joven del sombrero y la camisa negra sea su marido. No parece que le vaya tan mal. No intenta dar lástima cuando pide. Todo lo contrario, sonríe.

En cuanto salí del trabajo, a mediodía y por la tarde, la busqué. En el bar no sabían nada de ella desde hace varios días. Recorrí todas las calles en las que hay mendigos, varias veces. Hoy he hecho lo mismo. Nada. Habrá salido de la ciudad, supongo que para siempre.

Esta mañana, en la oficina, he hecho un comentario mordaz sobre una cantante que está muy de moda; Se lo oí a alguien anoche en la radio. Eva ha dicho, “¡qué gracioso!”; Pili casi ha sonreído.

OceanofPDF.com

Comercio

HOY POR FIN ME HE ACORDADO de llevar la gabardina a la tintorería. En condiciones normales, debería haberlo hecho hace más de un mes, pero las lluvias de finales de la primavera, la temperatura fresca y algo de pereza han hecho que hasta finales de junio no haya conseguido algo tan necesario. Estaba bastante sucia. El año pasado no quedó muy bien cuando salió de allí, pero al principio apenas se notaba. Un curso bastante pasado por agua la ha dejado hecha una pena. Me daba apuro ponérmela. La mujer me ha llamado Pedro en cuanto me ha visto abrir la puerta. Siempre lo hace, y yo no le llevo la contraria, ¿para qué? Como hoy hace bastante calor, y allí dentro, por las máquinas, todavía más, llevaba poca ropa, una camiseta escotada que dejaba ver bastante de sus pechos, prietos como manzanas, no muy grandes. Es muy simpática. Siempre me trata con una amabilidad que al principio de ir por allí, hace ya algunos años, sorprendía. Supongo que no tiene muchos clientes masculinos y le alegra ver a un hombre joven de vez en cuando. Es algo mayor que yo. Todavía tiene una buena figura y parece que no le importa mostrarla. Le he enseñado las partes más sucias para que no ocurra como la vez anterior y ahora quede bien limpia. Dice que tendrá la prenda lista en un par de días, pero seguro que tarda más. Siempre es así. Iré la semana que viene a recogerla.

Cuando he llegado a casa, he fantaseado con la posibilidad de tener una aventura erótica con ella. Está casada y tiene un par de niños. Alguna vez he tenido que enfrentarme a su marido cuando he ido a recoger algo allí, un traje y una alfombra. No olvido su gesto desagradable; me pidió un recibo, que no tenía, para darme la prenda, que apareció enseguida, en cuanto ella salió de detrás de una cortina, y me cobró bastante más de lo que suele costar ese trabajo cuando trato con su mujer.

A la vuelta, he pasado por el kiosco. No sé por qué voy allí. Lo lleva un tipo hosco, siempre de mal humor, que nunca está al tanto de las

promociones del periódico. Regalaban una calculadora la última vez. Sólo había que juntar unos cupones en una cartilla que dieron con un suplemento dominical. Cuando fui a reclamarla me dijo que se había pasado el plazo, pero no era verdad, en el papel venía una fecha distinta de la que él dijo, de malos modos. Me animó, casi a voces, a reclamar a la central del diario. Él sólo hace lo que le dice la distribuidora. Me enseñó un papel en el que no distinguí nada. Y volví a casa con la cartilla rellena de cupones, inútil. No quería la calculadora para nada. Las pocas cuentas que hago las resuelvo con el móvil o en el ordenador. Pero era algo a lo que tenía derecho, por haber comprado ese papel impreso todos los días, sin dejar ni uno, desde hace mucho tiempo, bastante más del necesario para recibir el regalo. Debería cambiar de proveedor. Antes tenía otra. Una mujer no muy joven que al principio me pareció simpática empezó a preguntar más cosas de las convenientes sobre mí, y mi trabajo, y mi familia, y mis amigos... Es verdad que yo estaba al tanto de las peleas con su cuñado, de las broncas con su marido; sabía de sobra que sus problemas conyugales se resolverían con separarse un poco de su familia política, ella la llamaba así. No quería tanta intimidad. Siempre me guardaba todas las ofertas, incluso las que no quería. Tengo la casa llena de colecciones de libros que nunca leeré, de enciclopedias con muchos ejemplares todavía envueltos en celofán, repletas de datos que jamás me han interesado. Empecé a ir a ese kiosco cuando el que tenía enfrente de casa cerró. Lo llevaba un chico joven, formal, educado, un poco demasiado soso, incapaz de encontrar un fascículo que se me hubiera olvidado recoger el día de su aparición. Todo tenía que pedírselo con tiempo, incluso antes de tiempo. Se pasaba el día metido en su cuchitril. A primera hora de la mañana, cuando salía de casa, ya estaba allí. Por la noche, cuando volvía de dar un paseo, todavía no había cerrado. No sé cómo, fue capaz de encontrar novia, casarse y tener un par de niños. El día antes de cerrar, cuando me avisó de que tendría que buscar el periódico en otra parte, dijo que le faltaba tiempo para estar con su familia. En aquel momento no me importó mucho. Es ahora cuando lamento su marcha, después de sufrir durante varios años a aquella mujer que terminó pidiendo opinión sobre sus problemas, a mí, que nunca he querido entrar en la vida de nadie, y dando consejos acerca de mis carencias: no tengo mujer,

ni hijos, ni gato ni perro... A ella le parecía que debería disfrutar de todo lo que carezco, lo mismo que ella. Decidí cambiar de proveedor de prensa cuando estaba a punto de divorciarse y me tenía al tanto de las minucias del proceso. No quería ser testigo de primera mano de una catástrofe familiar. A la vuelta del trabajo empecé a pasar por detrás del kiosco. Un poco más allá está el de quien ahora me atiende, si se puede llamar así al desprecio con que recibo la prensa diaria.

Podría tener una clientela escasa, con ese humor. Todo lo contrario, a menudo hay que esperar un rato a compradores de golosinas; a fanáticos de la lotería, que acuden cada semana a rellenar boletos y, si acaso, a cobrar sus escasísimas ganancias, enseguida reinvertidas; a señores que preguntan por la última promoción de alguna revista... Es evidente que debo encontrar una alternativa a tanta incomodidad, pero el kiosco está muy cerca de la panadería donde me guardan la barra de cereales todos los días, y si cambiara, tendría que dar un rodeo en un momento en el que sólo quiero llegar a casa cuanto antes.

Algunas tardes paso por el supermercado. El grueso de la compra lo hago allí. Es verdad que la fruta y la verdura no son muy buenas, pero resulta cómodo poder comprar un montón de cosas en el mismo sitio. Apenas hay que hablar con nadie, sólo con la cajera, al final de todo el proceso. Puedo entretenerme, y lo hago, mirando una etiqueta de una mermelada para ver qué cantidad de fruta lleva y cuánto azúcar, o la fecha de caducidad del yogur... Me cuesta decidir la mejor lata de calamares, el atún más saludable... Son muchas variables y, de vez en cuando, en cuanto me despisto, traigo a casa algo caducado o un producto que no necesito. La semana pasada, unos tarros de troncos de espárragos cuando lo que quería eran puntas. Me perdió la tendencia a comprar siempre lo más barato. No me he atrevido a devolverlos, así que tendré que conformarme con esos troncos leñosos y un poco ásperos en vez de disfrutar de la blandura y delicadeza de sus yemas disolviéndose en la boca.

Antes, cuando iba a pagar, procuraba ir a la caja con menos clientes a la espera. Me equivoqué muchas veces. Una señora llevaba el carro lleno y tardaba un buen rato en vaciarlo, y luego tenía que dar explicaciones para que lo llevaran a su casa antes de demorarse en el hallazgo de la tarjeta para

pagar hasta que llegaba el momento mágico de la firma con la que se hacía cargo de la compra. También puede ocurrir que alguien que no lleva tantos productos tarde muchísimo en todas las operaciones, o que de pronto pregunte por algo que no ha encontrado y la cajera salga a buscarlo y le lleve eternidades dar con el tesoro, si es que aparece. Ya he superado esa fase. Cuando entro miro a las cajeras y elijo a la que me va a cobrar. No tiene por qué ser siempre la más joven y guapa. A veces basta con que su gesto sea agradable, o que me saludara la última vez con alguna deferencia, como si le alegrara verme. Una vez tomada la decisión, aunque tenga la cola más larga, voy a esa caja y no me importa la espera. Llevo ya unas semanas que escojo siempre a la misma cajera, una muchacha de pelo castaño y cara redonda a la que a veces se le olvida cobrar algo. La última vez, unas lonchas de salmón ahumado. Al pagar, cuando recojo la vuelta, me mira a los ojos como diciendo: eso te lo regalo yo, y me gusta. He aprendido su nombre; lo lleva escrito en la blusa, en una tarjeta sujeta con un imperdible. Ella todavía no sabe el mío. Quizá debería proponerle una cita o algo. No sé. ¿Cómo va a querer salir con un gordito calvorota mucho mayor que ella?

He ido a la tintorería a por la gabardina. Ya hace una semana que la dejé allí. Hacía muchísimo calor. Ella llevaba una camiseta muy ceñida, cerrada por arriba, muy corta. Dejaba ver todo el ombligo. Tiene una cicatriz enorme, horrible, a un lado. Como si le hubieran operado de un riñón o algo así. No la había visto nunca. Casi me he asustado. Todavía no ha terminado con la prenda. Ha tenido que meterla un par de veces en la máquina, y repasar a mano los puños y el cuello. Mañana sin falta estará lista.

Rocco

DICEN QUE LOS GATOS ELIGEN con quién viven. No a sus amos, porque los gatos no son de nadie, tienen bastante con ellos mismos. Rocco vino cuando estábamos en el pueblo, con los gatos de Teresa y María. Al principio nos pareció feo, con su mancha negra cubriéndole la nariz, y el resto del cuerpo de un blanco inmaculado. Carlos le llamó Careto. Enseguida vino la que creía ser su dueña a preguntar por él y sólo al cabo de un rato se dio cuenta Teresa de por quién preguntaba. La señora decía que era un gato muy bonito y ella no caía. Parece que vivía con una hembra que había tenido crías y María dijo que lo habrían echado de casa. Algo tendría que ver también el que Obama, negra como un tizón y escurridiza como una anguila estuviera con nosotros. Dicen que los gatos huelen a kilómetros de distancia. Fulgencio, el otro felino, está castrado, parece un cochinillo blanco que se pasea en silencio por el mundo, indiferente a lo que ocurra, siempre y cuando tenga comida suficiente. Antes venía Lucas, que era muy juguetón, pero lo atropelló un coche una mala tarde. La señora vino a por él dos o tres veces. Le llamaba Rosco. Y se lo llevaba. Enseguida volvía a escaparse, y se quedó con nosotros.

Al principio no le dejábamos entrar en casa. No era nuestro. Pero siempre tuvo la comida que quiso. La devoraba. Restos de lo que comíamos. Al cabo de un tiempo, nos acostumbramos a su cara y no nos parecía feo. Empezó a acercarse a nosotros y, alguna vez, llegó a subirse al sofá con alguien echado allí, Teresa, María o alguna niña. Las pequeñas fueron quienes primero le acariciaron el lomo. A él le gustaba. ¿A quién no le gusta que le acaricien?

Marchamos unos días de viaje y, a la vuelta, Rocco era uno más de la familia. Entraba en casa sin problemas y conocía todos los espacios y cuáles le convenían para echarse un rato o pasar la noche. Le cambiamos un poco el nombre para darle importancia. El nuevo es de un boxeador de película,

alguien que surge de los bajos fondos y se hace con un sitio en el mundo. El actor era guapísimo. Desde luego, el animal había sabido cómo buscarse la vida. La señora dijo que no le parecía mal que estuviera con nosotros, porque vio que lo cuidábamos bien, aunque le daba pena porque es muy cariñoso. A nosotros también empezaba a gustarnos. Le llamábamos, lo cogíamos. Nos parecía gracioso que se subiera al regazo de alguna de vez en cuando y nos encantaba su ronroneo cuando le pasábamos la mano por el lomo. Con los otros gatos no había problema. A Fulgencio le daba igual. No era un competidor. A Obama también. La presunta causante de su venida le rehuía de un modo tan definitivo que Rocco ya se había hecho a la idea de que con ella no tenía ninguna posibilidad de contacto.

El verano se acabó y empezamos a irnos. María se llevó a Fulgencio y Teresa a Obama. Rocco seguía allí. Avisamos a la señora por si quería volver a intentar que el bicho se quedara con ella. Bicho es como le llamaba Carlos entonces. No llegué a proponerle entonces traérmolo, aunque lo pensé, porque sabía la respuesta. Le puse un comedero en la leñera, una especie de caja de latón de la que cae el pienso según se come. Ya lo había usado otra vez para un gato callejero que desapareció. Nos marchamos a final de agosto y él se quedó allí, de vigilante.

En otoño fuimos por el pueblo a menudo. Rocco siempre aparecía en cuanto llegábamos. Los vecinos le conocían y le daban de comer. Se iba con todos. Es un gato al que le gusta la gente. A principios de octubre cogemos nueces y luego buscamos setas, macrolepiotas o champiñones silvestres. El campo está muy bonito ese tiempo. No se despegaba de nosotros desde que llegábamos hasta que nos teníamos que ir. Le renovaba la comida en cada viaje. Le preparé una caja con una manta vieja para que durmiera. Cuando ya estábamos en el coche, alguna vez se me escapaba una lágrima. Tampoco estaba segura de que estuviera bien en casa, en la ciudad. Es un animal de campo, hecho a los espacios abiertos, a hacer lo que le da la gana. En un piso iba a estar atado, aunque pudiera salir a la terraza de vez en cuando, y subirse al tejado.

A finales de noviembre fuimos allí por última vez, el año pasado. Ya había empezado a helar y los días eran tan cortos que apenas nos daba tiempo a dar un paseo después de comer, el sábado, mientras dejábamos

estufas y chimenea encendidas, intentando calentar un poco la casa. Rocco vino con nosotros. No encontramos ninguna seta apetecible; estaban todas quemadas o podridas. Ya lo habíamos hablado Carlos y yo, y él había dejado la decisión en mis manos. María me había dejado su jaula para transportar gatos y Teresa me había dado una pastilla para que se la pusiera al animalito con la comida, para calmarlo un poco en el viaje.

En casa teníamos miedo por la tapicería de los sofás, por las cortinas, por las plantas. ¿Aguantaría estar todo el día entre paredes? ¿Qué tal se portaría Rocco rodeado de civilización? Mucho mejor de lo esperado. Le preparé una caja con arena y aprendió enseguida dónde hacer sus necesidades. Le reñía cuando sacaba las uñas en el sofá y le compré un felpudo para que pudiera afilarlas ahí. María trajo algunos juguetes para gato, pelotas de ping-pong o de tenis, ratones de trapo... Le daba patadas a un cascabel y le gustaba el sonido. Por la noche lo dejábamos cerrado en el comedor y la cocina, para que no nos despertara con sus maullidos. No se lo tomó a mal. Por la mañana se hacía oír en cuanto se enteraba de que alguien estaba levantado, pero no antes. La verdad es que se adaptó mejor de lo que esperábamos y nos gustaba llegar a casa y llamarle, aunque él casi nunca atendía. Se pasaba el día dormitando de sofá en sofá. Llegué a estar preocupada por tanta somnolencia. Mis hermanas me dijeron que es normal. Algún día hizo caca donde no debía, en el baño, en la cocina, pero nunca en una alfombra. Al principio tuvo diarreas y lo llevé al veterinario. Le encontraron un bichito en el oído y hubo que darle unas gotas. Me dijeron que era un animal sano, de alrededor de un año. También me aconsejaron castrarlo, si no quería tener problemas con el celo. ¿Y que se pusiera hecho un cerdito, como Fulgencio? Ni siquiera lo hablé con Carlos. Rocco estaba bien así, entero.

Poco a poco, se acostumbró a comer sólo comida de gato preparada. Son unas pelotillas duras de colores que venden en saquitos. La dejas puesta en un cuenco y él la toma cuando tiene hambre. También le daba un poquito de esa especie de gelatina de carne o de salmón que viene en latas, por la noche, para que se quedara contento en sus dominios. Apenas probaba los restos de marisco que llevo a casa algunos sábados. Lo que más le gusta son las cabezas de cigalas. El jamón de york dejó de interesarle, y los restos de

carne o de pescado que cuando lo conocimos devoraba. Engordó bastante. Se subía al sofá cuando estábamos viendo la tele y lo acariciábamos. A veces se frotaba con nuestras piernas cuando estábamos de pie y quería algo. Salía a la terraza de vez en cuando, lo olía todo, andaba por el tejado, pero nunca fue muy lejos. Tuve que retirar algunas cosas, para que no las tirara, alguna figura de porcelana, recuerdos de viajes... Con las plantas no se llevaba mal. No meaba en los tiestos y ninguna murió por su culpa. Tampoco rasgó ninguna cortina ni destrozó la tela de los sofás. Se afilaba las uñas en la alfombra del comedor, en vez de en el felpudo que le había puesto a la entrada de la terraza. Fue imposible quitarle la costumbre. Está hecha una pena. La verdad es que, en conjunto, se portaba bastante bien. Los gatos de mis hermanas están mucho peor acostumbrados, se suben a las camas y las mesas, se han cargado más de un jarrón, destrozan tiestos de vez en cuando...

Cuando vino Fulgencio a casa unas navidades, a poco de que lo encontraran, no podías dejar ninguna puerta cerrada. Maullaba y arañaba hasta que lo abrías. Se subía a la cama con nosotros y lo llenaba todo de pelos. No admitía una negativa a sus deseos. Eso fue antes de que le cortaran el pito. Ahora no se le oye, si sigues sus normas. María lo saca a pasear de vez en cuando, por las noches, y algunas veces no quiere volver a casa y tiene que subir sola. A primera hora de la mañana, está esperando a la puerta para que lo abran. Se ha colado en el portal en cuanto el primer vecino ha salido a la calle. Luego sube las escaleras. Ocho pisos. Obama tiene una ventana con una portezuela de plástico que la permite entrar y salir. Teresa le pone una inyección todos los años para que no se embarace. No es una gata cariñosa, pero tampoco molesta. Los dos pasan el día sin dar un ruido, a no ser que algo les aturda. Es lo que más me ha impresionado siempre de los gatos, su silencio.

Rocco se hizo con la casa y parecía que estaba bien. Eligió los diferentes sitios en los que sentarse mientras estaba solo; se pasaba el día acicalándose, lamiéndose las patas, el lomo y hasta el culo con esa lengua como de lija que tienen los gatos. Por las noches veía la tele con nosotros, unas veces junto a Carlos y otras conmigo. Nos hacía compañía. Temíamos la época del celo que, al parecer les llega entre febrero y marzo. En realidad

lo que les ocurre a los machos es que huelen a kilómetros el celo de las hembras y se ponen como locos. Rocco parecía prudente y aparte de gruñir mucho, apenas maullaba, a no ser que nos tropezáramos con él por el pasillo, algo que a Carlos le ocurría de vez en cuando. Es curioso lo de sus gruñidos; los emitía muy a menudo, como si estuviera enfadado con el mundo, o como forma de reafirmar su presencia. Fulgencio y Obama no gruñen.

No parecía que sufriera mucho sin tratos con gatas. Febrero y marzo pasaron sin cambios notables en su conducta. Cada vez le gustaba más estar en la terraza, pero ya no se subía al tejado. Si tardábamos en ir al comedor por la noche, para sentarnos en el sofá y ver la tele, venía a buscarnos. Era la mejor parte del día. Empezó a soltar mucho pelo. Compré un cepillo que le pasaba todos los días, antes de acostarnos. Le encantaba. Parece que en primavera los gatos cambian el pelo. Alguna vez, jugando, me arañaba; rasguños sin importancia. El animalito no se daba cuenta de su capacidad de herir. Carlos a veces le llamaba fiero. Volví a llevarlo al veterinario. Le pusieron alguna vacuna. Le abrieron una ficha, como gato doméstico. En carnavales volvimos al pueblo, tres días. Dejamos a Rocco en casa de mi madre. Parece que no dio mucha guerra allí. En semana santa decidimos traerlo con nosotros. Compré una cesta como la que tienen mis hermanas, y pastillas para que no se pusiera demasiado nervioso en el viaje.

En cuanto llegó, salió corriendo a reconocerlo todo, varias horas. Quizá era una manera de marcar su territorio. Es lo que diría un libro sobre gatos. Luego volvió y tomó su comida de siempre. Durmió dentro de casa.

El segundo día apenas le vimos el pelo. Apareció una gata negra con él. Supongo que sería hembra ese bicho grande que parecía tan satisfecho junto a mi Rocco. Comía y marchaba. Durmió fuera porque, cuando fuimos a acostarnos, no apareció, por más que salí a buscarlo un buen rato por los alrededores.

A partir del tercer día no ha vuelto. Hemos preguntado a los vecinos, incluso hemos ido a la casa de la señora que vino el verano pasado, a varios kilómetros. Nada. Los machos se van. Dicen. Quizá se lo ha merendado un jabalí, aquí hay algunos en el monte, o algún perro lo pilló despistado. Puede que se haya ido con la gata negra, que tendrá casa, y lo hayan

adoptado allí, como hicimos nosotros. Sería lo mejor. Dicen que los gatos eligen con quien viven.

OceanofPDF.com

Traición

LA VIDA DEL AMA DE CASA es muy desagradecida, además de estar llena de peligros. Tantas tareas que hacer y nadie se da cuenta, menos aún quien se aprovecha de ellas. Podrían estar al tanto de tu esfuerzo, pero ni siquiera te dicen que la sopa está buenísima mientras la devoran. Eso sí, cuando hay algún problema, el periódico no está en su sitio o se ha retrasado un poco la cena, parece que se ha hundido el universo. ¡Habría que dejar a mi marido solo en casa una semana para que viera lo que pasa! Él dice que yo tendría que darme una vuelta por la oficina para ver cómo es el mundo. ¡Como si no lo viera una todos los días en el mercado! Allí impera la ley de la selva: ninguna. Hay que andar con cien ojos y aún así, te engañan, te triturarían. Cuando no te quieren dar las piezas de fruta como piedras, te la ofrecen demasiado madura, para que la tires tú en casa, después de pagarla como buena. Si estás lista, y tienes suerte, sales de allí encantada, después de hablar con la gente, y con productos magníficos a buen precio, pero en cuanto te descuidas, te colocan un melocotón pocho o unas peras para que intentes probarlas tres meses después, cuando pasan de estar duras a mamonas, y hay que echarlas a la basura sin poder hincarles el diente. Con el pescado ocurre lo mismo. Yo siempre voy a los mismos puestos, para curarme en salud. Allí me conocen bien y, aunque nunca se puede bajar la guardia, es raro que consigan engañarme. Pero puede ocurrir en el momento más inesperado. El otro día estaba en la pescadería cuando me encontré con mi prima Montse. Hacía mil años que no la veía. Nos pusimos a hablar y me contó que su hija mayor está en Barcelona, y la pequeña se casa el año que viene con un chico muy bueno que trabaja en una fábrica de somieres. No hay modo de que el marido deje de fumar, y eso que ya tuvo una angina de pecho. Ella está más gorda; claro, los años... A mí también me ha pasado, desde que empecé con la menopausia, cogí unos kilos que no ha habido modo de perder. Al abrir en casa la bertorella, estaba más pasada

que un higo. Con decir que ni siquiera intenté ponerla en la sartén del tufo que daba está dicho todo. Tendría que haberla llevado a la pescadería para sacarles los colores. De todas maneras la Nati me oyó. ¡Vaya si me oyó! Delante de unas cuantas clientas. Eso no se le hace a alguien que lleva comprando allí más de veinte años, todas las semanas, desde que a mi marido le dieron el traslado en la caja de ahorros y nos vinimos a vivir aquí. Es verdad que no fue ella quien me atendió. Me despachó el chico ese que acaban de coger. Pero es lo mismo. ¡Menudas enseñanzas le han dado! La Nati me dio otra bertorella enseguida, fresquísima, y pidió disculpas. Parecía que estaba deseando que marchara de allí cuanto antes. La siguiente vez que fui por el puesto no había nadie y me dijo que, si alguna vez volvía a ocurrir algo así, lo hablara con ella en privado, no delante de todo el mundo, que parecía que quería espantarle a la parroquia. El chico se había llevado una buena bronca y le tocó pagar el pescado que me llevé gratis. La última vez que fui, me atendió él, me llevé unas pescadillas de ración estupendas. Le dejé los céntimos de la vuelta de propina.

Pensé, cuando volvía a casa, en lo importante que es que te conozcan de siempre cuando tienes un problema así. Si hubiera sido una compradora ocasional, de esas que cada día paran en un puesto distinto, o peor, una que nunca va por allí, no me habrían hecho ni caso. A las voces mías hubiera contestado la Nati con esa gracia suya, que usa para hablar de algunos compañeros de la plaza, que los despedaza con la misma facilidad con que limpia sardinas.

El caso es que han puesto una pescadería nueva unos chicos jóvenes y me asomé a mirar. Tenían una merluza de pincho que todavía sangraba de fresca, a muy buen precio. No pude resistir la tentación y la compré. Cuando pasaba por delante de la Nati, no miré ni para saludar. Al fin y al cabo, una compra donde quiere, ¿no? Venían Margarita, su marido y el niño a comer y no les iba a dar cualquier cosa. Según es mi yerno, ya me lo imagino diciendo lo mal que se come en casa de sus suegros. Bastante se mete conmigo cada vez que puede para que encima le dé motivos. Que tengo que adelgazar, que tome las pastillas para la tensión... ¡Menudo pelmazo! No le quedó más remedio que decir que estaba buenísima. ¡No

creo que haya probado pescado así en su vida!, por muy médico que sea. El niño está estupendo, como para comérselo

Por la noche tuve remordimientos. ¿Me habría visto la Nati pasar por delante suyo sin decirle nada? Siempre paro, y por lo menos saludo y, si no tiene mucha tarea, hablamos un ratito. Si me vio pensaría que iba con prisa. ¿Vería la bolsa de la otra pescadería? Porque mira que siempre bajo con el carro de la compra, pero ese día sólo necesitaba la merluza y al salir de allí no llevaba más que la bolsa en la que ponía, en letras bien grandes, verdes, Pescadería El Cantábrico. También yo soy tonta, pensé; podría haber salido del mercado por el otro pasillo. La verdad es que iba tan contenta que no me di cuenta hasta el momento preciso de pasar delante de ella, que podía no haber estado, como el día de la bertorella, pero estaba, allí delante, sola, esperando que llegara algún comprador. Yo miré al frente, como un soldado, como si no supiera por dónde iba, y traté de agarrar la bolsa desde abajo en ese momento, para que no se vieran las letras, y casi se cae el pescado. En fin, estaba segura de que me vio, y de que se lo iba a tomar a mal.

Porque no es lo mismo que me pasó con Marcelo, el frutero, que también me conoce desde siempre. Todos los años se va quince días de vacaciones en octubre, y tengo que buscar otro sitio donde comprar uvas, peras, un melón, tomates, una lechuga, acelgas, zanahorias, berza, limones... productos de temporada. Un año, hace ya tiempo, me pilló por sorpresa el puesto cerrado. Empecé, muy enfadada, a mirar en el mercado y encontré un puesto muy apañado donde me sirvieron estupendamente. Lo lleva un chico joven, moreno, de ojos verdes, muy guapo, que estaba encantado con la compra que hice y redondeó la cuenta a mi favor (Marcelo siempre cobra hasta el último céntimo) y me regaló un racimo de uvas de albillo, para que las probara.

Cuando mi frutero volvió de sus vacaciones, yo había ido al puesto de Raúl tres o cuatro veces, y siempre me había tratado como a una reina. Casi había decidido pasarme con él cuando una mañana, según iba a por una coliflor y unas naranjas, me saluda Marcelo desde sus dominios, más simpático que nunca, moreno de playa, en medio de fruta y verdura recién colocadas, bajo esas luces que hacen que brillen como joyas. ¿Qué iba a

hacer? Volví con él y al cambio exacto y a sus consejos sobre si debía llevarme o no unas berenjenas que están siempre al fondo y nunca se ven bien. Se acabaron Raúl y sus ojos verdes y sus racimos gratis.

Hasta el año siguiente, por las misma fechas. Quería volver a ver sus manos eligiendo las uvas, su sonrisa cuando entrega las bolsas llenas después de cobrar, pero no me atreví a volver allí sólo para unos días. No creo que a él le importara. Sabe su oficio y no hay lugar en su espíritu para el rencor, como diría D. Mauro, nuestro párroco. Los clientes vienen y se van. Es la vida. El caso es que, como una tonta, fui a una frutería corriente, que lleva una mujer más o menos de mi edad. No me trató mal. El último día me vendió un melón un poco pasado, no que no lo pudiéramos comer, pero ya sabes, con la pulpa transparente en algunas partes, demasiado blando. Como ahora sólo somos dos en casa, tuve que tirar la mitad. Sentí alivio cuando vi a Marcelo el lunes siguiente con el gesto satisfecho de quien todavía tiene en el cuerpo el aire del mar.

No tenía por qué ocurrir lo mismo con Nati. Ella se va de vacaciones en agosto, como nosotros, y nunca he tenido necesidad de buscar pescado en otra parte. Lo del otro día fue un desliz sin importancia. Cuando volví a por unas lenguadinas, estuve bien pendiente de ver si se iba a atrever a hablar de lo de la merluza. Quizá la noté un poco más seca que de costumbre, pero nada más. Puede que hubiera tenido un disgusto con su marido, que es muy bueno, pero a veces le da por beber, al pobre, y entonces ella no le deja entrar en casa y tiene que ir su hijo solo al Mercado Central a por el pescado, y casi siempre lo engañan en algo. En El Cantábrico tenían unas nécoras que me costó trabajo no comprar. ¡Le gustan tanto a mi marido! Nati casi nunca trae marisco si no es navidad. Dice que no se vende. Esas nécoras fueron un visto y no visto; cuando volví por allí después de recoger el pan, no quedaba ni una.

Más veces tuve que resistir la tentación de comprar donde no debo. Dejé de lado unos besugos estupendos y compré un chicharro del montón donde mi amiga. Lo puse al horno y no quedó mal. Mi marido se quejó, como siempre, de las espinas. Si por él fuera comeríamos todos los días filetes, que no dan más trabajo en el plato que el de llevárselos a la boca troceados.

No entiende que la carne está llena de toxinas ni que el pescado es muy bueno para el corazón. Lo han dicho en la tele montones de veces.

Hoy me he llevado un disgusto muy grande. No puede una fiarse de nadie. Con todos los sacrificios que he tenido que hacer. Ayer en El Cantábrico tenían unos chipirones para chuparse los dedos. No he vuelto a comprar nada allí desde lo de la merluza, como una idiota. Me hablaba Nati de sus primeros tiempos. Lo ha hecho cien veces. El marido trabajaba como mozo de carga y descarga en el Mercado Central cuando se conocieron, en una verbena de las fiestas del barrio. Cogieron el local al casarse, con un dinero que les prestó la familia, y que devolvieron, poco a poco, hasta el último céntimo. Al principio les costó levantarlo. Es muy difícil empezar desde cero. No conocían a nadie en la plaza. Ahora, casi todos los tenderos son amigos suyos. Pues dice que se jubilan su marido y ella, a la vez, y que traspasan el local. Ya han trabajado demasiado. Más de cuarenta años llevan con la pescadería. A mi marido todavía le faltan unos años para el retiro. Nosotros somos un poco más jóvenes. Se han comprado un apartamento en Alicante y van a pasar allí los inviernos. ¿Y el hijo? Dice que no le gusta madrugar y pasarse el día oliendo a sardinas. Con lo que les den, va a poner una zapatería, que es un negocio más reposado. Podía habérmelo dicho antes y habría empezado yo a ir de vez en cuando a otro puesto. El día menos pensado Marcelo me dice que él también echa el cierre. Tendría que pensar en volver donde Raúl.

Espera

TERCERA NOCHE QUE PASO EN EL HALL junto a la Unidad de Cuidados Intensivos. Espero que Raquel despierte del coma. Es una bobada que esté aquí. Lo dicen los médicos, lo dicen nuestros hijos, la familia y los amigos. Ella no dice nada. Calló poco después de la subida de tensión que le produjo el derrame. Antes había estado un buen rato dando gritos. No quería venir al hospital. Me tuvieron que ayudar Laura y Antonio, los niños. Tienen veintitantos años y seguimos llamándoles niños. Si no hubieran estado en casa esa noche puede que ahora mi mujer reposara en el cementerio. Discutíamos por ellos. Yo quiero que sean más independientes, que empiecen a buscarse un lugar propio, viviendo con otros muchachos de su edad, o por su cuenta, aunque tengamos que ayudarles algo al principio. A su edad nosotros ya estábamos casados. No pueden pasarse la vida tomando la sopa boba. Tendrán que hacerse adultos alguna vez. Raquel decía bobadas, que si me molestan en casa, no hay más que ver la cara que pongo cada vez que aparecen, que nunca me ocupo de lo que les ocurre, que soy un egoísta; y el colmo, que nunca los he querido. Debería haberme callado en lugar de responder a voces, pero entonces no podía prever las consecuencias. Raquel tomaba pastillas para bajar la tensión desde hace años. Nunca había tenido una crisis. Fue al médico por unos dolores de cabeza y volvió con la receta. No parecía algo preocupante, cosas de la edad, como la menopausia o mi venerable calva. Durante el día vienen los niños y las hermanas de mi mujer y yo voy a casa un rato, después de pasar a verla un momento y del informe del médico. Mañana van a operarla para quitarle la sangre coagulada del cerebro. Cuando abran verán mejor el alcance de la lesión.

Apoyo la cabeza en una almohada que traen de casa, metida en una bolsa de plástico grande. La saco cuando ya no queda nadie. Me estiro sobre unas cuantas sillas, me tapo con una manta de viaje y trato de

descansar un poco. Las enfermeras están hartas de decirme que si ocurre cualquier cosa telefonarán enseguida. No es probable que pase nada antes de la operación, dicen. Está sedada, el coma es inducido, para mantenerla estable. ¿Y si nunca despierta?

La operación ha ido bien. Eso cuenta el cirujano. Le han quitado la sangre coagulada y el cerebro no está dañado. Se va a recuperar del todo, dice, pero llevará su tiempo. Mientras Raquel estaba en el quirófano, nos hemos reunido toda la familia, como si pudiéramos hacer algo por ella así, todos juntos, animándonos unos a otros, sin apenas hablar; mirando a la puerta para que no se nos escapara el cirujano cuando acabara. Lo hemos rodeado todos mientras salía y nos ha explicado lo que ha hecho y su pronóstico de que todo va a ir bien, aunque todavía tardará unos días en salir de Cuidados Intensivos. Nos hemos quedado un poco más tranquilos, dentro de la angustia que tenemos desde que le dio el ataque. Fui a casa, me duché y dormí un rato como hace tiempo que no lo consigo. Cociné unas alubias blancas de riñón, una olla grande, para varios días. Los niños protestarán, pero ellos pueden comer lo que quieran; que vayan a la tienda, lo preparen y se lo tomen cuando y como les parezca. Al anochecer, he venido aquí. Nos han dejado pasar un momento a verla, de dos en dos. Está con más tubos que ayer por todo el cuerpo, y con una venda que le cubre la cabeza, ahora con el pelo rapado. ¡Con lo que a ella le gusta ir a la peluquería! Ya se han ido todos. He cenado un bocadillo de jamón y queso que traje de casa. Ha venido el médico de guardia a volver a decirme que estoy mejor fuera del hospital y que no sirve de nada que me quede en el hall de la planta. No he sabido qué contestarle, pero sigo aquí.

A la una de la mañana han subido de urgencias a Luis Ramírez, el de la gestoría. Le dio un infarto mientras cenaba con unos amigos en un restaurante. Su mujer, Azucena, está aquí, conmigo. No somos amigos íntimos, pero nos conocemos bastante. Luis llevó durante algunos años las cuentas de la tienda, hasta que subió la tarifa a unos precios disparatados y empecé a hacerlas yo como pude. Cuando llegó, se echó a llorar en mis brazos. Luego me contó lo que había ocurrido, de una manera bastante

caótica. Tardé en enterarme del problema. Azucena es más joven que yo, quizá unos diez años. Todavía es una mujer hermosa, delgada, con una piel muy blanca, casi transparente. Estaba allí, tan cerca, en mi regazo; sus lágrimas habían humedecido mi camisa. Le acariciaba la cara, intentaba animarla con palabras amables. No sé cómo, nuestros labios se juntaron. Nos abrazamos muy fuerte. El beso duró muchísimo. Empezamos a manosearnos. Sin decirnos nada el uno al otro, fuimos a los lavabos. No había nadie por los pasillos del hospital. Serían más de las dos. Nos metimos en una cabina de señoras. Allí, en unas posturas imposibles, nos consolamos como pudimos durante un rato. Luego marché al servicio de caballeros para recomponerme un poco. Volvimos al hall y pasamos el resto de la noche sin apenas hablar, dándonos la mano. Ella bajó a desayunar primero. Cuando yo subí, ya había llegado Laura. He venido a casa después del informe médico, como todos los días. Le están bajando la sedación a Raquel, muy despacio, y parece que todo va bien. Nos dicen que tengamos paciencia. A Luis le van a hacer un cateterismo para ver cómo tiene el corazón antes de tomar otras medidas. De momento parece que se ha estabilizado.

Cuando he llegado al hospital no sabía qué hacer. Creía que Azucena estaría aquí, esperando noticias de Luis. Se había ido a casa a descansar. Me lo dijo cuando vino, para la visita de la tarde, con su hija, Irene. No conocía a la niña, ya una mujercita de dieciocho años. Vi a la madre mucho más entera que anoche, muy maquillada, muy guapa, a pesar del gesto de preocupación constante en su cara. Estaban Laura y Antonio y se los he presentado. Enseguida ha encontrado tema de conversación con mi hija. Algo de cremas para el cuerpo a base de productos naturales. Después de la consulta del médico y de ver un momento a mi mujer, que sigue igual, llena de cables, con una venda en la cabeza y como si no pudiera dejar de dormir, hemos esperado a que salieran Azucena y su hija. Ya le han mirado las arterias a Luis. El infarto no ha sido muy extenso y, si no surgen complicaciones, se recuperará bien. Mañana le hacen una angioplastia, de alguna manera le ensanchan los vasos que tiene casi cerrados en el corazón. Tendrá que dejar de fumar y de comer como hasta ahora. También deberá tomarse el trabajo

de otra manera, con más calma, incluso puede que se jubile. Se han ido con Laura, y me han aconsejado todos que marchara a casa a dormir. Aquí no hago nada, tengo unas ojeras de caballo y debería descansar bien para cuando suban a Raquel a una habitación. Luis está despierto, sin saber bien qué le ocurre, se ha echado a llorar cuando ha visto a su hija. Antonio se ha quedado a cenar un bocadillo conmigo, que ha subido de la cafetería. La verdad es que la desgracia de su madre ha hecho que los chicos maduren en estos días más de lo que lo han hecho en años. Laura está al tanto de las necesidades de los que estamos en casa casi como lo hacía su madre, y su hermano ha tomado el mando en la tienda y me cuenta los problemas que le salen al paso y pregunta cómo resolverlos. Los estudios de Derecho de la niña seguramente vuelvan a retrasarse. Ninguno de los dos ha ido nunca muy adelantado en ese terreno. A Antonio se le atragantaron un par de asignaturas en Económicas y dejó la Facultad sin terminar la carrera. Supongo que los hemos malcriado y siempre han creído que nunca les iba a faltar de nada. La verdad es que en la tienda mi hijo se ha hecho imprescindible. A Laura nunca le ha gustado ir por allí, dice que tiene mucho que estudiar, cuando no está con su novio, o de compras con las amigas o con su madre.

Le han quitado los sedantes a Raquel, pero todavía no despierta. Parece que tendrá que eliminar primero toda la anestesia que le queda en el cuerpo. Mueve la cara y le ha subido la tensión. Lo vemos en los relojes a los que van a parar los tubos que tiene por todas partes. Sigue respirando con la ayuda de una máquina. A Luis le han llevado a cardiología después de la angioplastia. Nos lo ha contado una enfermera cuando hemos preguntado por él. Me daba apuro subir a verle. Me ha acompañado Laura. Ya tiene otro color. Azucena estaba en la habitación. Le tenía cogida la mano y parecía satisfecha. En un par de días le enviarán a casa, aunque puede que más adelante tengan que hacerle un *stent* si los vasos vuelven a estrecharse. Es una especie de macarrón que va por dentro e impide que la arteria vuelva a encoger. Su mujer pasará la noche en la habitación con él.

Casi estaba convencido de irme a casa anoche. En la UCI nos dijeron que, si no surgen problemas, saldrá de allí en dos o tres días. Estaba agotado. Me quedé, me avergüenza decirlo, al menos en parte, por si a Azucena se le ocurría bajar a verme un rato. De un lado, sabía que era un disparate y que era mucho mejor que no lo hiciera ¿quería arruinar a mi familia y a la suya?, ¿qué dirían los niños si se enterasen de algo?; de otro, estaba deseando repetir lo de la otra noche, que ahora me parece una fantasía producto de la falta de sueño y la fatiga.

Bajé a la cafetería a por un bocadillo y lo tomé allí, con una cerveza, solo. Me quedé un rato mirando la tele, ponían un concurso de canción ligera que a mi mujer le gusta mucho. Cuando subí había un tipo en el hall, esperándome. Nunca lo había visto. Delgado, más joven que yo, pero tampoco un chaval, elegante, con traje y gabardina, el pelo con algunas canas, pero abundante. Dijo mi nombre y se presentó. Preguntó por mi mujer. Le expliqué los pormenores que cuento cada vez que tengo ocasión sin enterarme de a quién le estaba hablando. Cuando acabé le pregunté de qué la conocía. Me dijo que era amigo suyo. Me extrañó no saber nada de él. Empecé a preguntarle y se fue poniendo nervioso. Al cabo de un rato de interrogatorio acabó por confesar que hasta hace poco había tenido un “lío” con ella. Lío es la palabra que usó. Decidieron romper la misma tarde que le dio a Raquel el ataque. Su mujer se había enterado y le amenazó con el divorcio si no acababa con la aventura de inmediato. Por eso estaba tan nerviosa. Apenas he dormido. Imaginaba todo tipo de barbaridades. Esta noche me quedo en casa.

Pobre

CUANDO EMPEZÓ, LE DABA VERGÜENZA pedir. Llamaba a la puerta con esos timbrazos largos que le caracterizan; abajo siempre dos veces, arriba una, que hace que la campana suene como si hubiera fuego. En eso no ha cambiado. Se justificaba: no podía trabajar porque está cojo desde que se cayó de un andamio. Habla muy deprisa, atropellando las palabras, tartamudea, se come unas sílabas y repite otras hasta que consigue terminar la frase. Tiene los ojos muy grandes, redondos, como de vaca, y parece que van a salir de sus órbitas cuando se dirige a alguien, quizá por la ansiedad de que le atiendan. Habla a voces; no debe de oír bien. Decía que el comedor del Ayuntamiento cierra los fines de semana. Entendí enseguida que él necesita comer también los sábados y domingos y empezamos a darle una limosna generosa.

Pronto vino todas las semanas y sus timbrazos se convirtieron en familiares. Casi nunca nos equivocamos en identificarle cuando llama. Con mi marido nunca habla mucho, es tan serio. Pero cuando soy yo la que abro parece que quiere explayarse y cuenta relatos que nunca termino de entender. Le reñía, con suavidad, por el cigarrillo que siempre lleva encendido en una mano. Habla de un médico muy bueno del Paseo Zorrilla que le da la ropa que lleva; o de las peleas que tiene con su madre; o que le quieren echar del piso porque dicen que está en ruinas. Un día dijo que venía de la pescadería y que le habían dado unas gambas, un poco de congrio cerrado y unas almejas pequeñas, y que su madre iba a preparar una sopa de pescado estupenda con esos manjares. De repente, se me ocurrió la comida de ese día. En vez de congrio, compré rape; de primero, crema de calabacín.

Cuando se va pienso en quién pagará la luz o en la cochambre que se acumulará allí. ¿Irá su madre también al comedor municipal? Los vecinos de enfrente le dan siempre comida: fruta muy madura, legumbres, pan del

día anterior. Él siempre lo agradece todo. No sé si los demás le abren la puerta o no.

Mi marido dice que es como si estuviéramos comprando el cielo barato. Moneda a moneda, nos vamos haciendo un huequecito, dice, yo creo que con sorna. Cuando abre él la puerta, apenas hablan, le da el dinero y cierra enseguida, como si le tuviera miedo. Como es tan observador, se da cuenta si el pobre se equivoca y viene dos veces la misma semana, le deja subir, le informa que ya le hemos dado la limosna correspondiente y que vuelva otro día, la semana que viene, y le da con la puerta en las narices mientras el otro se disculpa como puede. A mi me parece que después de tomarse la molestia de venir hasta aquí, tampoco pasaría nada si le diéramos su moneda como si nosotros tampoco nos acordáramos bien de qué día es. De hecho, cuando soy yo quien le abre, siempre le doy algo. Es después cuando mi marido dice que le parece que el pobre se está pasando, y que no necesitamos tanto sitio en la Gloria.

En navidades le doy un poco más; en algún momento del otoño (o puede que sea en primavera) dice que es su cumpleaños y también recibe una moneda extra de mi mano. A veces tengo ganas de darle más de lo convenido, pero sólo me atrevo a hacerlo en estas ocasiones especiales, no se vaya a enterar mi marido y nos peleemos también por esta bobada. Si una semana no viene, le echamos en falta, sobre todo yo, claro, pero también le he oído a él que le extraña que el pobre no aparezca. Cuando vuelve, no hace falta que le pregunte qué ha pasado. Enseguida cuenta que ha estado malo con la gripe o que le dolía mucho la pierna. Mi marido nunca le da el dinero atrasado, yo sí lo hago, si tengo suelto.

Le vemos por la calle, en el barrio. Si él nos ve, saluda a voces, nos llama señores. A mi me da un poco de vergüenza que alguien le oiga pero, ¿qué podemos hacer? Parece que le conoce mucha gente. En el buen tiempo, ayuda a poner y quitar sillas en alguna terraza y supongo que le darán algo por el trabajo, aunque sólo sea un bocadillo. También le hemos encontrado hablando con tipos raros, gente que no nos gusta, tipos mal encarados que visten de maneras raras de los que mi marido dice que quizá tomen drogas o, lo que es peor, las vendan. ¿Y si se las dan a él?

Una noche soñé que llamaba a la puerta y venía con él uno de esos personajes que dan miedo y entraban los dos a la fuerza. El otro llevaba un cuchillo de carnicero y me obligaba a darle las joyas que heredé de mi madre y las que ha comprado mi marido, el anillo de pedida también; y el dinero que había en casa, y las tarjetas de crédito... El pobre no decía nada, tenía cara de susto, tampoco parecía estar pasándolo bien. Podría haberle dicho al otro que nos dejara en paz, con lo bien que nos portamos con él; pero no, cogía el joyero y ni siquiera se despedía cuando se iban. La siguiente vez que llamó tuvo que abrirle mi marido, yo todavía estaba asustada. La semana siguiente estaba sola cuando sonó el timbre. Era él, seguro. Son inconfundibles esos dos pitidos largos. No le abrí. Consiguió entrar en el edificio. Supongo que le abrirían los de enfrente. Llamó arriba varias veces, la campana no paraba de sonar. También gritaba “señora”. Pero yo hice como que no había nadie en casa. Por la mirilla vi que, al cabo de un rato, se metía en el ascensor sin su moneda. No llamó a la puerta de los vecinos. Quizá ya le habían dado lo que le correspondía esa semana y no se le había olvidado. Ese es el problema, con el tiempo, él piensa que le corresponde lo que le damos. Y yo creo que no, que es lo que dice mi marido, le damos lo que queremos cuando nos viene bien. No tenemos ninguna obligación. ¿Verdad?

Una vez me contó que es bisexual. Llevaba la barba sin afeitar, como de dos o tres días, y echaba humo por la boca de ese cigarrillo que siempre parece el mismo, sujeto por dos dedos amarillos. Supongo que había bebido un poco más de la cuenta cuando lo dijo. Uno no va por ahí contando esas cosas a cualquiera. Desde luego, no se puede decir que haya intimidación entre nosotros. Otro día me dijo que hacía veinticinco años que no hacía el amor con una mujer. Usó esa expresión. Puede que eso explique lo de su supuesta bisexualidad. No parece fácil que alguna mujer lo encuentre atractivo, aunque en esos ambientes debe de haber de todo. Cuando le doy la moneda a veces noto el sudor de su mano de dedos gruesos y uñas mal cortadas. A veces huele mucho como a rancio. Como si no se lavara todo lo necesario. Me parece que no me doy cuenta de quién es y le exijo imposibles. No creo que tenga agua caliente en casa. Es un pobre hombre y seguro que se aprovechan de él.

Durante un tiempo, apenas hablaba. Llamaba, le abría, ponía la moneda en su mano extendida, la miraba un instante, supongo que para asegurar el uso inmediato que iba a darle, cerraba la mano, decía gracias y se daba la vuelta. A veces me parecía que podría ser más expresivo, contar algo, no sé...

Lo peor sucedió el otro día. Estaba cerrando la puerta de casa por fuera con la llave cuando se abrió la puerta del ascensor, sin que lo hubiera llamado. Era él. Eché mano al bolso y abrí el billetero para darle su moneda. Cuando entré al ascensor él se metió detrás, sin llamar al piso de los vecinos. No me gustó nada estar tan cerca en un espacio tan reducido. Le olía el aliento a vino. Tuve que decirle que apagara el cigarrillo, que no se puede fumar en los ascensores. Se justificó con sus nervios mientras tiraba la colilla al suelo y la pisaba. En aquel momento ocurrió lo que más temía. El ascensor se paró antes de llegar al segundo piso. Ocurre a menudo cuando algún vecino hace obras, pero esta vez estaba yo dentro, con el pobre. “Señora, se ha parado, ¿qué hacemos?” Empecé a tocar todos los botones sin que aquello se moviera. Golpeé la puerta. El pobre encendió otro cigarro que apagó enseguida en cuanto le di una voz. Uno de los botones del ascensor es un timbre que suena en la escalera. Lo apreté durante minutos. “Señora, lo va a quemar.” No acudió nadie hasta que los del tercero derecha entraron al portal y vieron que tenían que subir por las escaleras. Voceé hasta que se dieron cuenta de lo que ocurría y dijeron que telefonarían al servicio de mantenimiento. Tuve que darles el número que figura encima de los mandos. Julia volvió enseguida a contarnos que les habían dicho que ya venían. Se fue a hacer la cena a los niños. El pobre mientras tanto no habló. Sudaba. En una mano sujetaba un mechero y en la otra el cigarrillo que no le había dejado encender. Hacía varios días que no se había duchado. Empecé a llorar. “Señora, no llore, que ahora vienen y nos sacan. A mi me pasa de vez en cuando. En esta casa es la primera vez, pero en otras ya me he quedado encerrado unas cuantas. Yo viajo mucho en ascensor, y estas cosas ocurren.” Saqué un pañuelo de papel del bolso para secarme las lágrimas. Estábamos cada uno en una esquina. Él guardó el cigarrillo en su paquete e hizo un movimiento como para cogerme el brazo. Yo me encogí, apartándome todo lo que pude. Me entraron ganas de fumar.

Hacía diez años que no cogía un cigarrillo. Era un disparate, allí metidos, casi sin aire.

Cuando llegó el de mantenimiento y por fin pudimos salir, la caja del ascensor estaba llena de humo, como si hubiera habido un incendio. Con la emoción, al despedirnos, le di un beso al pobre. Ni siquiera entonces le pregunté cómo se llama.

Ahora, cuando le abro, me ofrece siempre un cigarrillo y, si no está mi marido, alguna vez echamos un pitillo juntos.

OceanofPDF.com

Oso

EL DESPRECIO A LA LEY DE LA GRAVEDAD no es lo más irritante de las hormigas. Suben y bajan por paredes, cruzan techos como si nada en esas carreteras que establecen cuando han encontrado un objetivo fuera de su guarida. No les importa que las vean. Entonces echas mano de los remedios que has oído por la radio, lo que te cuenta una vecina: vinagre, gas-oil, polvos que compras en la droguería... con pasmosa inutilidad (¿Cómo vas a echar polvos en el techo?). No protestan. Mueren centenares, quizá miles. Pero mientras haya reservas de esos batallones interminables de infantería, seguirán en pos de su objetivo: un tarro de miel, una fuente de cerezas, una aceitera... Casi les perdonas su mansedumbre, su silencio, su lentitud; pero resulta imposible asumir su obstinación. Pueden cambiar de ruta, aguardar unos días hasta aparecer de nuevo, pero siempre están ahí, torpes, desafiantes, inmortales.

Yo ahora soy torpe de movimientos. Supongo que de joven desafié a los mayores; es lo que corresponde. Todavía me gusta enfrentarme a lo que salga. No me queda mucho tiempo de estar aquí, matando hormigas. Tengo también otros problemas.

Hoy, por ejemplo, a punto de entrar en la panadería, me palpo el bolsillo y la billetera no está. La saco de casa siempre, con las llaves. ¿Me la habrán robado? No he notado nada ni he ido por lugares donde hubiera multitudes y el roce con los demás fuera normal y entonces alguien hubiera aprovechado la ocasión. El paseo por la orilla del río de todas las mañanas no ha tenido nada de particular, más allá del dolor de piernas de siempre. Desde luego, no se ha caído. No me he sentado en un banco, como hago otros días, se me hacía tarde, y de pie es imposible que salga sola del bolsillo. Puede que me haya ido a topar con un carterista muy habilidoso. No creo. Sería una lata. Más allá del dinero, está el follón de los carnets y las tarjetas de crédito, en fin, un desastre. Voy a casa deprisa, ni siquiera

recojo el correo del buzón. En el dormitorio, encima de la mesilla, donde siempre la dejo cuando llego, está la billetera, con el dinero que debía tener.

Bajo corriendo a la calle. Ya no tienen la barra de cereales que me gusta. Demasiado tarde. A veces pienso que podría dejarla encargada todos los días, pero luego me parece que sería como una obligación tener que ir a la panadería precisamente a por esa pieza. A veces me gusta variar, o voy al supermercado y compro allí el pan, o podría salir de viaje... Tampoco está tan mal tomar algo distinto de vez en cuando. Tampoco tienen ya el periódico en el kiosco de costumbre y tengo que caminar otro trecho hasta que lo encuentro. Cuando llego arriba me doy cuenta de que he olvidado el correo. Otra vez al portal. Cojo la correspondencia y vuelvo al ascensor. No puedo abrir la puerta de casa. Después de pensar un poco, supongo que he dejado las llaves en el buzón. Allí están. Por fin entro con todas las tareas de la mañana cumplidas. ¿Me estoy volviendo idiota?

Siempre he sido despistado, incluso de joven, y hasta de niño, pero nunca como me ocurre ahora. Pierdo todo. Busco cualquier cosa durante días enteros antes de ver que está delante de mis ojos, donde sabía que la había puesto, donde suele estar...

¿Llegará el día en que no pueda entrar en casa porque ni siquiera sepa dónde vivo? Podrán quitarme todo lo que tengo, y hasta lo que no es mío. Duraré poco en la calle, con mi pizca de salud. Quizá me lleven a un hospital, o a un asilo para viejos, o para chalados. No creo que me guste.

La semana pasada me dejé las llaves dentro del piso. Tuve que llamar a un cerrajero, que me cobró lo que quiso por abrir como un ladrón, para no destrozar la puerta. Debería dejar un juego en casa de algún vecino, pero no lo hago. Aprovecharían cuando no estoy para entrar y fisgar lo que hay y no hay aquí. ¿A ellos qué les importa? Podría dejarlas en casa de algún pariente. Tampoco. Apenas llaman; yo no les llamo a ellos nunca. Ni siquiera por los cumpleaños. Alguna vez en navidades se empeñan en que vaya a comer con la familia. No me gusta. Siempre hay mucha gente esos días. Y demasiados niños que no paran de gritar, de correr, de estorbar...; demasiados viejos hablando de achaques. Las pocas veces que cedo vuelvo a casa con la cabeza como un bombo y el estómago hecho trizas. Demasiadas especias en la comida, y sal, que ya casi he olvidado, por la

tensión. “¡Un día es un día!”, dicen cuando protesto. Aunque me fastidie, tendré que decidirme por unos u otros. No le voy a pasar mi pensión al cerrajero así, sin más.

Antes, cuando me ocurrían estas cosas, no muy a menudo, gritaba a quienes tenía delante. Me tenían que soportar Marta, los compañeros de la oficina, casi siempre de categoría inferior, la familia... Ahora no doy voces. No tengo a nadie cerca para hacerlo. Han ido desapareciendo unos y otros. Sólo me queda la criada. Ya no sé cuántas han venido por aquí a preparar la comida y limpiar un poco esto. Prefiero contenerme un poco a tener que buscar otra. Cada vez viene alguien más incompetente. No saben darle el punto a la pasta, se les pasa el arroz, y ni siquiera estiran bien las sábanas cuando hacen la cama. Podría alguna vez llamar por teléfono a alguien y abroncarle por cualquier cosa. Llegué a hacerlo. Ahora me parece ridículo cuando lo recuerdo, peor, patético. No podía soportar que el orden establecido se alterara y mucho menos que yo tuviera la menor responsabilidad en ello. Conseguí provocar un cierto pavor de vez en cuando. A veces me divertía, otras me preocupaba un poco. En el trabajo estaba bien. Era una manera de reafirmar la autoridad en unos tiempos en que todo se ponía en solfa. No sé qué ocurrirá ahora. Con Marta la situación siempre fue más complicada. Ella nunca se plegó a mis voces. Las contestaba, incluso con más fuerza. Armábamos unas buenas peloterías de vez en cuando. Incluso llegamos a tirarnos cosas el uno al otro. Sólo dos veces. Una vez le lancé el periódico que estaba leyendo, doblado, y le di en la cara; ella me tiró un cojín, no llegó a rozarme. Le pedí perdón enseguida. La segunda vez disparé una foto, con marco de cristal, de la boda, que se hizo añicos al chocar con una pared. Ella había tirado antes la canastilla de la costura, y me hizo una herida en la frente. Se cayeron los alfileres, los trozos de tela de bajos de pantalones que guardaba no sé para qué, las tijeras... todo por el suelo. Discutíamos por las hormigas. Le echaba la culpa de no saber acabar con ellas. Luego nos dimos un abrazo. Ella lloraba. A mí me dolía el golpe.

Ahora ya no está. Desde hace tiempo. No recuerdo cuánto. No sé si la echo de menos. Tampoco me gusta tanto pelear. Entonces se podía comer decentemente en esta casa. Ahora no. Al principio intenté cocinar yo solo.

Lo había hecho de joven, y no tenía malos recuerdos de los resultados. Lograba platos sencillos, agradables. De viejo no pudo ser. Olvidaba que tenía la olla en el fuego. Se quemaba lo que había dentro; o lo contrario, no tenía paciencia con lo que había puesto a hervir y lo comía crudo. Tuve que volver a llamar a la señora que cuidó a Marta los últimos tiempos. Luego ella se fue y mandó venir a otra, y después vino una tercera, y todavía otra más; ya no sé cuántas. Tampoco estoy seguro de si se van porque no me aguantan o porque las echo yo.

Con ellas las hormigas se hicieron las reinas de la casa. Mi mujer casi pudo mantenerlas a raya. Entonces venían desde las plantas de la terraza, pero no siempre conseguían pasar el umbral. Ahora llegan hasta el dormitorio, al otro extremo del piso. La cocina está plagada. Se pasean incluso dentro del frigorífico. Se lo digo a las criadas. Es lo primero que hago cuando las contrato. Todas dicen que van a acabar con ellas enseguida, pero no es verdad. Siguen ahí. También en el cuarto de baño. Me las encuentro en las toallas, cuando voy a secarme, en los frascos de gel de ducha y de champú, en el papel higiénico... Parece que todo les viene bien. Encuentro la arenilla que sacan cuando salen al aire en cualquier parte, hasta en el armario de la ropa. Lo primero que hice fue acabar con las plantas. Las tiré o las regalé a las vecinas. Ahora la terraza está desolada, vacía de vegetales. Sólo quedan la mesa y las sillas de hierro, oxidándose. ¡Si la viera Marta! Demasiado tarde. Los bichos salen del suelo. Tienen excavadas galerías por todas partes. Además del vinagre y el gasoil, de olor insoportable, usé el mismo insecticida que mi mujer. Luego probé otros, más fuertes. Una vez me intoxicqué y casi soy yo quien muere. Todo ha sido inútil. En invierno se agazapan y parece que me he librado de ellas, pero en cuanto empieza a notarse el sol de marzo, vuelven a salir, primero sólo unas pocas. Es fácil matarlas una a una. No se defienden, las aplastas con el dedo y luego las echas al cubo de la basura. No pican, ni arañan, ni se echan a volar. Mueren con resignación, en silencio. Pero a la mañana siguiente hay más, rodeando una miga de pan que se cayó al suelo en el desayuno, junto a la aceitera... Poco a poco invaden toda la casa. Dejan de salir por donde pongo el veneno, pero encuentran otro hueco y siguen su ciclo imperturbables, invencibles. Hay una reserva de ellas descomunal entre mi

piso y el del vecino de abajo. Es como un bicho enorme que se regenerara continuamente. Puede que un día se decida a salir entero a la luz. Todo se volvería negro, ocupado por las hormigas; suelos, paredes y techos. Podrían entonces intentar comerme. No creo que les interese el cuerpo seco de un carcamal.

Con las arañas el trato es distinto. También surgen en primavera. Extienden su baba por techos y paredes y se quedan ahí, como una amenaza. La criada se encarga de ellas con un trapo del polvo en el extremo de una escoba. Desaparecen por un tiempo y, aunque nunca nos libramos por completo de ellas, agradezco mucho su quietud, el saber estar en esquinas a las que apenas miro, supongo que esperando a que aparezca cualquier bicho que puedan comer, cargadas de paciencia.

Cuando teníamos la casa del pueblo encontrábamos a veces dentro ratones muertos. Se comían la ropa de cama, sábanas y mantas aparecían mordidas y Marta las tiraba. Todos los años ocurría en algún cuarto. Entonces, a mi no me parecía que fuera para tanto. Ponía trampas y veneno por toda la casa cuando la cerrábamos en otoño. En primavera, de todos modos, además de los cadáveres, siempre había restos de las fechorías de los pobres bichos. Pasarían hambre en invierno. No había rastros de hormigas. Tendrían bastante con lo que encontraban afuera. Recuerdo cómo retiraban del porche las moscas que acabábamos de matar, como enterradores de fuerza descomunal. Vendimos la casa cuando dejé de conducir, después del accidente por culpa de aquella vaca. Para entonces, nos daba más problemas que alegrías. Nunca pudimos solucionar sus humedades. Marta ya estaba mal. Apenas podía andar y eso era lo que más le gustaba hacer allí. El primer verano nos fuimos a la costa, a un apartamento alquilado. Fue terrible. El ruido de los vecinos, en la calle, por todas partes, era insoportable. La llevaba a la playa en silla de ruedas. Ya empezaban a dolerme las piernas, y paraba cada poco, a descansar. ¡Vaya pareja! A los dos nos aburrieron siempre el agua salada, la arena, y los turistas achicharrándose al sol. No volvimos.

Al año siguiente pasamos muchísimo calor aquí y decidimos que no volveríamos a quedarnos. Luego ella murió y yo ya no supe adónde ir. Los vecinos me decían que por qué no me metía en una residencia, yo les

contestaba que nunca he aguantado a los viejos. El hecho de que yo sea ahora uno de ellos no tiene por qué modificar mis gustos. A mis hermanos, cuñados y sobrinos apenas los veo, después de un tiempo largo de haber estado demasiado con ellos. A Marta le gustaba la familia y yo no supe negarme siempre a sus caprichos.

Una vez tuvimos un gato. Para que nos hiciera compañía nos lo regaló mi cuñada Ana, que vive rodeada de bichos, un cruce de siamés y gato callejero, el último que le quedaba por colocar de una camada. Marta dijo que era bonito y aunque yo puse cara de perro, tuve que aguantarme. Blanco, con alguna mancha color canela. No recuerdo cómo le llamamos. Al principio, toda la casa olía a sus orines. Luego, poco a poco, aprendió a mear donde debía y nosotros a cambiarle la tierra. Se sentaba encima de mí cuando leía, siempre en silencio. Sólo maullaba cuando tenía hambre. Empezamos a acostumbrarnos al animal. Desapareció en cuanto tuvo el primer celo. Estuvo una semana imposible, queriendo escaparse por cada hueco que encontraba. Al final, salió por una ventana. Supongo que perdió la pelea con algún contrincante más avezado, o no encontró el camino de vuelta. No quisimos tener otro. Marta lloró su falta como si hubiera sido un familiar el desaparecido. Se lo expliqué como pude. Quizá se fuera porque estaba harto de nosotros. Llevábamos una vida muy aburrida. Puede que hubiera montado un harén en alguno de los jardines del barrio. Antes hubo otro gato, de angora, de una vecina, Eduvigis, que se colaba en casa por la ventana de la terraza. A mí no me gustaba. Me quejé a la dueña, pero ella decía que no podía hacer nada. Tenía que ventilar la casa y el gato salía. No se ata a esos animales, dijo. Además, ¿me molestaba? Marta siempre le dio algo de comer. Entonces todavía iba a la oficina todos los días. Un día le puse un poquito de veneno en su plato de comida, con unos restos de pescado, del que usaba en el pueblo para los ratones. Dejó de entrar; a los pocos días nos enteramos de que había muerto.

Cada día me cuesta más levantarme, caminar, ir al lavabo, asearme; me afeito fatal. Casi no hablo con nadie, ni siquiera con la asistente, que prefiere hacer su trabajo sin tener que tratar con el viejo gruñón que la paga. Me sorprende al tener ganas de orinar por las noches de poder salir de la cama, ponerme en pie, echar un pie delante del otro unas cuantas veces

hasta llegar al váter, levantar la tapa de la taza, aguantar allí hasta que al pis le da por salir y moja a las hormigas que andan por ahí; al tirar de la cadena algunas salen de casa con el agua sucia, y eso me alegra. Algunas veces me he meado antes de llegar al baño. A oscuras por el pasillo, aliviado, sin tropezar con nada, vuelvo a la cama, me tapo con la sábana y las mantas y espero, con los ojos cerrados, dormir un rato hasta que llegue la mañana. A veces lo consigo.

Cuando tengo que decir algo cada vez me cuesta más encontrar las palabras que necesito. Es sorprendente que antes me expresara con facilidad, el discurso brotaba ágil y fluido. Era algo mágico. Creo que es más lógico lo que ocurre ahora. Cada término está escondido en alguna parte de la cabeza y hay que encontrarlo, ponerlo en relación con los demás y después pronunciar la frase. Es tan complejo que parece imposible que el asunto se produzca todo el tiempo y la gente no pare de hablar como si supiera lo que dice. Parece que las palabras tengan vida propia y ellas solas fueran por ahí, de la mente a la boca sin que el hablante sea más que el lecho por el que circulan, como el agua de un río. El mío está casi seco y por eso salen tan mal, como la orina. No creo que tarden mucho en dejar de salir, una y otras.

Mi sobrino Luis dice que me va a traer un perro, un cachorro de *setter* irlandés, para que me distraiga. No he sido capaz de decirle que no. Tendré que sacarlo a la calle todos los días para que haga sus necesidades, mientras, puede que yo no lo consiga en casa. Podría ponerle las llaves en el collar; si algún día me pierdo, él me traería. Dicen que los perros son muy inteligentes. Si discuto con él, seguro que no me tira nada a la cara. No sé; en realidad, lo que me hace falta es un oso hormiguero.

Laguna

RESULTA QUE ESTÁ CERCA DE LA CASA, ni siquiera una hora en coche, y eso que nos hemos perdido un poco al llegar. Ya habíamos pasado una aldea que se llama Casas del Rey, en la que hay unas ruinas de mampuestos sin tejado y a la que habrá que ir alguna vez, cuando hemos visto el desvío que indicaba la Guía y que no hemos atendido. Al cabo de unos pocos kilómetros preguntamos a dos señoras mayores en la carretera, y ellas nos han dicho el camino. Ha habido que abrir, y luego cerrar, un portón metálico que estará ahí para que no se escape el ganado. En seguida hemos llegado a la base del salto de agua.

Hay dos tubos que bajan desde lo alto, uno desde el sur y otro al oeste. Acaban en una caseta que supongo que tendrá una turbina que aprovechará la fuerza del agua. Aparcamos el coche junto a otros dos o tres y empezamos a subir. En un cartel avisan de que se tarda tres cuartos de hora en llegar a la laguna. Está muy empinado. Hay sol, pero el viento viene del norte y empezamos la subida con los chubasqueros puestos. Aunque el camino no es muy difícil, fatiga subir una pendiente tan pronunciada. Nos cruzamos con uno de los tubos un par de veces. También hay que atravesar un arroyo que no lleva demasiada agua y que discurre entre unas enormes placas de granito, a veces de color rosa, cubierto de líquenes de un verde pistacho muy luminoso. Hay que tener cuidado de no resbalar. Cada poco paramos a coger aire y a mirar el paisaje. Los coches y la caseta de la turbina aparecen enseguida muy abajo. Carlos se entretiene haciendo fotos. La ropa empieza a sobrar. No resulta muy complicado seguir la senda. Nos cruzamos con parejas que bajan. Todavía queda más de una hora de luz, pero ya se nota que el sol empieza a caer. Paramos a recobrar el aliento y a mirarlo todo, tan pequeño abajo, antes de terminar con el último repecho y ver el enorme círculo irregular y oscuro de la Laguna del Duque. En el borde norte, donde empieza la caída

del agua, han levantado un muro de hormigón para aumentar su volumen. Parece hecho hace tiempo y no resulta una construcción muy agresiva. Alrededor todo está verde, con una leve lámina dorada de sol. Al oeste hay unas rocas grises que apetecería escalar si no estuviéramos tan cansados. En realidad el monte continúa hacia arriba por todos lados menos el que acabamos de recorrer. Al fondo, al sur, están los picos espléndidos, los más altos de Gredos, cargados de nieve, ahora rosada.

Nos sentamos, comemos unas naranjas, bebemos un poco de agua y, al cabo de un momento, Carlos dice que se va a dar una vuelta. Estamos tan agotados y tan satisfechos de haber llegado que no le comentamos nada. Al cabo de veinte minutos empezamos a sentir frío. El sol ya está bajo el horizonte. Nos levantamos. No se le ve. Queremos empezar a bajar, antes de que oscurezca en serio. Le llamamos. No responde. Nos acercamos a la laguna y miramos desde allí a todas partes, volvemos a vocear su nombre. Nada. Empezamos a preocuparnos un poco. Lo telefoneamos con el móvil de María y el suyo suena en la mochila que ha dejado con nosotros. Más voces. La sombra se va comiendo el verde. Ya no podemos parar. También están en la mochila las llaves del coche. Podríamos irnos sin él. ¡Qué disparate!

Quizá le ha ocurrido algo. Es ágil y sabe cómo es la montaña, pero siempre puede surgir un imprevisto. Con sólo que haya resbalado y no se pueda mover ya habría un lío tremendo. ¿No podría haberse quedado descansando con nosotros? Quizá debería haberle acompañado yo, pero estaba exhausto. Seguimos dando voces, sin respuesta. Si hubiera tenido algún problema debería llamarnos. Quizá esté haciéndolo y no le oímos, lo mismo que él no nos oye a nosotros. ¿Qué pasaría si no apareciera? Sería estúpido quedarnos aquí, esperando, sin comida, sin protección contra el frío. Tendríamos que bajar antes de que fuera noche cerrada, y avisar a la Guardia Civil. No empezarían a buscarle hasta que amanezca. Es fácil que muriera antes de frío, si no encuentra algún tipo de refugio. No creo que lleve cerillas. Nunca fumó. Y si muriera, ¿qué ocurriría? ¿Quién se haría cargo de su madre, incapaz de vivir sola? ¿Cómo la consolaríamos? Costaría encontrar a alguien que hiciera su trabajo. No es fácil llevar la contabilidad de la empresa y al tiempo estar en el taller serigrafando

camisetas. Nos cambiaría a todos la vida, a mucho peor, la estupidez de haberle dejado ir solo por un terreno que no conoce.

No hay sol. Empieza a hacer frío, pronto estará helando. Empezamos a bajar, despacio, sin dejar de llamarlo. Ana dice que se queda. Discutimos los tres. No podemos dejarle aquí. Si está bien bajará mucho más deprisa que nosotros y nos alcanzará antes de que lleguemos al coche. Si estuviera bien ya estaría aquí. Puede que se haya retrasado un poco por cualquier cosa, porque haya calculado mal el tiempo, eso le ocurre a menudo. Siempre llega tarde a todas partes. ¿Y si se ha caído y no puede moverse? ¿Y si se ha caído y se ha destrozado la cabeza? No podemos saberlo. ¡Pues habrá que hacer algo! ¿Qué?, ¿ir por dónde él ha ido? Ni siquiera estamos seguros de la dirección que tomó. Si no aparece cuando lleguemos al coche habrá que ir a pedir ayuda. No creo que sirva de mucho que nos quedemos aquí todos para congelarnos.

El cielo se pone de color azul marino. Empezamos a bajar despacio. Hace mucho que no nos encontramos con nadie en la zona. Abajo sólo queda nuestro coche.

Oímos una voz. Es Carlos. Le llamamos. Nos responde. Subimos un poco. Se le ve a lo lejos, por el otro lado de la laguna. Parece que no fue al roquedal. Rodeó el agua, sin más, pero tardó más de lo que pensaba. No ha escuchado nuestras voces. Quizá no se oían por el sentido del viento. No le decimos nada.

El paraje es muy hermoso. Tendremos que venir más veces. En verano puede que el agua de la laguna no esté demasiado fría y podamos bañarnos allí.

Abuela

A María

SI HUBIERA HECHO LA REHABILITACIÓN cuando me quitaron la escayola ahora tendría bien mi brazo derecho que antes hacía de todo hay que ver lo que yo he trabajado el médico se quedó admirado de lo estupendo que estaba y no me dolía y me mandó para casa con cuatro ejercicios que a saber si los habré hecho como se debe claro que mejor estaría si no me hubiera dado un mareo mientras iba a la plaza con el carro como casi todos los días que a mí no me gusta congelar en casa lo comemos todo fresco cuando me caí y me hice una fisura pequeña que me dolía mucho la culpa es de las pastillas para la tensión que antes no las tomaba y me iba bien aunque yo siempre he tenido la tensión un poco alta esas pastillas nunca me han gustado porque me hacen mear a todas horas pero estaba muy mal me daba vueltas la cabeza y la tenía cargada ya no quería estar ni en la cocina pensé que me iba a morir estuve unos días en el hospital pocos tres o cuatro y me dijeron que esas medicinas son para siempre y no puedo dejar de tomarlas y ahora que las tomo me dan mareos por qué me tiene que pasar a mí esto con lo que yo he leído de naturismo y ahora tengo que tomar esa mierda que me deja el estómago como un farol la vida no debería ser así si yo tuviera mi brazo como antes sería distinto iba a la plaza a comprar y hacía la comida y no me importaba tener que preparar algo distinto para cada uno que en eso nunca he tenido pereza ahora no tengo ganas de hacer nada sólo duermo con píldoras y eso no es dormir por eso me levanto cansada y ya no me recupero en todo el día con lo feliz que era yo antes cincuenta años sin ver al médico me apañaba muy bien en casa con la comida que es muy importante y con mis libros lo demás siempre me ha dado igual mis hijas que son muy buenas me regalan ropa y me compran zapatos pero les digo que no quiero más que no necesito vestidos ni calzado tengo el armario lleno lo que quiero

es volver a ser como antes quién se ha llevado mis ganas de estar en la cocina y de hacer cosas de qué me habrá venido a mí eso algunas tardes voy a visitar a doña Paquita que ha cuidado de su hija y luego también de su yerno y sus nietos hay que ver lo que lleva trabajado y ahora se han ido a Benidorm de vacaciones y la han dejado sola en casa porque no quería ir en vez de quedarse con la pobrecita canallas ella la tensión la tiene bien pero empieza a fallarle la memoria como al pobre Román se rompió la mano hace unos años y la tiene estupendamente porque hizo rehabilitación como Dios manda en cambio yo tengo el brazo sin fuerzas el mediquito ese que se admiró de lo bien que había quedado y no me mandó a que me dieran corrientes ni a hacer la polea ni nada y el brazo está mal si no hubiera cogido al cabo de unos meses el mármol de la mesa de la cocina para moverla que noté como un tirón volvimos a la consulta me hicieron otra radiografía y dijo que no tenía nada que siguiera haciendo los ejercicios en casa la hormiga y levantar el palo de la escoba tengo que volver porque yo quiero que me den infrarrojos y corrientes para que se mueva como antes Doña Paquita dice que para eso les pagamos y tenemos derecho a la rehabilitación a ella la mano le quedó mejor que antes de que se le rompiera me ha dicho que a Don Santiago el cura de la parroquia le van a operar de cáncer de próstata pobrecito de qué le ha servido haber rezado tanto y ahora a saber si vuelve a decir misa para qué tanta oración yo no soy muy de ir a la iglesia pero doña Paquita va todos los días y por eso se entera de lo que pasa por las tardes viene siempre alguna hija y salimos a la calle porque se empeñan en que es bueno que me de el aire María tiene un gato que recogió con Anuka de la calle cuando era muy pequeño y todo el día habla de él con los problemas que tenemos en la vida y se buscan esos han tenido que caparlo para que no les dé la murga en casa cuando le llegaba el celo el bicho se ponía imposible en vez de venir con su madre a hacerle compañía o a vivir con ella a mí me hubiera gustado predicar el naturismo con lo que yo he ayudado a todo el mundo la de consejos que habré repartido por ahí el panadero de Pesquera dejaba una barra en casa todos los días y una vez le dije por qué no hacéis dulces que a tu madre le salen muy bien y ya ves al cabo de los años me hizo caso y ahí tienen una pastelería que se están haciendo de oro y ni siquiera me ha regalado una caja de perronillas si no

fuera por mí de qué iba ése a tener una pastelería mi yerno dice que me quejo de vicio a él quería verle yo con lo que a mí me pasa y mis años veríamos si se sufre yo creo que lo que tengo es por las pastillas pero mi hija Teresa dice que no y que las tengo que tomar en los libros que yo he leído pone que con una buena alimentación no hay necesidad de medicamentos que te envenenan la sangre pero ella que es médica dice que eso hasta ahora ha servido pero que ya no la tensión la tengo muy alta y luego eso de no tener ganas de nada que debe de ser lo de estar deprimida también hay que quitarlo con pastillas no sé también están las de dormir que si no no pego ojo mi hija sabrá mucho que para eso ha estudiado pero ahí está divorciada y con dos hijos porque no aguantaba al marido que le dio por estar todo el día de juerga con los amigos y luego se iba con pelanduscas y un día dijo hasta aquí hemos llegado y cambió la cerradura de casa y hasta hoy dice que así vive más tranquila todo el día trabajando en la consulta y luego en casa y los niños nosotras antes no podíamos hacer eso ni se nos ocurría y aguantábamos mucho el mío pobrecito no hizo en la vida más que trabajar que cuando le jubilaron no sabía qué hacer y menos mal que repartió la herencia con sus hermanos y se puso a arreglar la casa del monte que cuando la cogió no tenía ni luz ni agua ni nada y allí gastó los cuatro duros que habíamos podido ahorrar y pasábamos los veranos estupendamente hasta que empezó con lo de la falta de memoria y luego se partió la cadera cuando lo cuidaba no le di nunca pastillas con remedios naturales le curé las heridas de la espalda de estar tanto tiempo en la cama y siempre durmió bien es verdad que desde que se rompió la cadera dejó de andar y tampoco hablaba sólo gritos alguna vez pobrecito vino aquí desde el pueblo el mismo año que yo desde la mili de seis años que tuvo que chuparse por la guerra y menos mal que le dieron una recomendación para la Caja de Ahorros y allí trabajó como un burro cuando iba a la escuela no le entraban las letras y el maestro que era un animal le dejaba cerrado sin comer de la mala alimentación le vino luego la falta de memoria que entonces se comía mucho cerdo era lo que había qué guapo era cuando lo vi la primera vez casi me mareo incluso muerto en la caja estaba guapísimo yo vine a casa de unos señores muy buenos que me querían mucho aprendí allí a encender la lumbre y a cocinar y a coser un poco hace ya mucho que no

coso nada pero cuando las niñas eran pequeñas hasta llegué a hacerle un abrigo a Isabel que no sé por qué tiene que vivir en París en vez de estar aquí con su madre y a su marido franchute lo puede enviar a hacer gárgaras para lo que me sirve y sus niñas que se vengan con ella que no necesitan los estudios para nada yo apenas fui a la escuela y aquí estoy le digo cuando llama que se jubile y se venga conmigo ella no dice que no pero luego no viene más que en navidades y en verano unos días él casi nunca aparece mejor las niñas me quieren mucho no sé para qué tuvo que irse tan lejos primero por el trabajo de Michel que primero lo mandan aquí y luego lo devuelven allá entonces no importó que las niñas tuvieran que cambiar de colegio y de todo aunque ya se las había criado yo y luego cuando la contrataron a ella en una oficina por saber español ya ves de que le ha servido haber estudiado geografía en la universidad lo que hay que hacer por los maridos cuando nos casamos nos regalaron lana para colchones y cosas así todavía me acuerdo del desván lleno de cuencos de natillas que había hecho su madre para la boda qué bonito allí todo como de exposición mataron un ternero y cuatro cabritos al principio vivimos en una habitación con derecho a cocina entonces no había pisos para nadie luego ya pudimos meternos en uno pequeño teníamos dos niñas y todavía vinieron mi madre y mis hermanos del pueblo no sé cómo cabíamos en casa cuando fueron saliendo poco a poco vinieron sobrinos de Román a estudiar siempre apretados traían manzanas en octubre que metíamos en los armarios de ropa cómo olían de bien y duraban hasta navidad mi padre se cayó del caballo cuando yo tenía diez años y murió mi madre siguió con el negocio de ir a la sierra a por truchas y cabrito y venderlos luego en el valle no sabía leer ni escribir llevaba las cuentas en la cabeza y no la engañaban menuda era cómo podría ir con el mulo sierra arriba sola y luego bajar cargada yo no lo habría hecho en su pueblo todos tenían un cerdo y una cabra por las mañanas los vecinos iban con ellos a la plaza y cada día uno de ellos los llevaba a la dehesa si alguien tenía dos cabras los llevaba dos días a un hermano suyo y a un sobrino se los llevaron cuando la guerra y ya no los hemos vuelto a ver pobrecitos Ay la vida la vida en casa siempre criábamos un cerdo en el corral le cocíamos mondas de patatas me gustaba ver su piel rosa y sus hocicos haciendo ruido también teníamos gallinas que dormían

en unas tablas encima del cochino al otro lado estaba el mulo todo muy bien organizado en la cuadra mi yerno dice que olería a rayos pero yo de eso no me acuerdo él qué sabrá no sé cómo le aguanta Ana al sabihondo que no ha sido capaz de dejarla preñada se creerá que porque dé clases en un instituto va a darme a mí lecciones el domingo de ramos íbamos a la iglesia con zapatos nuevos siempre muy duros si no estrenas nada no tienes pies ni tienes manos volvíamos mi hermana y yo con ellos de la mano aunque hubiera barro en las calles el zapatero era Periquito el cagao que podría haber usado un cuero más blando lo que he sufrido con los pies yo sí sé algo de cuentas y leo libros naturistas y escribo notas para apuntar las vitaminas de los alimentos y para acordarme de cosas que dejo por toda la casa y luego me riñen mis hijas cuando vienen fui a la escuela con D. Manuel que era muy simpático todos los días según iba al trabajo y al volver pasaba por la fábrica de chocolate a saludar hasta que descubrieron que casi siempre se llevaba media libra sin decir ni pío metida en el bolsillo interior de la americana pobrecito tendría hambre cuando le llamaron la atención dejó de pasar por allí era regordete muy educado y un poco calvo por la calle llevaba siempre un sombrero negro de fieltro que colgaba en la percha según entraba en la escuela ahora nadie lleva sombrero como si ya no hubiera sol del que resguardarse ni lluvia ni frío con lo bonita que podía ser esta vida y lo que se sufre siempre he padecido de la boca enseguida empezaron a sacarme dientes a los treinta y tantos ya me hicieron una dentadura postiza completa para lo de arriba era un adelanto las piezas de verdad sólo daban disgustos caries dolores eso ya se había acabado para siempre luego me pusieron la parte de abajo un mecánico dentista amigo de Román que nos hacía un precio especial era lo último el no va más para qué quiere una dientes de verdad con la de problemas que dan pudiendo llevar dentadura postiza así hasta ahora un desastre que la comida ya nunca me ha sabido igual y no se muerde de la misma manera la lechuga me la pico finita finita con las tijeras y así me entra luego de vez en cuando me roza la encía y no me la puedo poner o se me sale cuando menos falta hace si hubiera tenido una buena alimentación desde el principio yo de niña era muy mala comedora es que siempre he sido muy especial ahora les riño a mis hijas por no saber enseñar a comer a mis nietos que los he criado yo a

todos si no fuera por mí no sé qué habría sido de ellos tanto trabajo y tanta mierda si lo que tienen que hacer las madres es estar con sus hijos así va el mundo yo siempre estuve en casa desde que me casé y es como tiene que ser y no es que nos sobrara el dinero que al pobre Román no le cuadraban las cuentas de casa y menos mal a los sobrinos que venían a estudiar siempre hemos estado muy apretados pero nos hemos ido apañando luego le ascendieron en la Caja y cobraba algo más la verdad es que nunca nos ha faltado de nada yo he trabajado como una burra todo el día en la cocina o en la plaza a comprar y por las tardes cosía la ropa de las niñas que iban siempre repreciosas con sus vestiditos las cuatro iguales cuando el uniforme del colegio le quedaba pequeño a una le valía a la siguiente un poco holgado el primer año yo le cosía los bajos y lo que hiciera falta y así mirando mucho la peseta fuimos tirando siempre con cuatro niñas a ver cómo podía ser si no ahora me tienen que cuidar ellas a mí para qué las quiero si no y que me hagan la compra que no saben hacerla y me cocinen que nunca han aprendido y si no estoy yo encima no salen las cosas el otro día María fue a preparar un pisto y lo primero que hace es poner agua en una cazuela al fuego Virgen del Perpetuo Socorro qué va a ser de mí qué comistrajitos tendré que soportar si es que no puede ser todo el día pendientes del trabajo y de los estudios de los niños que no sé para qué les hacen falta y de comprar ropa y luego van a la plaza y no saben distinguir una merluza de una bacaladilla yo siempre compro donde la Benilde aunque es más caro lo tienen todo muy fresco allí le miro el ojo a la merluza y se ve enseguida cómo está si casi echa a nadar la pobrecita tiene un distinto de comer una cosa a otra yo siempre he sido muy especial para las comidas la Benilde se jubiló hace ya mucho la pobre sufría de reuma su marido era ferroviario y como entonces el pescado venía en tren era una ayuda tenían en la pescadería a un chico que cogieron de jovencillo y allí lo aprendió todo y cuando quería casarse el hombre les pidió un aumento de sueldo y no se lo quisieron dar y se marchó y cogió un puesto pequeño por su cuenta y cuando se jubiló la hija tuvo que hacerse cargo no quería porque ya tenía tres hijos y mucha tarea en casa entonces llamaron al chico que ya se había casado y se quedó él de encargado y los dueños ya no van nunca por allí sólo se pasarán para cobrar el dinerito de la renta la Benilde ya murió y a la

hija ahora si la veo no la conozco el hombre es muy trabajador y lleva el negocio bien él solo la mujer no va nunca por allí está con los hijos en casa tiene un chico para repartir por los restaurantes y eso pero en el puesto no está nunca y es él quien compra de madrugada podríamos haber cogido nosotros el traspaso y habernos hecho pescaderos y ricos que allí tiene que hacerse mucho dinero mi yerno el sabihondo dice que digo tonterías no estoy siempre con que las mujeres tenemos que estar en casa o quería que Román dejara la Caja de Ahorros para ir al Mercado Central a las cinco de la mañana a la subasta del pescado yo es que siempre he tenido alma de comerciante como mi madre anda que no hubiera vendido yo merluzas de pincho y bonito después de S. Juan que el de antes no es bonito ni es nada y lenguadinas y calamares... aquello habría sido una gloria no como a Marcial que llevaba la huerta en el palacio de los duques y con eso se apañaba y cuando lo cedieron al pueblo se quedó sin ella y le dio por pensarlo y se metió en la cama y ya no se levantó el pobrecito hasta que murió dice Teresa que sería una depresión como la mía no mucho más gorda que mi yerno francés dice que me quejo de vicio y yo le digo que ya veríamos si a él le dieran lo que a mí me ha tocado que habla mucho pero habría que verle con mis años si no decía muchas más bobadas de las que él dice que yo digo me riñe porque le doy a Isabel garbanzos cuando vuelve a casa después de navidades o de las vacaciones de verano que si no sé que en Francia también hay garbanzos y lo que cuesta llevarlos pero no son iguales Isabel no dice nada cuando viene hace siempre lo que yo quiero y me llama casi todas las noches desde el ordenador que dice que le sale muy barato es la única que nació en el hospital entonces era lo más moderno me trataron como a un trapo ya no volví por allí la comadrona era una bruja cuando yo nací mi madre tuvo que dar de mamar a otros dos niños al de una vecina que padecía del riñón y a la de una cuñada que murió de parto luego estudió para maestra y murió joven también la pobrecita a nosotros también se nos murió una niña de meningitis cuando tenía dos años lo que habrá sufrido mi madre que ayudaba a todo el mundo lo que la quería la gente me mandaba a llevarle recados a Zapata a tía Eulogia otra hermana de mi padre eran cuatro hijos y tres murieron jóvenes sólo ella llegó a los noventa años se casó con un chico de Madrid que era herrero un camión aparcando le dio en la

cabeza y lo mató llevaban sólo un año juntos volvió al pueblo y luego vino Fabio un primo suyo de Buenos Aires a casarse con ella mi tía subía también a la sierra luego vendía quesos que hacían los cabreros todavía la veo desayunar una copita de aguardiente y una pasta me quería mucho y era muy guapa como toda la familia de mi padre una nunca sabe lo que le va a tocar en la vida mira Martina con lo lista que es que fue maestra en Carrascalejo y en Pedro Bernardo y se fue a casar con un guardia civil que era un borracho y la pegaba menos mal que se murió joven y la dejó tranquila solita como estoy yo ahora que ya no vienen los niños a comer y yo me preparo cualquier cosa con una miaja de tomate y un yogur ceno y como unas patatas cocidas con zanahoria y un cacho de merluza cocida de la Benilde que me trae Ana ya no tengo ganas ni de ir al mercado dice que por qué no tengo un gato que me haría compañía yo no quiero gatos que huelen a pises yo lo que quiero es que vengan Isabel y Teresa y María y ella las cuatro aquí conmigo siempre con los niños también como antes lo felices que íbamos a ser.

Nota bibliográfica

Una primera versión de *Carrera* apareció en el libro colectivo *Días de Gloria* (Fuente de la Fama, Valladolid, 2002).

Tormenta fue publicado en la revista por Internet El adelantado de Indiana, nº 3 en julio de 2006.

Una versión oral de *Laguna* aparece en la pieza de videoarte *Viaje de novios*, de Javier Codesal (2007).

Domingo salió en el blog de Eloísa Otero Isla Kokotero en 2009.

Revuelto aparece en el libro colectivo *Lugares de ficción* (Cátedra Miguel Delibes, Valladolid, New York, 2010).

OceanofPDF.com

Sobre *Trizas*

Colección de relatos que juegan con el género negro en la que su autor, Luis Marigómez, juega con el costumbrismo, el refrán y el tópico para darle una vuelta a nuestros prejuicios. Así, nos metemos en la piel del vecino "que siempre saludaba", asistimos a pequeñas ceremonias de iniciación juvenil, averiguaremos la relación de un ama de casa con un mendigo, nos dejaremos arrastrar por el torrente de recuerdos de una abuela que ya no puede guardar silencio... relatos conmovedores y demoledores a un tiempo.

OceanofPDF.com